



3<sup>ER</sup> ENCUENTRO

DE NOVELA  
**NEGRA**  
EN AGUASCALIENTES

“De novela negra  
y otras malas yerbas”

TALLER DE CREACIÓN LITERARIA DE GÉNERO NEGRO  
*(Aquí continúa la sangre)*



TALLER DE CREACIÓN LITERARIA DE GÉNERO NEGRO  
*(Aquí continúa la sangre)*



TALLER DE CREACIÓN LITERARIA DE GÉNERO NEGRO  
*(Aquí continúa la sangre)*

VV.AA



Estos textos son evidencia de la sangre derramada por los autores durante el crimen literario del Tercer Taller de Creación Literaria “Aquí continúa la sangre”. No se culpe a nadie sino a ellos de asumir la entera responsabilidad sobre los mismos.

## **(Aquí continúa la sangre)**

Taller de Creación Literaria de Género Negro

Primera edición 2018

D.R. © Universidad Autónoma de Aguascalientes  
Av. Universidad 940  
Ciudad Universitaria  
C.P. 20131, Aguascalientes, Ags.  
[www.uaa.mx/direcciones/dgdv/editorial](http://www.uaa.mx/direcciones/dgdv/editorial)

Hecho en México

*Made in Mexico*

# Índice

- 9 **Elemental, mi querido Aguascalientes**, Joserra Ortiz
- 11 **Batman es el culpable**, Aldo Barucq M. S.
- 19 **La quinceañera**, Jaime Ruiz
- 27 **Congreso de sordomudos**, Antonio Vera
- 35 **Orejas y rabo por un indulto**, Carlos Reyes Velasco
- 45 **¡No era su sangre, era la mía!**, Julio Rascón
- 51 **Con sombrero y cuello de piel**, Eduardo Gálvez Villalobos
- 57 **Peste en urgencias**, Salvador Roberto Alemán Colón
- 65 **Revancha**, Andrés Cornejo
- 69 **Puerta del cielo**, Tu puta madre
- 75 **Caridad**, Alejandra Pérez
- 79 **El asesinato del asesino**, Maripaz Pérez Ramírez
- 87 **Por donde pasa Dios**, René López
- 97 **La versión del Charly**, Arlette Luévano
- 103 **El último caso: la nariz escarlata**, Daniel Mosqueda
- 111 **Hay que unir a ese par de inconsistentes**, Ana Ekatherina
- 121 **Presuntos, por orden de aparición**



# Elemental, mi querido Aguascalientes

Cuando en 2017 hicimos la primera antología de relato *noir* agascalentense, *Aquí comienza la sangre*, no imaginamos las repercusiones que tendría. Tengo constancia de que se ha leído en el noreste, el centro y el centro-occidente del país. También sé que ha gustado mucho. Sí, era un ejercicio de taller, y, sí, se incluyeron narradores/as que nunca habían publicado antes, pero eso le dio un valor agregado para los lectores: la novedad de estar leyendo cuentos de muy buena factura, producidos en dos días, en un estado que no suele ser reconocido por su prosa, sino por su poesía.

La calidad de los relatos de aquel año fue sorprendente para propios y extraños, pero sobre todo para los mismos autores. Porque recuerdo que había algunos/as que dudaban de sus habilidades para escribir cuentos criminales y, una vez impresos y leídos, confirmaron lo que todos habíamos sentido en el taller: que su calidad era alta, pero sobre todo que su imaginación era impresionante. Lo que ofrecimos entonces fue un catálogo, no sólo de obsesiones librescas, sino de voces a las que se debía de atender, muchas de ellas debutantes.

Una coincidencia no buscada de la primera antología fue que todos los cuentos se focalizaron en el relato de lo criminal y no de lo policial. Es decir, el regodeo estético y ético de lo narrado se centraba en los crímenes y en sus razones, no en su investigación y resolución. Me pareció entonces, como ahora, un signo de los tiempos sociales y artísticos que vivimos: prima en nuestra accesibilidad narrativa el motivo del crimen y, por lo tanto, el estudio de las razones de los criminales. No vivimos una época fácil, menos en un país como el nuestro donde la paz se ha convertido en un concepto abstracto al que podemos solamente referirnos en un plan de idealidad, y no en una realidad asequible. Sí, también vivimos en una época maravillosa para las narrativas de lo abyecto, a las que accedemos todos los días en una multitud de plataformas: desde las novelas tradicionales hasta la crónica, pasando por los seriados televisivos, las películas y los memes de WhatsApp.

Esa sociabilidad del crimen produce una multitud de focalizaciones y persuasiones que podemos celebrar desde la creatividad narrativa, y me da mucho gusto poderlo constatar nuevamente en esta ciudad que me ha dado tanta literatura.

Por esta razón, aunque parezca paradójica, en ocasión del Tercer Encuentro de Novela Negra en Aguascalientes, decidimos volver a las bases del género que nos convoca, para celebrar la creatividad y la capacidad creativa de los lectores que se vuelven autores. Nos propusimos hacer un libro de cuentos meramente policíacos. En lo que aquí se colecciona, leerá usted un catálogo de sujetos que han tenido que obedecer a una llamada a la acción investigativa y buscar respuestas, soluciones. Celebramos así una tradición que empieza con Auguste Dupin y Sherlock Holmes y se continúa en cada comentarista de café atento a los crímenes cotidianos. Un rasgo inherente de la condición humana, elemental para todo aquél que goza de la literatura.

En una ciudad famosa por lo que significa para la poesía nacional, desde aquí nos da gusto también celebrar la narrativa marginal de lo delincencial. Hágame caso, es en esta antología donde se develan las pistas que debemos seguir para conocer las voces que están poniendo en el mapa de nuestro librero, desde hace tres años, las preocupaciones de la gente buena que no lo es tanto.

Joserra Ortiz

*Mi Cantón Bar*

*Aguascalientes, Ags., 9 de marzo de 2018*

# Batman es el culpable

Aldo Barucq M. S.

## I

Además de cumplir con las señas dadas por la víctima, el encapuchado se echa a correr apenas observa las luces de la patrulla, lo que hace más grandes las sospechas. Lo hace por las calles asimétricas de la colonia San Marcos. El reporte dice que un sujeto con sudadera negra y encapuchado despojó de su celular y billetera a un joven de 24 años sobre Circunvalación Poniente. Las luces de la patrulla abren paso entre la oscuridad y el intermitente alumbrado público que prende y apaga, prende, apaga y prende como puntos ciegos en los que pasa todo y nada. Las luces rojas y azules se estampan en los rostros de los vecinos que miran desde su ventana, expectantes y cómplices. “Seguramente buscan al Chepe”.

El sospechoso no deja de correr mientras los policías lo persiguen a bordo de la patrulla, guiados por la sombra que va dejando sobre los portones. Huye como quien ha pasado mil veces por ese laberinto, como quien hace la calle mientras la recorre. La calle va por dentro. Se escapa. Sus jadeos suenan en toda la colonia. Corre. Suda. Batirá un récord. Los policías pisan el acelerador espantando a los perros y motos que están en la esquina. Todos guardan el porro, la botella, interrumpen la meadera de llantas, pero ellos están a salvo: la justicia va de uno en uno, según les permitan sus tentáculos. Parece ser que lo han perdido. Hasta que se topan con la figura de un individuo, un pepenador que automáticamente les señala una dirección con el dedo.

El conductor de la patrulla gira por una calle que no está en el guion, apaga las luces y baja la velocidad. De pronto el encapuchado sale de la nada y casi se estrella contra el auto. Se da cuenta de que han leído su jugada y la sorpresa le congela las piernas, levanta los brazos y se pone de rodillas.

## II

El comandante de policía me conduce a su escritorio para que tome la ficha de mi caso. Hay demasiada luz. Los focos, las computadoras y las lámparas brillan tanto que terminan por empañar la atmósfera. Esa teatralidad del que no duerme, ese exceso de luz no sirve sino para cegar a los oficiales, que, a tientas, llenos de luz, derraman café sobre algún expediente, lo hacen bolita y tratan de atinarle al cesto de basura. Cada oficina, cada cesto es una cabeza de la hidra burocrática.

Me dice que tome asiento, que están trabajando en el caso. Lanza un suspiro cuando ocupa su silla ahora que puede descansar las rodillas. Comandante Jiménez, dice su placa. No son sus canas ni las arrugas de su voz, voz de aguardiente, lo que me hace ver su vejez, sino la lucha de diez minutos que tiene contra su ordenador. Piensa que gana el duelo tras repartir una ráfaga de clics con el mouse y golpear repetidamente su monitor, ante la lentitud de la computadora.

—¡Rulo! ¿Puedes ayudarme con esta chingadera? Ya se volvió a trabar.

Un hombre mucho más joven acude al llamado con prontitud. Gira el monitor para no invadir el lugar del comandante y puedo ver el cursor congelado y de fondo, una mujer con escote pronunciado y labios rojos sosteniendo dos cuernos de chivo en color dorado. Una postal extraña. Rulo presiona unas cuantas teclas, unos cuantos clics y resuelve el problema rápidamente. El comandante lo mira anonadado, intentando seguirle el paso en sus movimientos, como la primera vez que alguien sacó una moneda detrás de su oreja, pero tales menesteres rebasan su lógica policial: un tehuacanazo y todos son culpables.

Vuelve a su trabajo. Tiene la tranquilidad de los hombres de justicia, la misma que tambalea en esa delgada línea entre la seriedad y lo timorato. Comienza a escribir mi nombre. Tecla por tecla y con un solo dedo como autómatas. JOSÉ MANUEL RIVERA TISCAREÑO. 24 AÑOS. ESTUDIANTE. HERIDO CON ARMA BLANCA EN BRAZO IZQUERDO. Su concentración en el ordenador parece imperturbable, cada que presiona una letra mira en la pantalla y ve si no se ha equivocado. La oficina está plagada de un silencio desesperante, parece como si me hubiera quedado solo, como si él se hubiera marchado sin el cuerpo que oprime teclas robóticamente. Entonces sueña su celular. Un narcocorrido rompe súbitamente el pastoso silencio. Busca el celular en sus bolsillos. Mira la pantalla y decide no atender,

mientras se propaga la música por cada rincón de la oficina. *Poderoso y también muy alegre, por el Diablo se le conocía...*

El corrido se interrumpe al cabo de unos segundos y vuelve a empezar. Al parecer alguien está muy interesado en encontrar al comandante dado que no deja de llamar, mientras que él no despega sus ojos de la computadora como si nada urgente pasara.

[...] *Para mí la pobreza es historia, la hice añicos a punta de bala...*

El teléfono deja de sonar y surgen ruidos extraños provenientes de otro cuarto. Parecen golpes. Escucho los gritos de un hombre que pide piedad. Alguien está sufriendo una paliza. Miro al comandante para percatarme de si comparte mi sorpresa, pero éste se mantiene atento en su odisea. El hombre grita con la garganta, cada vez, de forma más intempestiva, con el cuerpo escapándose por la voz.

—¿Cuáles son las señas particulares del asaltante, muchacho?

No comprendo su tranquilidad al tiempo que en el cuarto contiguo, alguien está sufriendo una paliza. Su pregunta es seria y espera una respuesta. Iba vestido de negro, encapuchado, navaja en mano, entre el forcejeo alcancé a ver un tatuaje de calavera en su mano derecha, mediana estatura, voz grave, irracional, feo, infractor, virus. Es todo cuanto pude distinguir del inculpado, el problema es que los asaltantes tienen malos modistas, suelen vestir de negro y es difícil identificar dónde termina su cuerpo y dónde comienza la noche. Cómo encontrar un lunar en la oscuridad. Noto la resignación en la cara del comandante: de noche los encapuchados y los degollados tienen un rostro infinito. Agregó que pude ver sus ojos como diamantes entre la oscuridad que llevaba por cabeza, dos ojos que contra las luces neón de la ciudad evidenciaban a un ser lleno de miedo. Pero para cuestiones fácticas, eso no decía mucho.

Relato meticulosamente todo lo sucedido al comandante: la calle, el grosor de la navaja, la persona que miraba desde su ventana, el alumbrado y su luz intermitente. Todo. Muestro la herida ya vendada que me hizo en el brazo izquierdo. Me esfuerzo en referir de forma exacta los escalofríos, el halo de la luna, el terror y la furia, la venganza, todo lo necesario para que se actuara con prontitud. Sin embargo, el comandante no despega la vista de su computadora. Lo odio por eso. Cómo se supone que va a poder mirar en mi alma para ser partícipe de mi injusticia. Revisa las fotografías de quienes han sido apresados anteriormente por la misma zona y con un tatuaje de calavera en la mano derecha con el fin de acortar los rasgos del rostro infinito del culpable.

Mientras el oficial descarta delincuentes con cada clic, del otro lado los gritos vuelven a aparecer. No puedo evitar sentirme atrapado, como una presa fácil en un nido de bestias. Ahí adentro uno puede gritar de forma ensordecedora, pero afuera el mundo jamás se enteraría.

### III

La calle, antes del crimen nocturno, se hace ancha, se inunda de silencio y soledad como el mundo antes de Dios. Minutos antes del crimen uno sabe que algo pasará. Las amas de casa ponen candado a la puerta. Los autos se sincronizan para dejar de pasar. El sueño de los vecinos se hace denso e imperturbable. Dios ha ido a orinar. Los perros están ocupados en las taquerías y los gatos cubren los gritos de auxilio con su canto orgásmico. A cierta hora los semáforos huyen a su rojo caparazón, sordos al crimen que traerá la ventisca lunar.

Apenas se escucha un grito, todo vuelve a su curso normal.

Los perros ladran.

Los vecinos se asoman por la ventana. A lo lejos suenan las patrullas. Un nuevo asalto en la colonia San Marcos. La víctima es una mujer regordeta que había salido a comprar leche. Pero todos llegan demasiado tarde, cuando menos para calmar a la señora y no dejarla sola hasta que lleguen las autoridades. La calle comienza a poblarse de mirones. Salen las amas de casa. Los niños que quieren ser policías. Pasa un pepenador en bicicleta y pregunta qué ha pasado, mientras que todos le responden sobre lo estúpido que es salir de casa a tales horas de la noche. Peor aún, que una mujer lo haga. Llegan los policías y despejan la zona. Todos vuelven a sus casas.

Los perros regresan a buscar comida

El pepenador hace parada en el siguiente contenedor.

### IV

No sé en qué momento se escapó el alma del comandante Jiménez. Lo veo dando clics, uno tras otro como un autómatas, mientras las fotografías de delincuentes desfilan por su pantalla. Una mosca se planta en su frente sin advertirla. Él se limita a mirar fijamente el monitor. Clic. Clic. Clic. Ahora es un aditamento más de la computadora. Se ha ido.

Nuevamente resurgen los gritos de dolor. Me pongo de pie y, como lo suponía, el comandante ni siquiera lo nota. Una gota de saliva se escurre de su boca. Camino hacia la puerta. La abro y salgo de la oficina con el sonido del *mouse* tras de mí. Efectivamente, los gritos aún se escuchan, pero no veo a nadie que los provoque. Conforme camino por la sala los gritos se hacen cada vez más fuertes, pero solos, huérfanos de cuerdas vocales; náufragos en estos cuartos blancos. Acaso los lamentos de los criminales que habían estado encerrados en este lugar jamás encontraron libertad, acaso a sus dueños se les despojó de su voz a golpes y ahora ésta se había quedado a anidar en estas celdas.

Entro a un cuarto más grande que los anteriores. Hay cinco celdas repartidas en la cuadratura de la sala. Dos a la izquierda, una al fondo y dos a la derecha. No encuentro al autor de los gritos, pero escucho algunos balbuceos. En la segunda celda de la izquierda está un hombre sentado en el suelo, justo en un rincón de la celda y abrazando sus rodillas. La ficha señala algún tipo de problema mental traducido a la palabra “loquito”.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que llame a alguien?

Tembloroso, balbucea algunas palabras que no puedo entender. Está borracho. En la descripción del sujeto se menciona que había hecho sus necesidades en la vía pública. Un infractor de la moral. Probablemente, la vejiga lo alcanzó en algún bulevar, desenfundó e hizo lo suyo. Sería castigado por no esconderse, por no tener una casa donde cercar su fisiología como tantos violadores y secuestradores que en este momento matan, comen o eyaculan. La privacidad nos separa de un animal salvaje.

Me dispongo a regresar a la oficina del comandante cuando de pronto entra un encapuchado aprehendido por un par de policías. Entran a la sala sin advertir mi presencia debido a la violencia de la detención. El presunto delincuente forcejea para escaparse de sus captores, implora el olvido. Los oficiales consuman la aprehensión al esposarlo y arrojarlo contra el suelo. El criminal está solamente acompañado por la brutalidad de los policías que contra el piso lo golpean sin percatarse de dónde caen los puños y el casquillo de sus botas. El vapuleado intenta ponerse de pie y oponer resistencia, pero uno de los oficiales lo sujeta por el cuello, mientras el otro no deja de atizarlo con su macana. Aparece el comandante Jiménez; espero ponga un alto a la desafortunada imagen, pero se limita a dejar su arma y celular sobre una mesita y recoger un diente ensangrentado que yace en el suelo. Lo guarda en su

bolsillo y comienza a patear al sujeto, quien ya no opone resistencia, los golpes entran por la carne abierta de par en par. El policía que lo tenía sujeto, lo suelta para no perderse ni un momento de esa furia, ni dejar de hacer justicia. Le vapulean hasta que sus gritos se apagan para tomar la forma de lágrimas amasadas con sangre; no llora por tristeza, es el cuerpo escapando por el cuerpo. Suena nuevamente el celular del comandante. [...] *Los dejaba como coladeras, enojado era el mismito Diablo*[...]

Más por cansancio que por cordura, los policías terminan la paliza. Se miran entre sí, ebrios y sudorosos y entonces se conocen, entonces miran sus almas a través de los nudillos ensangrentados del otro. A sus pies, los gritos salen por la carne magullada del criminal. Nos encontramos en quién sabe qué lugar, de qué paraje, de qué recóndita mota de polvo, silenciosos e inexistentes.

—No es él.

—Pero, lo agarramos por la calle del asalto, comandante, apenas nos vio y se echó a correr del puro miedo.

—No tiene el tatuaje de calavera en la mano derecha.

Hasta ahora se percatan de mi presencia, pero no se atreven a mirarme. Están solos en esta mota de polvo cerrada. Solos y avergonzados. Es irónico que un delincuente del tamaño de la noche, no pueda ser encontrado. En el tamaño de la noche caben tantos estorbos, prostitutas, vigilantes nocturnos, barmans, barrenderos, taxistas, todos ellos son el abismo que mi agresor llevaba por rostro.

—Pues algo malo debe cargar, si no, no se hubiera echado a correr cuando nos vio.

## V

Rulo trata de no escuchar lo que pasa en el cuarto de al lado. Intenta convencerse de que el castigo es un mal necesario. Sin embargo, ése no es su trabajo. Él sólo hace trabajo de archivo. Los gritos son desgarradores y no puede concentrarse. Toma su cómic de Batman y se encierra en el baño hasta que pase la paliza. Lo ha leído cientos de veces. Únicamente se entretiene con las ilustraciones y el ocio de sus pensamientos. Cree que nadie pensaría que Batman pudiera llegar a ser un criminal teniendo todas las ventajas para serlo. Tan normal se ha vuelto verlo saltar entre los edificios que ya forma parte de la nocturna fotografía urbana. Si golpeará brutalmente a una persona dentro de

un callejón, se pensaría que ha atrapado *in fraganti* a un maleante y no que lo ha despojado de su billetera cuando Wayne Enterprises esté en quiebra. Ni Cobblepot ni el Acertijo han sido realmente inteligentes, la clave está en ponerse una capa y una máscara, o cuando menos, pasar por un empleado nocturno de un OXXO hasta fundirse con la noche. El detective Jim Gordon ha fallado a su ética al ignorar la pista más obvia del crimen en Gótica: por qué un tipo vestido de murciélago que salta por las azoteas forma parte de la cotidianidad nocturna.

## VI

Por fin el comandante Jiménez atiende la llamada. Escucha atentamente. Se limita a asentir de manera cortante y cuelga el teléfono.

—¡Rulo!

Rulo entra de manera nerviosa como esperando encontrarse con una escena poco agradable. Intenta no ver el cuerpo amoratado del aprehendido, pero es inútil, los charcos de sangre se extienden por el suelo y con tanta luz es imposible quitar la vista del cuadro.

—Búscame no sé qué video en el Face con los de Patrulla 790.

El joven obedece. Saca de su bolsillo su celular con la mano temblorosa, busca en el Facebook de Patrulla 790 alguna novedad. Suele ser más rápido para buscar ese tipo de cosas, pero los jadeos del hombre sobre el suelo lo distraen. Por fin encuentra algo. Un video con la descripción de una denuncia ciudadana. Da *play* y se lo muestra al comandante. En el video se puede ver a José Manuel siendo interceptado por un hombre encapuchado que lo amaga con una navaja. José Manuel se resiste. El sujeto lo hiere. Lo despoja de sus pertenencias y huye. La cámara sigue al encapuchado. Se detiene en la esquina y entra a un contenedor de basura. Cuando la policía se lleva al herido, el hombre sale del contenedor ya sin la capucha, toma su bicicleta y saluda a los vecinos.



# La quinceañera

Jaime Ruiz

—Aquí les traemos a este cabrón, lo encontramos junto al cuerpo de la chica, no ha dicho nada todavía, pero ahorita mismo lo hacemos cantar. Verifiquen si no tiene algún asunto pendiente que se le junte con el de la muertita. ¿Quiubo jefa?, ¿cómo ve al cliente que le trajimos hoy?, ¿a poco no es todo un galán?

El sujeto que habían traído el par de policías era un hombre que por su aspecto resultaba difícil calcular su edad, pero definitivamente era sencillo saber otros detalles de su vida: desaliñado, con una melena crecida y bastante descuidada, al igual que la barba, espesa y sucia, que enmarcaba sus facciones duramente curtidas por el sol y la mala nutrición; traía puestos varios cambios de ropa, uno encima del otro y, a cual más, sucio y desgastado; podría decir que lo peor de este personaje era su olor que delataba el tiempo transcurrido desde su último baño; pero no, lo que verdaderamente provocaba que la gente a su alrededor evitara su presencia era su mirada, resultaba difícil precisar si te estaba viendo a ti o simplemente veía a través de ti, pero era dura, pesada, incomodaba en cuanto se posaba sobre tu persona.

—Puedo ayudar.

Las palabras sorprendieron a todos los que estábamos ahí presentes, creíamos que el indigente ni siquiera era capaz de hablar; además las dijo mirando al vacío, no sabíamos a qué se refería o de qué hablaba. Tomamos sus huellas dactilares como parte de la rutina y para investigar si efectivamente tenía otros delitos en su haber y mientras la computadora arrojaba el resultado, los oficiales se lo llevaron a “interrogar”.

—¡Quietos ahí, pendejos! —alcancé a gritarles a los policías en cuanto entré a la sala de interrogatorios y éstos ya estaban iniciando con las “preguntas”—. Al caballero ahí presente me lo dejan tranquilo, no más “preguntas” para él, yo me encargo de aquí en adelante. Los dos uniformados me vieron suplicantes, como diciendo: “Denos chance, detective, es nuestra única diversión”, luego intercambiaron miradas cómplices entre ellos y a punto estuvieron de plantearle una nueva duda si no es porque los volví a detener y los amenacé con 36 horas

de arresto por desobedecer a un superior. Ambos salieron del cuarto mascullando mentadas de madre; aproveché para cerrar la puerta y así obtener la mayor privacidad posible.

Le quité las esposas, limpié un poco la sangre que ya le estaba saliendo del labio reventado y me senté frente al indigente, tratando de soportar su mirada. “Ya sé quién es usted –le dije – por esa razón se me hacía conocido en cuanto lo vi; tal vez no recuerde quién soy yo, pero hace ya varios años usted fue mi maestro en la universidad, cuando estudiaba criminalística y ciencias forenses; lo admiraba profundamente por sus conocimientos y por la manera en que daba clases; aun con todo el conocimiento que poseía y toda la experiencia en casos reales que tenía, nunca nos trató a nosotros, sus alumnos, como gente tonta e ignorante; al contrario, siempre buscó la manera de alentarnos a conocer más allá de lo supuesto; nos provocaba esa curiosidad que sólo un buen investigador posee y nos ayudaba a encauzarla en beneficio de nuestra profesión”. Todas estas palabras no consiguieron el menor cambio ni en su actitud ni en su mirada, para la cual yo seguía siendo invisible. Pero no me rendí, eso era algo que él me había enseñado y estaba dispuesta a demostrarle que lo tenía bien aprendido. Continúe: “Después de graduarme, entré a trabajar de inmediato a la policía gracias a mi excelente promedio y mis buenos resultados en los exámenes, eso me puso feliz; sólo lamentaba una cosa, no haber podido tener el honor que usted fungiera como nuestro padrino de generación, pero en ese período ya le habían ofrecido un mejor trabajo en otra ciudad, lejos de su natal Aguascalientes y durante mucho tiempo no supe nada de su vida, hasta que hace unos cinco años un antiguo compañero de la carrera me platicó lo que le sucedió a usted: lo del incidente, de su posterior colapso nervioso y cómo poco a poco lo fue perdiendo todo, incluida la razón, al parecer. Pero yo sigo creyendo en usted, esas palabras que pronunció hace un momento me confirman que ahí está todavía el gran maestro del que tanto aprendí y que tantos crímenes resolvió, lo sé, sigue presente debajo de todo ese cabello y esa suciedad y esa apatía por el mundo”.

Nada. Yo estaba frustrada y a punto del llanto y él continuaba imperturbable. Muy a mi pesar tuve que reconocer que, efectivamente, ya no era el gran científico que alguna vez admiré, ahora sólo era un pobre vagabundo, como tantos otros que recorren las calles de la ciudad, ajenos a nuestro día a día, viviendo en su propia realidad. Les hablé a otros oficiales para que se lo llevaran a una celda y lo alimenta-

ran, mientras continuaban las investigaciones y descubríamos si tenía relación o no con la desaparición y posterior brutal asesinato de la quinceañera.

Y entonces, sucedió. Sin darme cuenta había dejado el expediente del crimen sobre la mesa mientras hablaba con él y ahí continuó mientras llamaba a mis compañeros, aquella otrora gran mente estaba hojeando el archivo y observando cuidadosamente las fotografías de la escena y del cuerpo. Por primera vez se dirigió a mí y con voz calmada, pero firme, dijo por segunda ocasión: “Puedo ayudar. Ahora estoy seguro”.

Sin salir todavía de mi sorpresa volví junto a él y le pregunté cómo podría hacerlo, por qué estaba tan seguro. Como si acabara de despertarse de un profundo sueño me miró con la misma fuerza que antes, pero ahora sabía que sí notaba mi presencia; volteó hacia todas partes y tallándose los ojos me explicó: “Hace tiempo que no leo, mis ojos ya no están acostumbrados, cuéntame qué dice el expediente”.

Le hice un resumen lo más conciso que pude. “El pasado sábado día 11 del mes y año en curso, en un salón de fiestas ubicado en la colonia Rodolfo Landeros, se llevó a cabo la celebración de los quince años de la joven Damaris Yessenia, festejo que se desarrolló sin incidentes hasta que terminó, pues a partir de ahí ya no vieron a la quinceañera ni al novio de la misma; pensando que se había fugado con éste, decidieron ir a buscarlos al domicilio del susodicho, pero no se encontró a nadie en el lugar. Los padres y el padrino se presentaron a estas instalaciones a poner la denuncia el domingo por la mañana y después organizaron, junto con los vecinos, unas brigadas de búsqueda para localizarlos. No obtuvieron resultado alguno y no se supo nada de ellos hasta hace unas horas, ya medianoche de lunes, cuando descubrieron el cadáver de la chica y a usted junto a la escena. No sé si pudo observar la situación en que estaba el cuerpo, el cual mostraba evidentes huellas de tortura. Estaba tirada dentro de un contenedor de basura ubicado no muy lejos de donde fue la fiesta y en relativa cercanía con la casa del novio. La chica presentaba huellas de cadenas en los tobillos y las muñecas, además del cuello, tenía múltiples hematomas y escoriaciones producto de los golpes recibidos en todo el cuerpo, con excepción del rostro, donde sólo se apreciaba un ligero amoratamiento en la mejilla derecha”. Aquí hice una pausa para tomar aire y valor, pues esta parte era la más difícil, a pesar de mis años de experiencia, esto sobrepasaba todos los límites de maldad que yo había visto, pero por el bien de la

investigación, continué: “los pezones le fueron arrancados, además en el centro del pecho grabaron con un objeto punzocortante la palabra <<puta>>. Se podía observar evidencia de violación anal, debido al desgarramiento del esfínter y muy probablemente también haya sufrido violación vaginal, pero tanto la vulva como el pubis se encontraban seriamente quemados. Presentaba la fractura expuesta de varias costillas y también de ambas extremidades inferiores. En el cabello y piel de la víctima se encontraron residuos de grasa automotriz, así como también se localizaron dichos residuos en el contenedor de basura”. Era todo lo que hasta el momento teníamos, el cuerpo se encontraba en el SEMEFO para la necropsia que determinaría la causa del deceso, pero hasta el momento no contábamos con ninguna pista que nos condujera al asesino.

El maestro se quedó pensativo, pero no volvió a decir nada. Decidí que lo mejor era llevarlo a la celda para que comiera y descansara un poco, mientras, le ofrecí un dulce que llevaba conmigo y él lo tomó, justo en ese momento oímos un alboroto proveniente de la entrada de la delegación. Rápidamente solicitaron mi presencia y dejé al maestro en el pasillo, no creía que en su condición fuera a huir. Al llegar al frente me encontré con un grupo de oficiales que tenían rodeado a un chico de unos 17 años, severamente golpeado y que no dejaba de gritar que él no había hecho nada. Puse en orden aquel escándalo para que pudieran explicarme quién era el chico y por qué lo llevaban; fue entonces que supe que el detenido en cuestión era el novio de la quinceañera asesinada, que lo ubicaron drogado, perdido, sin recordar nada y, lo más importante, trabajando en un taller mecánico. Como era evidente, el interrogatorio iba avanzado a juzgar por las varias “preguntas” visibles en su cara, aun así, debíamos continuar en las instalaciones, pero antes que mis muchachos prosiguieran, pedí un momento con el sospechoso a solas, acompañada únicamente por el maestro.

Le hice las preguntas de rutina, aunque él sólo lloraba al tiempo que repetía no haber hecho nada y no recordar nada. Le mostré las fotografías del cadáver y comenzó a gritar histéricamente y a tratar de soltarse de la silla; para evitar que se lastimara traté de calmarlo y le ofrecí un café, mientras fui por la bebida lo dejé a solas con el ahora indigente. No sé qué ocurrió en mi breve ausencia, pero al volver a la habitación, el chico estaba más tranquilo, continuaba llorando, pero ya no gritaba y miraba detenidamente las fotos; mi maestro sólo observaba. Le solté las manos al sospechoso para que pudiera tomar el vaso y después del segundo sorbo preguntó, señalando con el dedo

una fotografía en particular, en dónde estaba la cadenita de oro con el dije de corazón que el día de la fiesta le había obsequiado a la joven; les pregunté a los compañeros que habían levantado el cuerpo por dicha cadenita, pero negaron haberla visto en el cuerpo, en el contenedor o sus alrededores. Supuse que mientras la torturaban se habría roto y caído en el lugar del crimen, pero el joven insistió que se la habían robado, que seguramente alguno de los puercos se la quitaron cuando la encontraron. Antes de que se volviera a poner histérico me informaron que habían llegado los padres de la chica y, también, su padrino de quince años. Yo no disponía de tiempo para atenderlos, así que los puse a disposición de otros oficiales para que les tomaran su declaración. Yo continuaría con el novio hasta que pudiera obtener una confesión, así me llevara toda la noche. Mi mentor le habló al chico y en respuesta le lanzó un dulce que anteriormente yo le había dado. El joven lo atrapó sin dificultad con la mano izquierda y agradeció el gesto en forma irónica. Fue cuando acercándose a mi oído el maestro susurró: “Él no lo hizo”, volteé extrañada, pues todos los indicios lo señalaban directamente, sólo necesitaba su confesión. No tenía coartada para explicar dónde estuvo todo el domingo, había sido la última persona con quien se vio a Damaris; era un mecánico con antecedentes de alcoholismo y drogadicción. Además, revisando las declaraciones de los padres y el padrino —que me habían proporcionado—, no les caía bien porque sospechaban que la llevaba por malos pasos; hacía que se echara la pinta de la secundaria y la había inducido a fumar. Incluso el padrino, en su declaración, mencionó que un día antes de la fiesta escuchó al sospechoso decirle a un compañero de trabajo que era la última oportunidad que le daría a Damaris, que si después de la fiesta no “aflojaba para coger”, la mandaría a la chingada, que él no estaba para juegos de noviecitos.

Después de oír aquello, el maestro preguntó si todavía estaban los padres y el padrino en las instalaciones de la policía, asentí, pero también agregué que estaban a punto de irse, pues no tenían nada más que declarar. Me pidió que los detuviera unos minutos más, que necesitaba hacerles unas preguntas. No teniendo nada que perder e intriga por lo que podría suceder, acepté e hice que los retuvieran con el pretexto de firmar unos documentos que faltaban; los padres entraron a una habitación conmigo y dejamos al padrino solo en el pasillo; después de firmar, el maestro entró, ante su asombro e incredulidad por la facha que lucía, los dejó solos; me dirigí a otro cuarto junto con el padrino y llevando los nuevos papeles que debía firmar.

Vi salir a los padres y al maestro que ahora se encaminaban hacia donde me encontraba, antes de entrar el padrino comentó, en tono burlón, que si el sueldo de los policías era tan malo que teníamos que vestir como vagabundos y oler como ellos, acompañado de una sonora carcajada. Le comenté que era uno de nuestros agentes encubiertos que acababa de regresar de una misión y no había tenido tiempo que abandonar el personaje. Ante mi respuesta y la cara de seriedad que le planté, no hizo más comentarios y continuó firmando las hojas.

Al entrar mi mentor lo primero que hizo fue lanzarle una manzana al padrino, una fruta que no tengo idea de donde la sacó, y que el individuo atrapó sin problema y con una sola mano. Al ver la acción únicamente volteó a verme con una mueca de triunfo y, luego, se ubicó frente al padrino.

Solamente hicieron falta tres preguntas para que el sujeto terminara confesando toda la verdad: él era el dueño del taller mecánico donde trabajaba el novio, conocía a la familia de la quinceañera desde hacía muchos años y siempre le tuvo ganas a Damaris, por lo que no pudo aguantar los celos cuando escuchó que el pendejo de su novio tenía planeado cogérsela después de la fiesta, así que los siguió con una botella en la mano. Vio cómo ella rechazó la propuesta del chico y cómo él la cortaba mandándola a la chingada. Aprovechó el momento para aparecer frente a ella y convencerla de acompañarla a casa de sus papás para que no regresara solita con el argumento de que su taller estaba de camino. Utilizó el pretexto de tener que orinar para que ella entrara al local, estando ahí le dio una cachetada que la desmayó. Aprovechando su inconsciencia la violó varias veces por ambos orificios y hasta ahí había cumplido su fantasía de tener sexo con su nueva ahijada, pero cuando vio en el cuello de la chica la cadenita con el corazón de oro, los celos combinados con el alcohol lo enloquecieron y fue en ese instante que con cadenas la amarro a la grúa de los motores que tiene en su taller, la amordazó con estopa y unos trapos que utilizaban para limpiarse las manos y volvió a violarla con cuanto objeto encontró, y a golpearla cada vez que ella se quejaba; apretó con distintos tipos de pinza los pezones de la joven hasta que se los arrancó, cuando vio que ya no se quejaba lo suficiente quemó su vagina con el soplete para borrar cualquier indicio de ADN que pudiera delatarlo, para terminar le fracturó las piernas, pues durante toda la fiesta se negó a bailar con él, ni siquiera en el vals le concedió suficiente tiempo. El domingo no abrió el taller para integrarse a la búsqueda y porque todavía tenía el

cuerpo suspendido en la grúa, mientras decidía qué hacer, se entretuvo rayándole el pecho con una navaja, escribiéndole lo que era para que a nadie le quedara duda, hasta que entrada la noche resolvió que debía deshacerse del cuerpo; lo subió a su camioneta, lo cubrió con una lona y lo tiró en un contenedor de la colonia, cual basura fue con él, a pesar de lo buena gente que él siempre fue con ella.



# Congreso de sordomudos

Antonio Vera

Quince minutos antes de las dos de la mañana el bar encendió sus luces. Quedé tan expuesto que me sentí manoseado por el brillo de veinte soles y no fue necesario que la mesera que me daba el mezcal casi a cucharaditas, por su excesiva amabilidad, me dijera: “listo, joven, ya terminamos”. Al sentirme encuerado por la mirada de uno que otro parroquiano, aligeré mi trago. Vací el caballito sobre mi lengua, lo acicateé con un poco de limón y sal, y me fui. No es cierto. Antes dejé veinte pesos de propina para la mesera híperbenevolente. Creo que adivinaba mi situación.

Salí a la calle Carranza ya cimbrado por los zumos etílicos. Por un momento, el pudor me quiso llevar por otra calle menos transitada, pero luego recordé que estaba en la zona de los borrachos tolerados por la sociedad y caminé tratando de representar mi orgullo como lo haría cualquier hijo de Yísus. Llegué a Catedral y tomé Victoria para enfilarme hacia el Jardín del Mariachi, por donde se encontraba el “clandestino” del Yoni; hubiera llegado y me hubiera puesto la borrachera que me urgía en esos momentos, de no ser por el resbalón que di justo una cuadra antes de llegar al *after* de *after*.

Caí como saco de cebollas. Fue un trancazo en el que colaboró bastante mi gordura. Tan recio que ya no me puse de pie. Solo. Varado entre dos coches. Batallé para sacarme el teléfono de la bolsa trasera del pantalón para pedir auxilio a los paramédicos. Al desbloquearlo, la aureola de luz que arrojó la pantalla recién estrellada iluminó el objeto de mi desgracia. Guardé la calma. Hice la llamada y di mi ubicación. Después, ya sin controlar el terremoto en mi mano, estiré el brazo imponiéndome al dolor de la columna, la estiré hasta que mis dedos tocaron el tacón de mi zapato y pude desprender la lengua cercenada que hizo que me resbalara. ¿Era de mujer?, ¿era de hombre?, ¿de un perro? No quise averiguarlo. Vací mi cajetilla de cigarros y ahí la guardé. “Delicados lengua, para los chismosos que dejan huella”, pensé. Al reprimir la risa, me atacó el dolor y volví a la seriedad. Metí la caja en la bolsa de

mi camisa y me resigné a esperar la ayuda, implorando que la oscuridad no llevara a un borrachín a mearse sobre mí. No. Ya bastante tenía con haber descubierto ese día que yo era un agudísimo cornudo, que mi mujer afilaba cuernos hacía ya algunos meses mientras me la pasaba en el taller inventando artefactos y mecanismos que jamás lograría patentar.

Terminado el breve interrogatorio, los paramédicos decidieron que mi dolor era culpa de mi escoliosis. Me subieron a la ambulancia; me sentí seguro, y desde entonces sólo pude pensar en la lengua macedrada con nicotina que traía de compañera.

A las ocho de la mañana me echaron del Hospital Hidalgo, entumido aún por el efecto de los analgésicos. En la cartera sobrevivieron algunos pesos al cobro de primera clase que me hizo el hospital de tercera; me fui en automático al OXXO a husmear los periódicos para comprar el primero que me diera indicios del otrora dueño del hidrostato muscular preso en mi cajetilla. No quería tirarla sin conocer el rostro de... pero, ¿si era de un perro, de un puerco, de una ternera? Me detuve en seco, abrí la cajetilla y tomé la punta de la lengua. Era indudable que le perteneció a un cristiano; lo que no pudo deducir mi experiencia fue el género. ¿Qué se puede hacer con la lengua como para tenerla tan gruesa? Mujer u hombre, hombre o mujer. Pensando y caminando y pensando llegué a los periódicos. Nada en *El Heraldito*, nada en *El Sol*, nada en *La Jornada*, nada en el Hidrocachondo. Decepcionado, tomé un taxi para ir al cruce con el payaso “Vagabundo” de la Héroe; estaba seguro de que él tenía un abanico de periódicos amarillistas, en caso de que no, previa propina, me diría dónde hallarlos.

Mejor vaya a un puesto de periódicos, joven, sugirió el taxista al escuchar mi destino. El payaso ya murió hace meses. Malditos analgésicos. Estaba dopado. Desmemoriado. Lo llevo a la Madero, en el centro, si quiere, ahí hay muchos puestos. Sale, contesté desde el asiento del copiloto mientras centrifugaba con los nudillos de mis índices el ardor en mis ojos.

Sin que el don preguntara, le conté mis angustias: mi mujer, la lengua, el trancazo de la noche anterior. Apenas distrajo la mirada para mandarme a hacer una limpieza. Cúidese, joven, me recomendó al bajarme. Si sabe algo, me avisa. Le entregué mi tarjeta de “inventor” y reparador de línea blanca. Si me entero de qué. Metí la cabeza por la ventanilla y le saqué la lengua. Ah, dijo, y me mandó con un ademán a la chingada.

El *Tribuna*, *Página 24* y *El Aguas* compartían el titular del cerebro derramado de un motociclista que se había estampado en el muro de

un puente y la foto, con escasas variantes, de una morra bien buena que con una mano se estrujaba una teta y con la otra estiraba el hilo de su tanga a la altura del hueso ilíaco. De la lengua nada de nada.

No quería regresar a casa por dos cosas: la primera, encontrar al dueño de la pinche lengua con la que ya me había obsesionado; y la segunda, si iba, toparía a mi mujer y no dudaba que me mi mano tuviera la resistencia para darle unas cinco horas de cachetadas a la muy *bitch*. Aunque tampoco quería porque era bien brava; este brazo no lo perdí en uno de mis experimentos, no. Fue ella quien me lo mochó.

Me fui al Terán a echarme unas gorditas; no me gusta ese mercado porque huele a flores podridas de panteón, pero estaba cerca, hambriento y, pues, ahí mero. El bullicio, el atropellamiento, el olor a mendigo condimentado con cebolla frita causaba tanta confusión que, cuando estuve sentado frente al comal taquero, me dieron ganas de aventar la pinche lengua y decirle a la doña de cara mantecosa que siempre no se me antojaba nada. Su “a sus órdenes, joven” arrancó de cuajo mis cavilaciones. A última hora pedí ocho tacos de lengua.

El americanista del puesto de enfrente movía con el popote su agua de horchata con insinuación sexual. Cuando descubría su mirada, se agachaba. Volvía a mis tacos. Les echaba salsa y volteaba de sopetón para sorprenderlo. Era un perro hambriento esperando una tortilla con grasa. ¿Me estaba vigilando? Pagué, me puse en cuclillas para hacérmeme de humo y así avancé al siguiente puesto, aunque los morritos se rieran de mí. Avancé al otro, al otro y al otro. Me paré, corrí e hice cuanto zigzag pude entre los floreros, pomaderos y pantaleros para despistar al aguilucho. Salí por la puerta oriente. Me metí por la puerta sur. Subí por las escaleras a la primera planta para tener una buena panorámica. Reguetón por allá. Norteñas por acá. Cabezas de cerdo descansando en sus ganchos. ¿Me estará siguiendo? Pásele, pásele, pásele. ¿Quién le dijo? Nadie sabe de mi lengua. Busco entre el gentío a alguien con playera color diarrea; hay varios, pero ninguno es americanista. Ando paniqueado. Puro alucín. Nadie.

Al retirarme del barandal alguien me toca el hombro. Antes de voltear lanzo un putazo. Mi muñeca queda atrapada en la mano callosa de un tipo con fuerza de Robocop. ¡Mierda! Sobre su panza que dobletea mi gordura cuelga un morral tipo mariconera. Vengo acompañado, me dice. Me suelta y me quita el “cel”. No corro porque he visto el revólver asomándose del morralito como si hubiera salido a tomar aire por el culo. Ahí te buscan, me dice y señala. Sigo el rayo láser que sale

de su dedo hasta que éste se impacta en el puto ávila tragahorchata. Sumerge sus narices en una flor y con la misma me pide que lo siga. No es necesario que el gordo me empuje. La compañera que le cuelga en la panza es de respetarse.

¡Maldito taxista! ¡Maldito taxista!, seguro que él les dio el pitazo. ¿Pero cómo dio con éstos? En la oscuridad llegan los pensamientos más claros. No puedo respirar, les digo. Quítenme esta chingadera de la cabeza, no sé nada de nada, les confieso.

El gordo iba en el asiento trasero conmigo. De su radio salió un aviso. Ya lo tienen, ya lo tienen, camaradas; el ganón fue don Ruco. R enterado, contestaron otros radiotaxis. Puro R, carnales, farolearon otros. Awevo, comentó otro, pinches Kaquitas nos la pelan. Silencio ya, cabrones, dijo el gordo salpicando mi muñeca izquierda con su saliva cuando la camioneta en la que me llevaban pasó a rajamadre por un tope. Manténganse en el dos. Cualquier cosa les avisamos. Sigán chambeando. Cambio y fuera.

No se puede pensar sin oxígeno. Me salgo de control e intento brincar de la camioneta, pero un culatazo en la boca y otro en la cabeza me acalambraron.

¿La Tora muda alias “La Paquita”? Con razón la pinche lengua gruesa. El mamapitos estaba atado a un pilar de lo que parecía ser una bodega. Qué pendejo fui. Ahí estaba yo atado a escasos metros frente a ella—él con la cara toda reventada, frente al maricón mudo que parecía parte del mobiliario en el clandestino del Yoni. De haber sabido que era la lengua de ese chupabolas, la hubiera aventado a las carnitas hirviendo de la taquería. ¡Mierda!

La Tora muda alias “La Paquita” no sólo era conocida en el bajo mundo; era traductora espontánea para sordomudos en un canal de televisión de alcance local. Se llevaba tan bien con las doñas del DIF municipal, estatal y federal, como con los briagos del clandestino. Era famosa La Tora, pues. Y se ponía sus moños, y su pinche enmoñamiento fue lo que llevó a los R a poner en alerta a los taxistas burreros. Si no le regresaban su lengua, según escribió en una hoja de libreta, no colaboraría, y que era mejor que le metieran un tiro. O sea que a veces se ponía Toro.

Aguascalientes City estaba en la víspera del Encuentro Internacional de Hablantes sin Frontera. Un congreso de sordomudos del que el gobernador se jactaba y sonaba como simio las cazuelas de aluminio de su gobierno incluyente. Los R tenían información de primera mano de que en ese evento se diseñaría el plan de acción para

ser desmantelados por los K; por eso fueron directo al “clande” del Yoni por La Tora. Y esos salvajes, aparte de tremenda cogida que había dejado sangrando el culo de la también “La Paquita”, me consta, vi la sangre correr por el cemento y también me lo dijo de alguna manera, le cortaron la lengua.

Dásela, me dijo el gordo. Dámela, dijo el joto con un ademán que me recordó al puto taxista. Me desataron las muñecas, los pies y caminé hasta La Tora y le entregué la cajetilla. Se puso a llorar, a mugir más bien, cuando tomó su lengua morada tirando a negra por la puntita y la sacó de la caja. Como que leí sus labios y dijo: “ya no podré mamar”. Ya déjensen de puterías, dijo el gordo que lucía una guayabera blanca tipo gobernador del sur. ¡Mira, pinche Paca! Como La Paca no lo peló, se acercó para soltarle un putazo que le volvió a desprender la lengua de las manos. Mira, wey. La Paca asintió con la cabeza para demostrar que estaba leyendo los labios del gordo. Mira, en un rato les traerán comida, y tú, pinche gordo, me dijo con su índice admonitorio, el maldito gordo, aquello parecía el reencuentro de los tres cerditos, vas a hacer que este wey se coma todo. Méteselo por el culo si es necesario. El chiste es que tenga comida en las tripas el wey para que no se muera. Su voz retumbaba en todos los rincones de la bodega vacía. Me dejaron suelto para alimentar a la gorda, pero con la advertencia de que si intentaba tan solo tocar la cortina de hierro me llenarían de plomo los guardias de afuera. OK, obedecí.

Mi reloj biológico marcaba más de las ocho. Al doctor que enviaron para revisar a La Tora le pregunté la hora, pero el achichinle del gordo, que era achichinle del awilucho, me pidió de manera muy amable, con una patada en la panza, que me callara. Me quedé en silencio enrollado en el suelo. Desde ahí escuché toda la cantaleta de por qué no le habían dado las gelatinas a La Tora. El muy joto no quiso comer, y aparte sin lengua está cabrón, pensé. Le pedí perdón cuando desenfundó su escuadra. Perdóname, pero no quiso, le dije. Sentía que se le iba a salir un tiro al desgraciado. Pinche mocosos flaco, sí era rudo. Iba directito para líder de los R.

El doctor hizo una llamada. Todo bien, jefe. No se muere. Le voy a poner un suero y El Flaco se queda a vigilar adentro. Entendido. Muy bien. Cualquier cosa, El Flaco avisa. Sí, jefe, adiós.

Del pilar que abrazaba de espaldas La Tora, salía un alambre del que colgaron el suero. La dejaron inmovilizada porque estaba dispuesta a morir y fue una bronca enterrarle el catéter en el antebrazo. Parecía

una momia de pie enrollada con cinta canela hasta la frente. A mí me ataron otra vez, pero me dejaron sentado. Me sentí como una Emily Rose y me dieron ganas de subir como arácnido por el pilar y fugarme. El Flaco acompañó al doc y, previo aviso por radio, levantó la cortina. Se despidieron con un apretón de manos.

Alcanzo a ver un pedazo de calle oscura. Nadie afuera. Nadie nos vigila; pura pantalla para que no movamos ni un dedo. A este wey sí nos lo podemos echar entre los dos. Hay que desarmarlo. Recorro con la mirada los rincones de mi cautiverio y no veo nada útil para improvisar un arma. Sólo una revolvedora amarilla de gasolina a la altura de La Tora, que gira la cabeza para zafarse de las cintas, un trompo amarillo inamovible que me guiña un “ni lo intentes, wey, porque tengo cemento seco dentro de la panza y peso más de lo que te imaginas”. ¡Inútil!

De regreso, el ñango, clon de Peter La Anguila, va directo a mí; los tubos de luz iluminan las láminas acanaladas de la bodega y hacen centellear los dientes platinados de una sonrisa que me ve con saña. ¡Mierda, ahora sí va a hacer lo que se le dé la gana este pendejo! A tres pasos de mí, desenvaina tremendo navajón de su sobaquera. Un corte sobre la tibia y otro en el hombro me hacen gritar, berrear. Grito tan fuerte que suena el radio del puto larguirucho. Todo bien, sólo me divierto con estos pendejetes, contesta. Al joto no lo toques. ¿Cuál de los dos? Al joto Joto, Largo. Entendido, contesta.

Largo se me acerca al oído y me dice la hora: son la nueve cuarenta y cinco, maricón, ya deja de bramar, van a pensar allá afuera que te estoy descuartizando el ano. Órale, cabrón, la vamos a necesitar, me dice. A su anillo de plata, que parece arrancado de los dedos de Walter Mercado, le levanta una tapa con engastes que a mis ojos parecen diamantes, pero que mi fuero interno sostiene que son zirconias vidriantes, me lo acerca a la nariz ya con un minipote de vidrio. Métele, me dice. Confuso, accedo, con temor a que me ponga un culatazo en la nuca mientras me meto la coca. Siento como si fuera a besar el anillo papal. Luego hace lo mismo con La Paca.

Me desata, luego a La Tora y deduzco que ya nos cargó el payaso. Me pide que lo siga a lo que antes fueron baños y ahora son bodega de armas. Mujeres: armas cortas. Hombres: armas largas. Es que el patrón es puñal, me dice como si le pidiera una excusa. Respiro a media tranquilidad.

Largo, de filiación K, tenía pocos meses de ser reclutado por los R. Éste se ganó su puesto al demostrar a sus mafiosos adoptivos su odio a los Kakitas. Ascendió rápido por su famoso pollo rostizado

que consistía en empalar por el culo a cuanto K levantara la mano. Los giraba en un mecanismo inspirado en las rosticerías para que un gotero, mitad clorhídrico y mitad nítrico, que arrojaba sus lágrimas a la altura de la cintura, los fuera partiendo gota a gota; lo emocionante, según Largo, era cuando las tripas comenzaban a desembobinarse. A los que morían durante el empalamiento les iba bien, pero había unos muy rudos. También me dicen El Regio, confesó con orgullo.

Diez en punto agarraríamos a plomazos a la cortina. Largo pediría auxilio por radio para que entraran los guardias.

La Paca, con su vestido blanco estampado con tulipanes rosas, pelo corto y rubio, sandalias romanas, le rompió su madre a casi todos. Yo apenas pude quebrarle el pie a uno de los R-cristianos. Largo, cagado de la risa detrás de uno de los pilares no hizo nada. Son todos, son todos, gritó El Regio, para que yo dejara de disparar la R-15. Estaba poseído. Corrió y le plantó un besote en la boca a La Paca, quien la rechazó por el dolor pero luego siempre no y se le prendió como chinche al poro. ¡Mierdal!, otro K. A esta perra yo le enseñé a disparar, gritó extasiado.

¡Cabrones!, eran *frikis* de la verosimilitud, pero no había necesidad de que me patearan el estómago ni que me rayaran el cuero como cebra rojiblanca.

Cuando salimos a la calle me di cuenta que estábamos por el rumbo de la Nissan. Apenas rodeamos la bodega y una camioneta nos aventó las luces. Supuse que un comando armado nos esperaba. No. Sólo un octogenario que tenía a todo volumen una rola de Albert Pla. “Yo me muero, cada día me muero...” ¡Mierdal! Tuve que meterme la uña en la herida del hombro para aceptar lo que estaba sucediendo.

¿Todo bien, Regio?, preguntó el anciano con voz aflautada. De lujo, Goyito, respondió El Regio, cuando la rola ya estaba sin volumen.

Buenas noches, jóvenes, saludó Goyito al subirnos. Todos estaban tan tranquilos que me sentí en un Uber. Vamos a la México para dejar a este cabrón, ordenó Largo. Calle Sonora 95, ¿verdad? Asentí moviendo la cabeza, asombrado porque estos cabrones sí le sacaban provecho a su don de ubicuidad. Te van a buscar, eh, wey, para que te esfumes, ese. Qué va, Largo, le agradecí. Estiró los pies desde el asiento del copiloto para sacarse casi de la ingle la 9 mm con la que me había amenazado. Ten, me dijo, pero de preferencia cáele, porque esta madre no te va a servir de mucho. Si quieres ayuda, busca a mi vieja con el Yoni, ¿eh? Va.

Trizas, lo que se dice trizas. Apenas pude subir las escaleras a mi depa. El rugido de hambre de mis tripas me recordó que estaba vivo,

que era un vivo, un sobreviviente subiendo las escaleras. Desde la calle vi las luces apagadas y no me sorprendió porque mi vieja lo único que necesitaba era mi ausencia para sacarme del cantón.

Sabina, la gata, me recibió apenas abrí la puerta. La inercia de los últimos acontecimientos me hizo ponerle un patín del que luego, luego, me arrepentí. Cálmate, pendejo, gritó mi vieja desde la recámara al oír el súper miau de la gata. La luz hizo una rayita debajo de la puerta. Para allá corrí. Fui tan rápido que todavía la vi ensartada en el sancho. ¡Putal! ¡Mierda! Todo había valido madres. No lo pensé y pum, pum; que me lo chingo al wey. Es fácil matar; creo que Dios nos dio un tórax para que nuestros enemigos puedan vengarse de nosotros. Aunque creo que el diablo inventó el chaleco antibalas, pero no para los culeros.

Mi vieja salió corriendo, apenas pude verle las nalgas y el culo todo lubricado. Fui tras ella; trasasé el umbral de la recámara, la topé como a uno de esos insectos extraterrestres de la película *Hombres de Negro* con una tijera con reductor de esfuerzo, de dos metros y fabricada de carburo de tungsteno, la cual inventé para cortarle la cabeza a los animales en los rastros con la intención de evitarles el sufrimiento.

Como un cangrejo gigante, mi vieja me atacó el brazo y lo cortó como un ejote. Ya no tuve fuerza ni para sostener la nueve y menos para atinarle a su cuerpo encuerado que salió del depa como un bólido. Pinche invento funcionaba muy bien. Me dejó batiendo mi propia sangre mientras trataba de agarrar mi brazo que brincaba como una pepita sobre el comal caliente. ¡Eso es batirse en mierda y no en la caca!

Del hospital fui directo al CERESO. Me declararon culpable de la muerte de Enrique y de su amante, o sea, mi mujer, quien fue arrollada por un Tsuru cuando atravesaba la calle en pelotas a las once y media de la noche de un sábado de marzo. Mayra decía que siempre le pedía a Dios que, si un auto la atropellaba, fuera un BMW y no un vocho. Morir atropellada por uno sería como morir cogiendo con un cabrón con disfunción eréctil, decía. Lamento que no se le haya cumplido su deseo.

La Paca ahora es el chido del pabellón al que pertenezco, desde que cayó acusado por quebrarse a doce R en el encuentro de sordomudos. Dos veces por semana, miércoles y viernes, voy a su celda. Soy uno de los beneficiados con el tronquito prodigioso de lengua que le quedó. Mama mejor que antes y se le ve alegre.

Yo saldré en algunos años. La Paca, nunca, si el Partido Verde Ecologista consigue aprobar la cadena perpetua.

# Orejas y rabo por un indulto

Carlos Reyes Velasco

No soporto la sangre, aunque sea parte de la faena.

Su olor salado inunda mi nariz y de ahí llega al paladar como el sabor metálico y dulzón cuando me muerdo, sin querer, la lengua o los labios y brota el líquido carmesí; la misma roja intensidad que baña el negro cuerpo del toro como un manto litúrgico cubierto de arena, sudor, mocos y otras secreciones expulsadas durante la corrida.

Nada de eso me apasiona; me gusta el rejoneo, la adrenalina de tentar la muerte armado sólo de una muleta y el estoque, pero lastimar al animal siempre me desagradó desde que mi padre me llevaba cuando niño a las corridas.

Disfruto la fiesta brava: la expectativa que embriaga a los asistentes, la música ceremoniosa que acompaña al torero y su séquito al partir plaza, la mortal danza con el cornudo en turno, arriesgar el cuerpo frente al público que da gritos de horror o alegría, según se desarrolla el enfrentamiento; incluso, gozo los coros de “oleeeeeee, oleeeeeee” que la multitud entona hasta formar una ola sónica que retumba hacia el cielo como una oración.

Lo que detesto es cuando empiezan a picar al bovino para debilitarlo casi hacia el final de la función, cuando lo torturan sistemáticamente hasta su sacrificio o indulto. ¿Dónde está el arte en eso? Valientes los cretenses de hace siglos que brincaban desnudos sobre los cuernos y el lomo del toro; a partir el siglo XVIII fue España quien impuso la tradición y las reglas modernas de la tauromaquia.

Y esa tradición sádica de hace casi tres siglos se repite hoy, domingo de novillada, con un grupo de recién salidos de la Academia Taurina que hacemos nuestro debut frente a los familiares que gastaron un dineral en nuestra educación; si todo sale bien, animales como “El Azabache” —el toro que está justo ahora en el ruedo— serán perdonados como sementales en el rancho de su dueño. La impaciencia por lucirse que tiene Pedro “El Chaval” Navarro —un mocoso junior con aires de galancete— hace que su faena desgaste al toro sin dar mayor

espectáculo que el de una bestia debilitada que derrama su vida a los pocos minutos de entrar a la plaza; mis compañeros, detrás de las barreras, se voltean a ver, presagiando lo que se avecina en el tercio de la muerte: el agónico respirar por las heridas, el aturdimiento del animal y la estocada final que lo libera del dolor ante el beneplácito de los asistentes, quienes beben vino directamente de la bota o devoran botana y carnitas con salsa. Cuando mi mirada se conecta con la del agónico toro veo su sufrimiento, escucho sus lastimeros mugidos y sé que no puedo aguantar más.

Antes de que el vómito suba por mi garganta, corro apresuradamente hacia los baños de la Plaza Monumental para vaciar mi estómago y tomar aire fresco; detrás de mí alcanzo a escuchar la ovación del público y el estruendo de la música que da gloria al novillero y anuncia la salida del toro muerto que es arrastrado por los caballos.

Ni modo, en momentos como éste es cuando mi pasión por el “arte taurino” se termina de desangrar como “El Azabache”; es cuando reconozco que jamás tuve madera de novillero y que entré en esto para complacer a mi padre, quien trabajó por muchos años en la Monumental. Ahora ya está retirado.

Hoy no participé mas que como un espectador; mis profesores en la academia ya habían detectado mi falta de sangre fría para lastimar a una criatura viva, pese a que era bueno en las prácticas con el torito de ruedas y otros entrenamientos como el uso del capote, las banderillas y el estoque. Más de una vez me llamaron la atención y me pronosticaron que, de seguir así, jamás pasaría de monosabio o mozo de espadas.

Para entonces Néstor, mi padre, ya había perdido su fe en mí como su futuro asegurado, como sucedía con los padres que le apostaban a que sus hijos jugaran fútbol para tener un Hugo Sánchez o un “Chicharito” Hernández que los enorgulleciera y les sacase de pobres.

—Pedí favores a mis conocidos para que educaran a un matador, no a un recoge-caca de toros. ¡Échale ganas o te rascas con tus uñas!— me había dicho cuando le anuncié que no participaría en el evento de ese día; decepcionado, él prefirió no asistir y se llevó a mi madre y a mis hermanos a la presa de Malpaso.

Mientras salgo avergonzado, junto con la multitud del recinto, reconsidero si continúo en esto: ¿se puede amar la tauromaquia, pero aborrecer el sacrificio de toros? A los 19 años aún estoy a tiempo de hacer examen en la Universidad Autónoma y estudiar alguna carrera ajena a lastimar seres vivos; tendría que conseguir un trabajo distinto

a los toros y pagármela, porque en mi casa ya me había apoyado y faltaban tres niños por educar; quizá mis hermanos Toño, Adrián o Domingo pudieran ingresar al medio taurino y, algún día, salir en fotos como los matadores triunfadores que tapizaban la casa familiar, donde mi madre Licha les ponía hasta flores a los que consideraba más guapos y arrojados; decía que por eso se enamoró de mi padre, quien se veía gallardo atendiendo los servicios de comida en las plateas, de donde nunca pasaría, salvo para meserear en merenderos y fiestas privadas.

Ensimismado, no había notado que la gente se amontona en las puertas de salida, donde los miembros de la seguridad privada han cerrado el paso. ¿Qué habrá sucedido?

—¡Nadie puede salir hasta que llegue la Policía Municipal!—, nos anunció Román, jefe y dueño de Seguridad Alfa, a quien conocía antes de que su musculada figura se fuera al traste por las cervezas y las desveladas vigilando antros; cuando me identificó me hizo señas para que me acercara. —¡Arnulfo! ¿Sigues haciéndole a la mamada? Ya mejor salte de esto, neta. Sabes que te puedo dar chamba cuando gustes, tienes buen físico y eres bueno para los madrazos. Por cierto, pásale con el resto de tus compañeros a la oficina del administrador, podrás salir hasta que hablen con ustedes y lleguen los polis.

Eso me supo mal. ¿Qué vela tenía yo en este entierro?

En el despacho de don Chendo, el administrador de la Plaza San Marcos, estaban reunidos todos mis compañeros que se estrenaron esa tarde: el fanfarrón Pedro y sus amigotes de parranda; Christian y los gemelos Luján (Luisito y Demetrio), todavía ataviados de novilleros primerizos y con cara de pocos amigos. También estaba presente el rubicundo cincuentón de botas Luciano Acosta, director de la academia. El mismo Chendo yacía en su sillón sin decir nada, ocultando su gran cabeza llena de canas detrás del muro de humo que expulsaba por las fosas nasales al fumar su puro Montecristo. En silencio, el doctor Reyna, médico de la plaza, estaba parado en una esquina mirando distraídamente hacia afuera del impresionante ventanal que daba al ruedo.

—¡Pásale con los demás, Arnulfo!—, me dijo despectivamente Luciano, ex empresario ganadero que había obtenido su puesto gracias a sus relaciones comerciales y a varios torneos de golf en el Club Campestre, donde jugaba con otros dueños de exitosos negocios, entre quienes estaban los padres de mis compañeros.

Al nombrarme Luciano, el Dr. Reyna volteó a verme y mostró una expresión de reconocimiento; siempre es bienvenida una cara amis-

tosa con ojos serenos en un mar de miradas desconfiadas; Reyna, además de su puesto en la Monumental y en el Hospital Hidalgo, también era profesor en la academia, donde nos daba clases sobre temas afines a heridas, anatomía y aspectos similares. Era mi maestro preferido, ya que al charlar con él descubrimos nuestra mutua afición por series de televisión como *Breaking Bad*, *Los Soprano*, *Sherlock*, *Bones* y *CSI*; al ver mi gusto por esta temática me había compartido varios DVD's con las temporadas completas y libros como la saga de Belascoarán Shayne, "El Zurdo" Mendieta y Kurt Wallander; más de una vez, charlando en su consultorio, me había sugerido que cambiara de formación, y me decía que él podría recomendar mi ingreso a la carrera de Medicina en la UAA... Si tan sólo superara mi repulsión a la sangre.

Reyna era todo un personaje al que tampoco le gustaba la tauro-maquía, pero le pagaban bien sus servicios como cirujano. No aparentaba que pasaba de la tercera década y siempre pensaban que era diez años más joven; pulcro y sin un solo pelo en la cara ni en su rasurada cabeza, excepto por sus pobladas cejas; destacaba por su corpulencia (producto del gimnasio) y su amplia barriga (resultado de birria tatemada, tacos de canasta y de asistir religiosamente con Rebeca, su mujer, a lugares como la cenaduría San Antonio, los tacos de canasta Sí Señor y el lechón Pascualito); sus colegas de urgencias en el Hospital Hidalgo lo apodaban "El Médico Asesino" y "El Maestro Limpio", ya que de no ser por su panza fácilmente pasaría por ser un luchador enmascarado o el personaje de dicha marca de productos.

En ese momento entró Román acompañado de dos gorilas Alfa. Después de un momento de suspenso, anunció el motivo de nuestra retención:

—Muchachos, están en un problemón: alguien robó de esta oficina un trofeo muy especial, propiedad de Don Chendo, quien tan generosamente les permitió estrenarse en su plaza. Se trata del estoque que le regaló Miguel Espinosa "Armillita", cuya estatua está afuera de este recinto —hizo una pausa para ver nuestra reacción; yo sólo intercambié miradas de desconcierto con Reyna, quien mantenía su cara de póker—. Las cámaras de vigilancia grabaron a un enmascarado vestido de novillero, quien al ingresar sustrajo el sable del estuche donde se exhibía, dijo mientras señalaba una caja de cristal cortado sobre el escritorio de Chendo, que estaba vacía y con un fondo de terciopelo rojo.

—Todos ustedes son sospechosos hasta que se presente la policía. Tienen una oportunidad para regresarla antes de que se ponga

una denuncia formal que los marque como infractores para toda su vida –dijo.

Nadie dijo nada, sólo nos mirábamos unos a otros hasta que tronó Don Chendo:

–¡Ese estoque me lo dio “Ar-mi-lli-ta”! ¡Lo usó en su última corrida en esta plaza! ¿Saben lo que vale? Román, ponles el video –exclamó.

En la pantalla de plasma de pared a pared se proyectó un video grabado desde la cámara ubicada en una de las esquinas de esa misma oficina, en el que se veía a una delgada figura ataviada de novillero y con una máscara plástica de Carlos Salinas de Gortari cubriéndole el rostro, quien sin problema alguno ingresaba, abría el estuche y salía con el arma blanca como si estuviera en su casa; todo en menos de medio minuto, entre las 7 y las 8 de la noche, justo cuando Pedro estaba dando la estocada final al toro “El Azabache” y en el momento exacto cuando me ausenté para vomitar.

Pedro estaba libre de sospecha por estar a la vista de todos durante su faena, su presencia ahí era mera formalidad y de apoyo a sus amigos, quienes habían estado viendo la corrida desde la barrera. Por la mirada que me dedicó el Dr. Reyna supe que había llegado a la misma conclusión que cruzó mi mente: el principal sospechoso era yo, por no estar visible en ese lapso, lo cual era una desagradable coincidencia; además, ¿qué tan confiable puede ser el hijo de un ex mesero de palcos que era conocido por robarse las botellas de buena marca, frente al prestigio de los hijos de distinguidos empresarios que patrocinaban la actividad taurina?

–¿No estaba cerrada la oficina ni tenía bajo llave el estuche donde la guardaba, verdad? –comentó Reyna de forma casual.

–Es un lugar honorable con gente decente, doctor –se justificó Don Chendo con evidente molestia antes de soltar el humo de su apestoso puro.

Reyna no dijo nada más, pero se acercó a revisar el escenario del crimen recorriendo el lugar y posando después su mirada en cada uno de nosotros. Sabía que corría el tiempo antes de que llegaran los policías y arruinaran la evidencia; aunque el video era borroso y de baja calidad, era claro que no habría huellas, pues el ladrón lucía guantes de piel. La oficina no tenía elementos Alfa como resguardo y estaba cercana al área de las barreras, donde cualquiera pudo acceder.

–Ya dejamos salir al público, estaban grite y grite –comentó Román. –No tardan en correr el chisme y en que lleguen las sanguijuelas

de la prensa. ¡A ver, confiesen! ¿Quién fue y dónde escondieron el estoque? –preguntó una vez más.

Se había formado un vacío en torno a mí, ya que los demás novilleros se había agrupado con Lucio y Chendo. Me sentía cercado; aun si no aparecía el objeto robado, yo no tendía coartada ni alguien que estuviera de mi lado. Tragué saliva sintiendo los restos amargos del vómito en mi boca reseca. Estaba tan muerto como “El Azabache”; había sido conducido al matadero por alguno de los que estaba ahí, eso era seguro. Eran demasiadas coincidencias. Si tuvieran banderillas en sus manos, ya me las estarían clavando.

Impasible con su vestimenta blanca, Reyna me dio una palmada en la espalda con sus fibrosas manos. Me encaminó con una sonrisa de apoyo hacia la salida al tiempo que se dirigía a los demás:

–Cálmense todos que Arnulfo no fue.

–¿Qué dice? ¡Pero si era el único que no estaba en la corrida! –dijo Christian mientras me señalaba agresivamente con su puño.

–Muchacho, te defiendes mejor quedándote callado hasta que llegue la policía –respondió Reyna antes de abrir la puerta y conducirme afuera.

–¿Eres zurdo, verdad? Siempre toreas con esa mano, según he podido apreciar. De hecho, eres el único que no es diestro de estos jóvenes y eso te hace más que sospechoso. ¿O a caso nadie se fijó que el ladrón abrió el estuche y tomó la espada con esa mano y sin titubear? Véanlo por ustedes mismos que para esto tienen el video como primera prueba–.

Antes de que intentara escapar, los vigilantes Alfa retuvieron a Christian, a quien repentinamente habían dejando solo sus amigos.

–Román, te sugiero detener también a los demás chavos que seguramente son cómplices, pues esto no lo hizo solo, indicó Román antes de proseguir.

–Don Chendo, le pido me preste atención, ya que confía en mí desde hace años. Este robo no lo hizo Christian de forma individual, hay alguien más detrás.

Don Chendo soltó otra bocanada y asintió ante la molestia de los demás; Reyna había salvado no sólo a toreros, sino también reputaciones cuando se pedía su opinión. No era la primera vez que el galeno sorprendía con sus atinados juicios; meses atrás había descubierto que un picador se había robado diversos artículos y se comprobó que estaban en su posesión. El doctor sólo había dado un vistazo al casillero

del tipo, donde una caja de cerillos incriminó al ladrón con el lugar donde vendía lo sustraído.

—Sígueme, caballeros, hasta donde creo puede ser probable esté escondida la pieza robada —comentó Reyna mientras nos dirigíamos a lo profundo de la plaza.

—Ya revisamos todo el lugar, hasta los botes de basura y los baños —aseguró Román.

—¿También donde se resguardan los toros sacrificados? —cuestionó Reyna. El silencio que siguió fue la mejor respuesta.

Llegamos en procesión a la parte baja de la Monumental, donde se depositaban los toros antes de ser trasladados a algún rastro para ser despedazados y volverse fertilizante o comida para el consumo humano. Yo había estado ahí una sola vez y fue suficiente: el olor era penetrante aunque lo limpiaran con cloro y aromatizantes. En una noche caliente de verano como ésta, los animales sacrificados apestaban en su espera deshonrosa y estaban acompañados por el zumbido de las moscas.

—Te voy a pedir un favor, Arnulfo —me susurró Reyna—; pon a trabajar ese cerebro tuyo y dime qué crees que pasó y dónde es posible que hayan escondido lo robado.

Había pasado de presunto culpable y sospechoso a investigador aficionado, como sucedía en las historias que tanto disfrutaba. Reyna había abogado por mí, pero me pedía reforzar su confianza y probar si era digno de la misma. Esa tarde no sería mi primera faena taurina, pero sí el primer caso que podría resolver: mi propia inocencia.

Tomé aire, tratando de concentrarme pese a la peste de muerte y excremento que invadía todo.

En el lugar reposaban los cadáveres de las víctimas propiciatorias de ese domingo; si me hubiera animado a participar, alguno de ellos hubiera muerto a mis manos. En cambio, ahora, tenía que resolver dónde estaba el estoque robado; Reyna me había marcado la pauta, él ya intuía dónde era probable que estuviera oculta la pieza... el único lugar donde podría estar sin levantar sospechas cuando llegaran las autoridades.

Cerré mis ojos un momento y visualicé los posibles escenarios y acciones. Cuando llegué a una conclusión, tomé aire y abrí mis párpados. Alrededor de mí todos estaban expectantes a lo que diría.

Sin dudar, expresé mi hipótesis:

—Christian y sus cómplices sabían que la ejecución del toro me daría asco, dado que cuando los acompañaba a ver otras corridas siempre

me pasaba lo mismo cuando brotaba la sangre; yo sería su chivo expiatorio —dije con seguridad, viendo a mis compañeros directo a los ojos.

—Es probable que escondieran la máscara y los guantes en sus capotes; los implicados sabían que al verme salir para vomitar sería el momento ideal para robar la pieza—; hice una pausa mientras caminaba por entre los animales muertos, buscando algún indicio. —Tras apoderarse del estoque, Christian regresó al callejón del ruedo, donde ocultó tanto la máscara como la espada en algún recoveco de las tablas. No pudo hacerlo solo, seguramente Luisito y Demetrio le estaban cubriendo la espalda.

Reyna me guiñó el ojo en complicidad; no lo había decepcionado. Proseguí:

—La única forma de ocultar la evidencia sustraída era resguardarla en un lugar donde a nadie se le ocurriera revisar —recalcó.

Me detuve frente a la negra montaña de carne inerte de “El Azabache” y, pese a mi repulsión, comencé a explorarla.

Palpé el cuerpo que olía a sangre todavía roja y brillante. Me ubiqué en los cuartos traseros de “El Azabache”, levanté su rabo y comprobé lo que había supuesto: el objeto robado siempre estuvo “oculto” a la vista de todos.

Sin dudarle, tomé la empuñadura dorada que asomaba del ano del toro como una flor de metal y la saqué con todas mis fuerzas hasta liberar sus 88 cm. Mis orificios nasales se llenaron de un olor a excremento, intestinos desgarrados y sangre coagulada que me roció como un infernal perfume.

A punto de *guacarear*, quité del sable la bolsa plástica con que lo habían envuelto antes de enterrarlo en la sacrosanta parte de “El Azabache”.

—Tenga, Don Chendo, aquí está el regalo que le hizo “Armillita”, creo que tendrá que limpiarlo con desinfectante —alcancé a decir antes de desmayarme.

Cuando recuperé la conciencia, Reyna me estaba aplicando algo bajo la nariz.

—¡Qué bueno que despertaste, Arnulfo! Te perdiste la mejor parte —me dijo, ayudándome a ponerme en pie; estábamos en la enfermería de la plaza. —Cuando estabas inconsciente, Pedro y sus amigotes intentaron escapar, pero los Alfa los detuvieron a punta de macanazos. ¿Y adivina qué? No estaban solos, se evidenció otro cómplice, la mente maestra detrás de ellos —recalcó.

Lo miré aturdido, tardando en entender.

—Luciano fue el autor intelectual, tus compañeros fueron usados —confirmó el Dr. Reyna. —Les prometió promoverlos a distintas corridas para que les dieran la alternativa con toreros reconocidos. Ellos tomaron su decisión, ya son adultos y serán juzgados por ello.

Se detuvo a sacar unas cervezas del refrigerador donde guardaba material delicado, las destapó y me pasó una; me supo deliciosa

—No creo que duren en prisión, sus padres tienen muchas influencias, pero les dará un escarmiento, aunque cuando salgan los tendrás como enemigos —prosiguió. —En cuanto a Luciano... dada la molestia que provocó a Don Chendo su traición, no creo que lo vaya a pasar bien en el CERESO.

Ambos dimos más tragos al néctar de cebada; el galeno continuó:

—Luciano era el único, además de mí, a quien Chendo gustaba de presumir su tesoro, por eso supo que nuestro patrón no cierra nunca su oficina ni el estuche de su trofeo—. Luciano, además de dirigir la Academia Municipal de Tauromaquia, es dueño de la empresa que recoge y procesa a los toros sacrificados en cada corrida, por lo que nadie sospecharía cuando retiraran a los de hoy. ¡Por cierto, tenías razón! Encontraron la máscara de Salinas y los guantes ocultos en un hueco secreto entre las maderas del ruedo; seguramente lo tallaron en alguna visita previa a la plaza, ya que está cortado para no ser detectado a primera vista; de tus compañeros implicados, sólo Luisito y Demetrio tienen experiencia como carpinteros en el negocio mueblero de su familia.

Chocó mi botella, ya casi vacía.

—Tienes talento e instinto, cabroncito, sólo te falta templarte con la sangre. No te preocupes, en cuanto te recuperes vendrás aquí o a Urgencias a ayudarme con los heridos. ¡No pongas esa cara! ¡Verás que te gustará más que la fiesta brava! ¡Salud!



# ¡No era su sangre, era la mía!

Julio Rascón

Emily Dickinson: << *I felt a funeral in my brain*>>

\*Yo podría añadir como Mademoiselle de Lespinasse:

<< En todos los instantes de mi vida>>.

Funeral perpetuo del espíritu.

E.M. Cioran, *Cuadernos (1957–1972)*

Hay un gato atropellado en medio de la calle, el bulto entre blanco y negro hace contraste en el asfalto. Ella lo mira y su sentimiento de profunda desesperación atormenta sus sentidos.

—¡Mildred! —grita con sobresalto. Atónitos, algunos vecinos la ven cruzar rápidamente la calle hasta llegar a recoger al animal. Como quien levanta una bolsa llena de desperdicios, casi sin vida tomó con sus dos manos el cuerpo flácido de la gata.

Sin pensarlo y dominada por la exaltada emoción, corrió rápidamente con el bulto de pelos, carne y huesos al que le escurría sangre, y dejando un rastro de gotas se dirigió dos casas más delante de la suya para tocar estruendosamente en la puerta de Fernando.

Él era un joven estudiante del noveno semestre de veterinaria, quien era miembro activo de “Amigos pro animal” y que recientemente había participado en la propuesta de ley ante la legislatura del H. Ayuntamiento de Aguascalientes sobre la penalización del maltrato animal.

Fernando escuchó los golpes desesperados en su puerta y miró por la ventana, abrió rápidamente porque se dio cuenta que era su guapa vecina Claudia. Le mostró el animal aún moribundo y, sin pensarlo, rápidamente el joven estudiante empezó a revisarlo.

Sorpresivamente y con tristeza descubrió que la gata no había sido atropellada, si no que había sufrido de vejaciones; su deducción lo llevó a sospechar que al animal le habían colocado un petardo pirotécnico en sus partes genitales, específicamente en el ano.

Fernando eligió estudiar veterinaria porque desde pequeño, a sus cuatro años, vio la película de la Guerra de las Galaxias y pensó que *Chuwaka* era un gato enorme al que algún día le hubiera gustado acariciar. Años más tarde, en la universidad Fernando se obsesionaba con ser siempre el estudiante más destacado de su carrera. Un día, en la clase de anatomía de cuadrúpedos escuchó decir al maestro que el veterinario debería convertirse en un especialista de las piezas que conforman el rompecabezas de la anatomía animal. Lo anterior, definitivamente, llevó a Fernando a reflexionar que un veterinario debía ser un investigador de la fuente del dolor de los animales, puesto que cada caso debería ser resuelto con particular tratamiento según la especie y, además, en terrenos y ambientes diferentes. Esa idea lo persiguió constantemente. Por ejemplo, pensaba: –Para un médico es muy fácil diagnosticar una enfermedad a partir de la auscultación diagnóstica que hace por medio de preguntas directas al paciente. En cambio, con los animales es más complicado, definitivamente era un caso para un investigador; aquí ahí no hay preguntas, no hay respuestas, no hay razón–.

Indudablemente, lo que hizo pensar a Fernando que no se había equivocado al elegir su carrera fue ver por la ventana el rostro compungido de su hermosa vecina, su carita llena de llanto y la gata entre sus manos, entregándosela como si fuera un dios que haría un milagro. Fernando no tuvo otra opción y le dijo la verdad después de haber puesto a la gata sobre la mesilla, la única que tenía en aquella pequeña casa que le rentaban sus padres. Procedió a revisar al animal tocando sus cuartos traseros y sin pensar en el asco, levantó una de las patas posteriores y observó aquella imagen impactante que le produjo una tremenda emoción y unas ganas inmensas de llorar, mismas que contuvo con fuerza para continuar revisando y así poder encontrar entre los pelos llenos de sangre alguna fractura expuesta, pero aquello no tenía forma de nada. El animal no tenía cola. Expuesta sin piel y al rojo vivo tentó la pelvis del animal que poco hacía por responder, al punto de que sus palabras, a pesar del llanto de Claudia, fueron: –Es mejor que la pongamos a descansar–. Claudia no hizo más que exhalar un llanto fuerte y llorar desconsolada, asintiendo con su cabeza ante el comentario de Fernando.

Desde ese momento Fernando sospechó de “El Cholo” de la verdulería, era hijo de la dueña, un *nini* que se la pasaba sobre la banqueta tirando barrio, fumando mota y caguameando con sus compas durante la mayor parte del día. Fernando se había dado cuenta que “El Cholo”

tenía algunos *pit bull* que había recogido de la calle y que entrenaba para pelearlos en el lote baldío de enfrente. Seguramente fue él, pensaba.

Pero no podía decirle a Claudia, ya que por el momento debía consolarla por su pérdida y ya después él investigaría.

Fernando sentía un compromiso tremendo y sabía que era su oportunidad tras haber encabezado la petición ante la ley del maltrato animal. Era su oportunidad para destacar si lograba inculpar a su principal sospechoso; la nota circularía en los medios y quedaría cumplido su reconocimiento académico y, además, como cereza en el pastel, tendría una oportunidad más realista de conquistar a Claudia, a quien, pensó después de haber resuelto todo, le regalaría una gata o, mejor aún, adoptaría una para regalársela.

Al día siguiente, después de haber llegado de la universidad, estuvo observando a “El Cholo”, vio que platicaba acaloradamente con unos tipos de una camioneta Ford Caravan y que le entregaron una bolsa negra antes de retirarse; después, “El Cholo” tropezó con uno de sus perros y le zumbó tremenda patada justo en el vientre del animal, patada que lo hizo aullar del dolor y correr para otro lado. —Él fue —pensó de nuevo. En ese momento, después del haber pateado el animal, “El Cholo” volteó y sus miradas se encontraron directamente. Fernando recordó la cara llena de lágrimas de su hermosa vecina y no bajó la mirada, “El Cholo”, tampoco, sólo respondió a la muda reclamación de Fernando. “El Cholo” levantó la cabeza y con el movimiento de sus labios, también de forma muda, Fernando interpretó las palabras de “El Cholo”:

—¿Qué miras, perro? —dijo.

Fernando pensó que era su oportunidad y, sin saber de dónde salió, se armó de valor; cruzó la calle y a una distancia considerable, le lanzó la pregunta, directa y sin razonamiento:

—¿Oye carnal tú fuiste el que le puso un cuete a la gata de Claudia, verdad?—.

“El Cholo” se acercó hasta casi estar nariz, con nariz, y mirando hacia abajo le respondió:

—¿Qué pedo, pinche vato?, ¡no mames pendejo!, ¿quieres pedo?—.

Fernando recobró conciencia y pronto se alejó, pudo darse cuenta de que los cuatro amigos de “El Cholo” comenzaban a levantarse de la banquita y se acercaban rápidamente.

Fernando corrió hacia su casa y alcanzó a entrar; desde afuera le gritaban:

—¡Pero vas a salir, perro! —¡Te vamos a topar y te vamos a partir tu madre, puto!—.

Después de aquel hecho, Fernando miraba antes de salir de su casa y no estaba tranquilo, en varias ocasiones se obsesionó con la idea de que alguien lo seguía.

Fernando se bajó del camión. Después de pasar enfrente de la Catedral, cruzó, sin fijarse, la calle que va directo a 5 de Mayo, donde desemboca el paso a desnivel, alcanzó a oír los gritos del predicador de la Iglesia universal, un hombre trajeado que en la puerta lo invitaba a entrar; no se detuvo porque sentía los pasos de quien lo seguía cada vez más cerca. No quería que fuera evidente su nerviosismo y sólo de reojo pudo ver la camisa de quien lo perseguía, era muy vistosa, como una de esas guayaberas hawaianas de flores y sombreo tipo paja, el hombre siguió sus pasos desde López Mateos, dio vuelta por el andador que conduce al Parián. Fernando intentó ingresar a los locales de la Plaza de la Tecnología, pero ya estaban cerrando, los empleados son muy puntuales y se dispersan rápidamente fastidiados del día laboral. El del sombrero y la guayabera floreada se acercaba cautelosamente, se dio cuenta que sí lo seguía porque se detuvo un momento en el puesto de dulces tradicionales que está enfrente de la entrada de la librería *Educal*, justo en la esquina de la biblioteca “Jaime Torres Bodet”. Pretendió tranquilizarse y actuar con normalidad; pidió al que atiende el puesto, un limón cristalizado con coco.

—¿Cuánto es?—

—Diez pesos —dijo.

En el momento en que entregaba el dinero, sintió una mano tocando su hombro y una voz que le decía:

—Joven Fernández, ¿cómo ha estado?—

Estuvo a punto de lanzarle un golpe, pero en cuanto su mirada pudo reconocer la cara de aquel sujeto, su respuesta fue inmediata:

—Maestro Rascón, ¡qué gusto verle!—

Fernando le platicó al maestro el caso de la gata. El maestro le recordó a Fernando que el compromiso de un médico veterinario es con los animales, no con los humanos y que la decisión que tomara sería parte de su vida para siempre.

Antes de tomar una decisión definitiva, Fernando debía consultar a una persona más, quien siempre lo había apoyado en su decisión de estudiar veterinaria: su madre.

Visitó a su madre y la encontró sentada en el viejo sillón de tela dura que estaba todo rasguñado por un gato siamés llamado Demóstenes, se dio cuenta que ella miraba atentamente un video en el celular, se sentó a su lado y quitó a Demóstenes del sillón.

—Madre, ¿qué miras?—

—Ay, hijo, no vas a creer lo que pasó hoy—.

—A ver, ¡cuéntame!—

Tenía miedo de que me vieran, pero algo más poderoso que yo me impulsó a prender el teléfono y grabar, quise tratar de ocultarme, pero no pude detenerme, todo pasó muy rápido, hijo; sentí una profunda tristeza por el policía golpeado, pero qué podía yo hacer, una simple señora, ama de casa, que regresa del súper; sí pensé en gritar, pero la voz se me apagó y fue más fuerte mi necesidad de observar, algo en mí me decía que si lo hacía, podría presentar el video como una evidencia de lo ocurrido; sentía que uno de ellos me miraba y traté de ocultar el celular, pero te repito, hijo, todo pasó muy rápido; unos gringos que pasaron con indiferencia, el asaltante encañonando al policía, la patada en la rodilla, el policía tirado en el suelo, el cachazo en la cabeza, y de repente la huida, salieron como hormigas de la joyería cargando cada uno su pedazo de hojita y se fueron.

Cuando Fernando le pidió a su madre que le enseñara el video y tras observarlo varias veces, se pudo dar cuenta con toda seguridad que el asaltante del arma, el que le dio el cachazo al policía era “El Cholo”, su vecino; lo supo porque tenía tatuado en el antebrazo derecho un San Juditas Tadeo que era inconfundible porque la tinta se le había enverdecido en la piel y parecía una rana y no el santo.

—Pero fíjate, m’ijo, que me dio mucho miedo entregarles el video a los demás policías, estaba muy asustada y me vine para la casa rapidito y estoy muy nerviosa.

—No se preocupe, mamá, si quiere lo subimos a YouTube, ahí que lo vea la gente y si pueden identificar a algún asaltante, pues que lo denuncien. —Fíjese madre que a mí se me hace conocido uno de ellos, creo que es un chavo del rumbo donde rento.

—No, no la hagas, m’ijo, mejor no lo subimos, qué tal que se da cuenta de que tú lo subiste y no, no, no, pa’ qué quieres que te hace algo, no, m’ijo, no.

Fernando supo en ese momento que todo cuadraba y que era la oportunidad más grande de su vida. Tenía todo resuelto, él iría con “El Cholo”, le preguntaría una vez más sobre lo ocurrido con la gata

de la hermosa Claudia, “El Cholo” se pondría violento y en ese momento le mostraría el video y le diría que si no confesaba iría a la cárcel por el robo.

Era de noche, Fernando llegó a su casa y cuando abrió la puerta, miró que el cuerpo de la gata que había dejado sobre la mesita, ya no estaba; alguien había entrado, sospechó de “El Cholo”. Tomó un bate que tenía detrás de la puerta y caminó en la oscuridad de la pequeña casa. Le temblaban las piernas, se golpeó con la mesita, se agachó para sobarse la rodilla y en ese momento sintió un piquete en la nuca; cayó de rodillas, tocó con su mano su cuello y un calor extraño resbaló por entre sus dedos. No alcanzó a mirar lo que de sus manos escurrían y su cabeza se estrelló, con toda la fuerza del peso de su cuerpo, contra el filo de la mesita, la única que tenía en su casa, partiéndole la frente y estallando un manchón de sangre contra la pared. Fernando estaba muerto.

No espero que me crean, pero esto que les relato sí sucedió. Recuerdo que nunca pensé de manera decidida dedicarme a ser veterinario, es más, ni me gustaban los animales. Sólo recuerdo que mi abuela me contaba una historia muy bonita cuando la visitaba los fines de semana en su casa en Pabellón. Mi abuela Socorro tenía un gato negro enorme que amaba y que siempre tenía en sus piernas cuando se sentaba en su mecedora a fumar en el zaguán. Ella decía que el gato era lo único bueno que le había dejado mi abuelo Roberto. Yo sólo recordaba a mi abuelo porque le decían “El Zorro Plateado” debido a un mechón de canas que teñía su cabello, y también por los Chicles Motita sabor a plátano que se guardaba en los bolsillos y con los que jugábamos a adivinar en cuál de los bolsillos estaba el premio.

Pero nunca imaginé que esto iba a pasar. Recodé en ese momento que Fernando entró a la casa y cuando vio que no estaba la gata en la mesita se puso como loco y me gritó tan fuerte que me asusté mucho. Tomé el cuchillo que le regaló su mamá y sin darme cuenta se lo clavé en el cuello por la nuca, me fijé que había soltado el bate, me miré la mano y me di cuenta de que no era su sangre, era la mía.

Expediente 236 del paciente Fernando Fernández.  
Hospital de Psiquiatría “Dr. Gustavo Leónidas Mojica”  
Aguascalientes, Ags. 13 de abril de 2011

# Con sombrero y cuello de piel

Eduardo Gálvez Villalobos

## I

Después de despertar, de cumplir con su deber, Dora, como buena dama de cortesía, decidió que era hora de irse del mejor cuarto de hotel en el que ha estado; era el plus por sus servicios, pero como trabajadora sexual (nada de rebajarse) tenía un protocolo muy riguroso que debía seguir, ya elegía por sí misma, controlaba lo que quería y lo que no, a quién aceptaba y a quién no, al menos ésa era su aspiración, aunque los sueños son más difíciles que la realidad.

Tomó su ropa y fue al baño tras dejar dormido a su amigo, eran las dos y media de la mañana, si se apuraba tendría tiempo para otro cliente, tenía que verse como si las más de cuatro horas que habían pasado no le hubieran hecho nada. Entre sus pertenencias visualizó una nota de su amigo y pensó, “se ha perdido esta bella locura, su breve cintura debajo de mí”, seguramente esperó a que ella se durmiera para escribirle, acostumbraba darle versos de canciones en cuanto la veía, versos que ella no conocía, ni conocería.

En cuanto sale del baño, de manera silenciosa y pretendiendo no despertar a su amigo, escuchó un leve quejido, ya estaba despierto, lo que a ella le daba dolor, era el dolor que él sentía cuando ella se iba, pero era peor no hacerlo; el respeto y el cariño que tenía la obligaban a hacerlo, las circunstancias los llevaron a estas circunstancias.

—Tengo que retirarme —dijo con algo de azul en su voz.

Lo vio rápidamente sin prestar atención completa al instante, a pesar de su desapego hacia él, era su amigo, decidió besarle, y en cuanto lo hizo, sintió un borboteo, nunca había usado carmesí en los labios, escupió, se levantó. Por un momento se quedó mirando a la cama, se pasó la mano por la boca, el color carmesí la asustó, pero no se podía quedar así, intentó acercarse a la cama y de pronto sintió un mareo, náuseas, intentó equilibrarse, pero se derrumbó.

## II

La despertaron los golpes en la puerta del cuarto, vio hacia la cama, él tenía la lengua de fuera, llena de sangre, no parecía que fuera a responder aunque le gritara.

—Somos de la limpieza — mientras golpeaban la puerta de nuevo.

Escuchó un cuchicheo y notó cómo el pomo se movía, asustada se escondió del otro lado de la cama, tembló, el autómatas sin cuerda le tocaba el cabello, ese cabello que antes revoloteó sin más, sonó la puerta abriéndose y vio las zapatillas negras de las dos chicas de la limpieza debajo de la cama, de pronto se detuvieron y gritaron, éstas no dudaron y se fueron corriendo. Era el momento, se levantó, tomó su bolsa del suelo y se dirigió a la puerta, antes del marco a la libertad regresó su mirada una última vez, <<adiós>> pensó, y una lágrima se evaporó antes de salir. Miró cuidadosamente que no hubiese nadie, el ascensor estaba muy cerca, se fue rápidamente, el escalofrío, la lengua, la sangre, los dedos en su cabello, el ascensor. Entró.

No tuvo problemas para salir del hotel, esos años teatrales en la secundaria y después de ella, no eran pocos, nadie sospechó, era una chica linda de éstas que son comunes por las noches, era una chica linda que nadie quería ver.

Llegó a su departamento, vivía con su amiga.

—¿Qué te pasó Doris? —le preguntó María Teresa a su amiga.

—Tere... —decía mientras lloraba. —Pablo, Pablo está muerto.

—¿Pero qué?, ¿cómo es posible? —dijo muy sorprendida.

—No sé, yo, yo, estaba con él, creo que pude... no sé... él...

—Tranquilízate, no podías hacer nada.

Teresa quería soltar el llanto, su boca se fruncía, se mordía los labios, debía resistir ya que su amiga estaba en frente.

—¿Tú, estás bien?

—No lo sé, estuve algo mareada, pero...

—Debemos avisarle a la policía.

—¡No! —dijo casi gritando Dora. —Gente como nosotros, ¿con la policía?, ¿en este país?

—Pero Pablo... —dudó. —Además, sabrán que estuvo con alguien, y...

—Entonces hay que irnos.

—Yo no pienso irme, al fin nos valemos por nosotras mismas, con nuestro trabajo, ¿no recuerdas lo que sufrimos con nuestro deber como trabajadoras sexuales como tú le llamas?

–Pero...

–Mira, ¿por qué no buscas a Silvio?

### III

–¿Que pasó qué? –dijo Silvio asustado, quitándose su sombrero blanco.

Se encontraba enfrente de las chicas que había aceptado ver, hace poco, en un lugar más apropiado que una esquina. Pablo se las había presentado y encantado había quedado a pesar de su bajeza, ¡ah!, pero podían él y su amigo sentirse como altezas. Un periodista y un policía que se sentía detective de los de antes.

–¿Qué fue lo que le hiciste? –dijo enojado Silvio en una mesa del Café Catedral, todos lo escucharon.

–Por favor, sabes que eso es imposible, él y ella...

–Entonces que explique –dijo interrumpiendo a Teresa. –Sé que anoche te vio, me lo dijo.

Dora no podía ver a los ojos a Silvio, sabía lo mucho que los dos se estimaban a pesar de que Pablo le ganaba con diez años.

–Silvio, necesitamos tu ayuda, ella no fue.

–Yo –dijo algo triste– lo haré por él, no por ti, Dora. Estaré atento a lo que digan mis colegas en la central.

### IV

–El Posmo, así te llaman, ¿no?

–Sí..., ¿y qué con eso?

–Realmente no importa –dijo el oficial mientras sacaba una foto y la ponía enfrente del delincuente.

–Ve cómo le quedó esa lengua, wey –mientras reía.

–¿Así que lo conoces?

–¿Qué? Claro que no. Sólo es otro perro atropellado.

–Cállate –dijo el oficial que le soltó un puñetazo.

–Mira, pendejo, –dijo mientras se quejaba en la silla– yo no fui. Ese idiota ni pitos toca en mi vida.

–¿Ah, no?, je, este hombre era un periodista de 35 años, de los más importantes, y, casualmente, publicó un artículo sobre un narco-menudista que vendía una droga líquida muy peligrosa, una droga que

afecta de manera diferente a las personas, puedes ver elefantes rosas o simplemente desmayarte, pero que en grandes cantidades... –pausó– sus investigaciones siempre nos han ayudado y ésta nos llevó a ti.

–Pero –el delincuente abrió los ojos y recordó a alguien que estuvo husmeando– yo no le hice nada, no sabía quién era.

–Estaban tus huellas en las jeringas.

–Yo sólo las vendo.

–Todo apunta a ti, testigos te vieron, tus huellas, todo; –hizo una pausa– pero, si dices, que tú no fuiste, este es el momento, ¿alguien te pidió una cantidad fuerte en una sola jeringa?

–Ja, ja, ja, ja, ja, estás pendejo, todos quieren sentirse chidos desde el principio, es la mejor droga *men* –con risa entre resignada y burlesca– y se la vendo a todos, a todos y todas en la calle, a periodistas como ése –pausó– que seguramente ya quería acabar con su vida como muchos aquí –recibió otro golpe por parte del oficial– hasta les vendo a ustedes, pendejos –reía, mientras otros oficiales entraban para salvar al delincuente de otro golpe–.

–Parece que también usó algo de eso en él –pausó– y dijo: Caso Cerrado.

–Así es, de nuevo gracias a Pablo.

Silvio y su jefe miraban a través del vidrio.

## V

Volteó hacia su amiga que, frente al espejo de su maquillaje Ponds, se inyectaba el labial en los labios. Volteó a ver el hotel donde estuvo con Pablo y suspiró. Empezó a hacer lo mismo que su amiga, de nuevo al protocolo de las esquinas. Reglamento y disciplina más rudo que en la escuela. Por un momento se recordó a sí misma junto a Pablo y Teresa; la vida y sus circunstancias.

Vio a su amiga de nuevo en el reflejo de sus labios; con la poca luz que la noche ofrecía, se limpió un poco con los dedos y pasó su lengua saboreándose a sí misma.

–¿Sabes qué es extraño, Teresa?

–¿Qué? –dice mientras mandaba un beso al espejo.

–Eres la única que usa labial carmesí en esta zona.

–¿Y? –dijo mientras cerraba el maquillaje y lo guardaba en su bolsa.

—Pues... —la interrupción se dio al notar una navaja que se dirigía hacia ella—. Dora se balanceó y esquivó el ataque, cayendo de espaldas. Llanto, dolor, más de lo que quería, pero no era el momento. —Ahora lo entiendo —dijo.

—Eso es bueno —decía Teresa mientras sonreía.

Teresa intentó otro ataque, al agacharse sintió cómo el tacón de su amiga se le encajaba en el estómago, lo anterior la alejó de su presa, Dora se levantó. Corrió, resonaban los tacones en la calle, marcha al paredón, poco a poco, le vendaban los ojos, parecía que oscurecía más, parecía que las luces se iban, Luna menguando rápidamente. Se atrapó sola. Teresa no tardó en alcanzarla.

Dora dio media vuelta. Ojos de alguien que ya no conocía, no la perdían de vista.

—Él... te amaba siempre —decía Teresa mientras caminaba, cualquiera que la hubiera visto por detrás le hubiera chiflado al verla moverse como toda una diosa.

Dora tomó un pedazo de madera del suelo, temerosa, pero su adrenalina podía más, hipertensa, su sangre recorría rápido, pensaba rápido. Teresa corrió hacia ella, con un movimiento torpe recibió un golpe de la madera haciendo que tirara el cuchillo. Reaccionó y se acercó a Dora, la tomó del cabello, le quitó la madera.

—Ahora sí, pendeja —mientras la tenía de los cabellos le arrancó una arrancada —¿te crees mucho, no?—; la acercó a una pared y arremetió su rostro contra ésta.

Dora no reaccionaba, la tristeza y el susto la dominaban, pero debía hacer algo, como pudo se agarró de alguna prenda de su amiga, sintió algo peludo, la tenía del cuello de su ropa, la jaló y la tumbó al suelo, ésta le soltó el cabello, Dora se movió rápidamente y le encajó el tacón en el pecho, ésta se quejó abiertamente —maldita puta —dijo sofocada. Dora abrió las piernas y puso sus nalgas encima del vientre de su amiga, los vestidos mostraban la lencería durante la lucha, Dora tomó del cabello a Teresa y empezó a impactar al suelo su cabeza, ésta dejaba la pintura de sus uñas en el rostro, el cuello y el pecho de Dora.

—Eres una perra —decía Teresa mientras intentaba quitarse a Dora de encima— hasta dejabas que tu padre te tocara, zorra.

Dora titubeó al decir esas palabras. Teresa la cacheteo. Dora se intenta levantar. Teresa ya tenía el cuchillo —te alejaste de nosotros, huiste—. Dora recibe una puñalada, se queja, su nariz detecta orina y algún animal muerto cerca, siente otra puñalada, y otra, y otra, está a

punto de perder la consciencia, voltea a ver su amiga –pero tanto dinero, y tanto de Pablo, no podía quedarme así–, recibe otra puñalada, voltea a ver el suelo, ve el pedazo de madera, ni ella sabe cómo sigue viva, recibe otra puñalada –él pagaba por ti y tú no le dabas nada–, toma el pedazo de madera y con todas sus fuerzas arremete contra el cráneo de su amiga, fue tan fuerte que ya lo único que la conectaba con su amiga era el cuchillo. Dora se reincorpora un poco, sabe que está mal, no suelta la madera y vuelve a arremeter contra su amiga, llora, astilla la nariz de Teresa, ya no puede con el dolor, ahora astilla sus ojos, una vez, se confunde un poco el cabello con el rostro, una vez más ve un leve movimiento, otra más, llora, hasta el carmesí se ha borrado de sus labios.

Se levanta, se quita el cuchillo del costado, camina un poco, y cae.

## VI

Silvio mira la escena, sus colegas se veían algo extrañados. Silvio se acerca a una chica desangrada. Voltea hacia el otro cuerpo. Se levanta y va hacia él.

–Prostitutas muertas –cuchicheaba uno.

–Seguramente fue por el terreno –decía otro.

Silvio se agachó, cuidando su gabardina, dándose cuenta de que sus botas tenían sangre, vio la hora por costumbre.

–Parece algo cubista –decía su jefe por detrás.

Silvio se quitó el sombrero y lo puso sobre la cabeza de la muerta, cuidando que el ala cubriera un poco su rostro.

–Se te va a manchar.

–Ya no importa– suena la alarma de su reloj. –“Y yo rápido seco mis botas. Blasfemo una nota y apago el reloj” –cantaba.

# Peste en urgencias

Salvador Roberto Alemán Colón

Eran las dos con cuarenta de la madrugada y casi se acaba de quedar dormido cuando sonó el celular, el mensaje era escalofriante: “¡ya apareció el cuarto!, otra vez putrefacto, esclerodermia necrosante, ictericia generalizada y esa asquerosa bromhidrosis, calculamos le quedan dos horas antes de morir”.

Se medio vistió, ya tenía al pie de la cama lista la pijama quirúrgica, sentía el suave roce del pantalón en cada pie, ese silente acto le traía a la mente lo que siente al deslizar la sábana blanca con la que se acostumbra cubrir a los niños que fallecen, siente algo de resistencia en la espalda que le impide agacharse para alcanzar y ponerse los tenis “pinche tieso” se susurra él mismo, apenas logra pensar la lengua del tenis para introducirlo en el pie, el resto del pie lo introduce a la fuerza empujando hacia abajo, balanceando el pie lado a lado. No tardó en subir a su coche más de lo que le tomó lavarse la cara, tomó una de sus paletas favoritas sabor plátano y se marchó.

A su llegada al hospital el llanto de la pobre criatura era ensordecedor “callen a esa criatura”, pensaba, era imposible decir lo que sentía o lo lincharían por tener sentimientos tan humanos como los de su paciente, atravesó el área de urgencias entre atropellados, ancianas postradas, madres llorando, se estira, esquiva, empuja, hace como que no oye a un borracho ensangrentado pedirle ayuda, camillas sucias, sábanas con excremento y, por fin, al fondo del pasillo, cuidados intensivos, los rastros de piel y fluido a causa de la esclerodermia delataban el paso del bebé tras su arribo, el olor putrefacto semejaba el de un barco pesquero después de días abandonado.

No podía creerlo, en verdad este tipo de enfermedades eran posibles, le parecía sorprendente y asqueroso a la vez, había perdido la empatía por los sentimientos de la gente, una vez pisando ese piso, se volvía un cruel y frío individuo que sólo realiza aquello para lo que mejor está preparado; su casi horrorizante intriga era evidente para todos en el piso de urgencias, de inmediato se preparó con aquella ropa que se usa en casos de alertas biológicas para evitar contagios, aunque en el fondo, sabía que era imposible, su caminar cuidadoso y sus movimien-

tos sutiles evocaban aquella imagen de la peste en Europa en la que el doctor con cautela se acercaba a los enfermos moribundos, dolientes y sufridos, ese pico largo, cual ave carroñera, dispuesta a abalanzarse sobre los desechos asquerosos que algún depredador dejaba para devorarlos tragando sin masticar, no hacía más que completar esa imagen mortuoria. Ya no usan esa máscara de pico largo, pero su respiración resonaba en el cuarto, toman su pulso, lo mueven, sangre aquí, fluidos allá, gasas verdes, gasas rojas, orina negra, llantos cruentos, pinzas, tubos, mangueras, ¡rápido!, ¡suave!, ¡más!, ¡Ricky, aprisa!, Ricky era su pupilo en turno, un joven en el último año de la carrera de medicina de una universidad patito, de ésas que no tienen registro, pero nadie se da cuenta hasta que egresan, por fin tomó valor y entró en acción o, al menos, eso intentó, al ver la escena de inmediato se echó para atrás, pues aún no estaba preparado para algo así, es la cruda realidad en el área de urgencias, ahí donde la gente muere, ahí donde la familia llora, ahí donde todo termina, sus ojos se humedecieron al tomar la mano del pequeño y sentir cómo su piel se desprendía, lentamente reencarnó el momento en que encontró a su pequeño hermano; Rory le decían en casa; aquella tarde de viernes, Rory jugaba solo en el patio, perfectamente recuerda haber escuchado a Rory hablar con alguien, pero no logró verlo, minutos después el silencio parecía inundar la tierra, para cuando esto llamó su atención ya era muy tarde y Rory yacía en el pasto inmóvil y flácido, cual pedazo de carne arrojado a los perros; al correr y levantarlo pudo sentir con qué facilidad se desprendía la piel de su cuerpo, las uñas y pelo se desprendían como si fueran terrones de azúcar desmoronándose, cayendo sobre el dulce que había dejado en el pasto, el color de su piel al igual que su paciente actual, amarilla como si se tratase de una broma y le hubieran embebido el cuerpo en mostaza, sus ojos, viejas aceitunas podridas en vinagre denso y turbio, la sangre de Rory escurría por los brazos y el cuerpo de su hermano que no pudo hacer ya nada para ayudarlo.

*¡Quítate!* –le gritó el doctor a su pupilo– *sal de aquí!*, aún no estás listo y sólo estorbas, apenas y volteó la mirada para verlo a la cara cuando la sala enmudeció al escucharse ese sonido agudo y eterno que emanaba del monitor de signos vitales, era interminable y lastimaba los oídos de todos, algunos tiraron lo que tenían en las manos, otros corrieron a intentar reanimarlo, Jéssica corrió para iniciar las maniobras, pero todo se acabó cuando a la primera compresión, los huesos del pequeño se desplomaron cual caja vacía, de sus ojos emanó ese líquido

amarillo que poco a poco cambiaba a un verde oxidado, le escurrían lágrimas a Jéssica, pues nunca le había pasado, parecía que el bebé estuviera a punto de derretirse sobre las sábanas de la camilla, el piso era un boceto descuadrado de una obra de Van Gogh, los colores y olores eran como sacados de una escena de terror.

—Tomen muestra de todo y llévenlas al laboratorio de inmediato, quiero recibir llamadas de patólogos en menos de una hora, ¡rápido!

El equipo volvió a trabajar rápidamente, pero ahora con otro objetivo.

En el cuarto contiguo se podía ver a Ricky sentado al borde de una cama vacía, su cara revelaba la profunda tristeza en la que se encontraba inmerso, su homónimo y mentor, el doctor Ricardo se acercó para llamarle la atención y justo cuando entró al cuarto escuchó a Ricky decir:

—¿No que esto querías, que para esto naciste?, de qué sirve si sacrificaste la vida de tu hermano para aprender de manera vivencial, tú lo decidiste, hazte responsable.

—*¿Qué dices Ricky?* —preguntó el doctor.

—*Nada doctor, sólo pensaba en voz alta, discúlpeme, ya no volverá a pasar, se lo prometo, ya no seré un estorbo, aquí tiene su paleta.*

Y salió de la habitación para ayudar en el registro de los documentos, el doctor tardó en responder pues se quedó interesado y pensativo analizando sobre lo que escucho a Ricky decir: “Sacrificaste la vida de tu hermano”, “Hazte responsable”.

Había transcurrido casi una hora desde la muerte del pequeño cuando se dio la alerta en los altavoces del hospital, *¡Estableceremos este piso como área de cuarentena!, ¡nadie podrá salir!*, gritaban soldados con mascarillas en las puerta, escaleras externas y demás posibles lugares de escape, el personal comenzó a volverse loco, histéricos se movían de un lado a otro, se abalanzaban sobre los soldados, algunos intentaron escapar por las escaleras, *¡quírate!, ¡estás loco!*, corrían, guantes tirados, golpes, pero el caos se detuvo cuando el capitán Martínez alzó la voz: *¡alto!* Y sin dudarle de un tiro le voló el cráneo a un enfermero que casi lograba salir del piso de urgencias, todo volvió a enmudecer y se paralizaron las acciones, hubo quienes se tiraron al piso a llorar. *¡Nadie saldrá de aquí hasta que yo lo diga!* Parecía que su voz había dañado las lámparas, pues todas bajaron de intensidad y parpadeaban como indicando que lo peor estaba por comenzar, el enfermero escurriendo sangre en las escaleras con la cara deslizándose sobre la pared, de rodillas y fragmentos de masa encefálica por toda la pared, el capitán parado al borde

de las escaleras no era nada impresionante sin esa arma que a todos intimidaba, era un hombre de baja estatura y delgado, pero había algo en su imagen que generaba escalofríos a la gente.

Se dice que el capitán Martínez había sido estudiante de medicina, pero no culminó sus estudios a causa de un juicio militar llevado en su contra, pues en su último año de estudios se descubrió que utilizaba reos militares fallecidos para las prácticas de disección que realizaban sin haber pedido permiso de ningún tipo, por lo que se decidió expulsarlo de la facultad de medicina mas no de sus cargos militares ya que estos hechos beneficiaron inmensamente a los demás estudiantes de la carrera; se infiere, además, que su relación con la hija del general fue otro factor importante, hoy todo eso quedó en el pasado incluida su esposa que falleció de causas extrañas mientras realizaba actividades al aire libre.

Ricky se mostraba de nuevo algo nervioso con el evento, el enfermero abatido por intentar subordinarse al ejército era buen amigo suyo, intentaba engrapar parte de los documentos que formaban el reporte de defunción del bebé Richarte cuando accidentalmente se pinchó un dedo al querer remover una de las grapas mal puestas.

—*Cálmate, mariquita* —le dijo Humberto, un camillero rechazado por casi todos en el hospital—, le aventó un trapo y dijo: Limpia eso, marica, no quiero batallar con más infecciones con tu asqueroso SIDA, Ricky era demasiado pasivo como para responder algo, pero Jéssica no lo era.

—*Chinga a tu madre, Humberto, ve y limpia el baño o tómate tus medicinas, pinche neurótico.*

Ricky no hizo más que apretar su cuerpo esperando una bofetada de parte de Humberto, pero extrañamente éste comenzó a temblar notoriamente y se retiró.

—*No mames, Jéssica, no me defiendas así, que tal que me chinga Humberto.*

—*Cállate, marica, en vez de que me agradezcas, ven corre, tengo ganas de aventarme un rapidín, esto de la cuarentena me excita.*

—*No, hoy no puedo, el doctor Ricardo me encargó mucho los resultados del laboratorio y de patología y que le lleve su paleta de plátano.*

—*Bueno, vamos te acompaño.*

Caminaron unos metros y al girar a su derecha vieron a Humberto estirado y con la mitad de su cuerpo sobre la ventana del laboratorio tomando unos frascos que sacaba de un locker y que portaban el símbolo de riesgo biológico, los envolvió en una toalla quirúrgica y

se retiró rápidamente, sus temblores parecían aumentar a cada instante, como pudo llegó al baño de hombres y se encerró; Ricky y Jéssica siguieron su camino mientras murmuraban al respecto de lo que acababan de presenciar, el doctor Ricardo envió un mensaje a ambos.

*—Los veo en la morgue, traigan los expedientes de los cuatro casos, no tarden.*

Justo se dirigían a la morgue cuando escucharon a Humberto salir del baño, voltearon discretamente a uno de los espejos que cubrían las cámaras y lo vieron.

*—Te toca, cabrón, síguelo mientras yo voy por los expedientes, te veo en la morgue.*

Le tomó de los testículos y dio un pequeño apretón.

Separaron sus caminos e inició lo que parecía una persecución entre Ricky y Humberto, el futuro doctor se veía bastante nervioso, pues sabía que si Humberto lo descubría podría romperle un brazo o una pierna, se ve a Humberto girar en un pasillo a la derecha, a la izquierda, Ricky espera a que se acerque a cada intersección mientras lo observa con un ojo ocultando el otro tras cada pared, al final de varios giros Humberto saca una llave y desciende por el sótano, que es un lugar que ya no se utiliza debido a los riesgos de bioseguridad que ahí se encontraron; Humberto casi se va de boca por las escaleras al querer bajar rápidamente, Ricky, ese persecutor temeroso, es quien se inclina para observar por una rendija hasta que Humberto se desaparece entre las sombras, lo ve a punto de entrar a lo que aparenta ser un horno de cremación, Ricky avanza paso a paso y se paraliza cuando al bajar las escaleras pisa lo que parecía ser una mandíbula humana. Ricky podía ver que del horno emanaba humo y se perciben sombras en movimiento indicando la presencia de fuego en su interior, no pudo más cuando de los nervios y la tensión, al caminar descubre una horrible rata por encima del pie que casi trepa por su pantalón, ¡ay, cabrón! Y de inmediato al ver que alguien salía del horno emprendió su accidentada huida, caminaba a paso veloz, mira por un lado, mira por el otro, encima de su hombro, sube un escalón, sube dos, resbala su mano, da un tropezón, gatea y se pone de pie, giro a la derecha, izquierda, se agacha, se atraviesa un señor, tira instrumental, sábanas, y corre, provoca una orquesta de tropiezos y choques al huir de quien lo seguía, en un momento, a punto de gritar como niña, logró entrar a la sala previa a la oficina del jefe de clínica que estaba repleta de personas histéricas, molestas y asustadas por la cuarentena, choca un hombro, choca una espalda y se sienta de un solo movimiento en un sillón, pálido y sudan-

do profusamente casi se orina al ver pasar a Humberto con los ojos rojos y furioso como buscando algo o a alguien, no pudo más y en ese momento Ricky vomitó. ¡Pendejo! —le gritó la radióloga a su lado—, la gente comenzó a dispersarse y el evento ocasionó que Humberto le perdiera la pista.

Ya en la Morgue el doctor Ricardo expuso la situación, aparentemente los casos clínicos de alguna manera tienen relación con una serie de eventos anormales en el hospital, dos semanas atrás —según encontraron en los expedientes— se extraviaron las muestras de un niño drogadicto que había sido mordido por una rata infectada por leptospirosis, una enfermedad bacteriana que es causa de muerte tanto en animales como humanos en todo el país.

—¿Qué opinan?

—Los signos no concuerdan doctor.

—No directamente todos, pero piensen si alguna alteración metabólica como la que padecía el pequeño adicto pudiera ser desencadenante.

—¡Sí!, grito Ricky, la leptospirosis es capaz de causar degeneración del hígado y los riñones, de esta manera el paciente presentaría ese olor a pescado podrido y el color amarillo de la ictericia por no degradar la bilirrubina.

—¡Qué buena observación, Ricky!, ¿qué opina Jéssica?

—Ammm, no estoy segura. ¿Y la fractura que le generé al bebé de hoy?

—Seguramente el daño en el hígado no permitía procesar la vitamina D, que se necesita para fijar el calcio en los huesos, por eso la debilidad.

—Es verdad, y con la piel amarilla era imposible sintetizar esa vitamina D o por lo menos no en cantidades suficientes.

—Excelente, bien hecho, ahora díganme qué es lo que relaciona a nuestros cuatro casos.

—Primero, Rogelio G., tres días de nacido, fue trasladado a nuestra área por haber manifestado poco desarrollo pulmonar.

—Segundo, Adamari M., un día de nacida, entró a cuidados intensivos cuando su abdomen empezó a distenderse hasta que fue necesario que interviniéramos, pero eso no ayudó mucho.

—Tercero, Andrés L., diez días, de su casa reingresó a cuidados intensivos porque accidentalmente en su biberón ingirió anticongelante para coche, algo bastante extraño.

—Hoy, el bebé Richarte fue el cuarto caso.

—Perdón, doctor, falta un caso más.

—No, Ricky, son todos los registros.

—Mi hermano falleció de la misma manera.

—¿Cómo?, ¿por qué no nos lo reportaste?

—¿Qué pasó con él, a dónde lo llevaste?, ¿por qué no existe registro?

Todos se sorprendieron con la noticia, y más aún, en qué condiciones había ocurrido su atención como para que no existiera registro.

—¿Recuerda usted aquel cuerpo que destinamos a la fosa común por falta de datos y que, además, ya se encontraba en descomposición? Era él.

Todo era bastante extraño, ¿por qué Ricky no había declarado la muerte de su hermano? ¿Cómo es que había sufrido la misma rara enfermedad y qué relación tienen todos los pacientes?

—Jéssica, ¿quién hizo la primera intervención a todos estos casos?

—Hoja de ingreso, ammm, examen físico, laboratorio, recibe... Humberto.

—¿Qué?

—Es verdad, doctor, yo hoy lo vi con unos frascos que llevaban la leyenda de riesgo biológico.

—Rápido, llama al capitán Martínez, Jéssica; Ricky, trae a Humberto.

Jéssica salió corriendo y detrás de ella el doctor Ricardo cerró con llave la morgue. De entre las camillas emergió Humberto, bastante alterado, temblando y con unas jeringas en sus manos.

—¿Qué pasa aquí?, con voz entrecortada y tragando saliva susurró Ricky.

—Nada, Ricky, estamos evaluando si has sido o no capaz de deducir qué es lo que conecta a los pacientes.

Ricky se deslizaba lentamente entre las camillas para quedar contra la pared, miró a su derecha y en la camilla se encontraban los expedientes y al calce se encontraba la firma del doctor Ricardo, lo que indicaba que él supervisó el caso desde su arribo.

—Entonces usted...

—¿Yo qué, Ricky?, necesito que reordenes y expreses correctamente tus ideas.

—Pero, ¿y Rory? La paleta de plátano. Fue usted, ¡maldito!

—¿Maldito?, ¿maldito, yo?, ¿intentar educarte para ser un excelente doctor me hace malo? Y si no lo logras, ¿usarte para que alguien como Jéssica lo aprenda me hace un maldito? Seguramente las miles de vidas que ella salvará durante su carrera, fácilmente compensan estas cinco muertes, por cierto excelente trabajo al estar vomitando frente a todos el día de hoy, eso no nos deja dudas de lo nervioso que estabas cuando Humberto sacó de tu locker esos frascos con muestras de hígado, riñón y piel de tu hermanito.

Ricky revivió en su mente el momento en el que observó a Humberto, y ahora es más claro en su imagen, ya sin el miedo que le provocaba; al cerrar el locker se veía la etiqueta con el nombre “Ricky

Valenciano, Pasante” ; regresaba de su pensamiento cuando Humberto lo sujetó por los brazos, y el doctor Ricardo, sin dudarle, insertó en su vena yugular una jeringa que contenía una alta cantidad de atropina, una sustancia que normalmente se usa para estimular al corazón, pero Ricky tenía el antecedente de una arritmia cardíaca y al comenzar a sentir los efectos de la atropina su arritmia se exacerbó hasta llevarlo a un paro cardíaco. Se llevó la mano izquierda al pecho y con la derecha estrujó la bata del doctor Ricardo y se desplomó.

El capitán Martínez se dirigía a la morgue cuando vio pasar a Humberto cargando a Ricky y al doctor Ricardo intentando tomar su pulso.

*—Rápido, Jéssica, Ricky modificó los expedientes, él generó las enfermedades y causó la muerte a su hermano, por eso no reportó su muerte, intentó encubrir a Humberto, pero el locker donde estaban los frascos le pertenecía.*

Nuevamente, después del alboroto ocasionado por la escena, el piso completo volvió a enmudecer cuando al conectarlo al monitor de signos vitales, nos recordó ese agudo e inconfundible sonido.

*—Felicidades, Jéssica, descifraste los casos.*

Seis meses después parecía que todo volvía a la normalidad.

*—Un nuevo semestre, vamos a ver quién será otro gran médico. “El fin justifica los miedos”.*

# Revancha

Andrés Cornejo

Rogelio aún recuerda la primera vez que su padre lo llevó a las luchas. Peleaba algún hijo de vecino versus algún otro desconocido. Pero había lucha. Mi padre era carpintero y sólo Dios sabe cómo consiguió entradas para primera fila. Recuerdo la euforia de la gente, su paso de oficinistas, amas de casa y profesores a bestias salvajes que no dudaban en sacar durante la función todas las mentadas de madre guardadas, todos los insultos guardados.

Era extraño que mientras uno de ellos montaba la esquina y daba un salto de cinco metros para caer directamente sobre el pecho del otro, la gente curaba su violencia. Violencia curando violencia. Quién lo habría dicho.

Pero todo eso no lo pensé entonces, todo esa reflexión chafa me vino una madrugada de domingo mientras fumaba esperando la llegada de la policía.

Un niño mirando las luchas: un hombre grande, de un metro ochenta y sabe cuántos kilos contra otro igual. Golpes falsos. Patadas teatrales. ¡Pártele su madre, wey! ¡La urracarrana, culero! Ellos lo sabían. Juego de cuerdas. Antebrazo en el rostro. Pum, contra la lona. Uno, dos ¡hombros arriba! Manotazo en el pecho. Patada a la quijada. Arenga al público. ¡Mátalo al cabrón! ¡Que aprenda el wey! Él se siente como Dios. Sube a la esquina. La luz lo baña. Nos mira. Somos sus hijos. Sus protegidos. Vuela en el aire. Un mortal inverso. Cae sobre el otro. Fulminado. ¡Uno, dos, tres! Se acabó. El réferi levanta su mano.

Esta lucha regresa a mi mente cada que miro una función. Nunca he logrado tener el mismo sentimiento, he visto grandes luchas, he visto al Santo contra Blue Demon. Pero nunca lo conseguí. Esa lucha es el patrón perfecto. Para calmar la nostalgia, intenté luchar, pero ya se sabe, la mierda ocurre.

Sucedió que un día me chingué la rodilla y ya estuvo, no más llaves, ni nada. Más bien, me la chingarón, pero eso da lo mismo. No sabía hacer mucho y mi entrenador, en un arranque de lástima, me ofreció ser conserje en su gimnasio. No me ha ido tan mal desde entonces. Miro funciones gratis, conozco a los mejores, hasta me voy a

pistear con ellos. El auditorio Morelos, ese feo cuadrado que Aguascalientes insiste en llamar su gloria, por dentro es muy extraño, un pasillo circular que envuelve todo. Vivo allí, en un cuartito donde pongo mis figuritas de luchadores, mis películas de El Santo y las primeras planas de luchas memorables. Es un santuario. Las muchachas que he metido quedan un poco extrañadas. Tocaban con respeto las máscaras, las capas y me preguntan si está bien hacerlo allí con todas esas cosas. Galante, les propino un beso.

Me hace compañía Blue Demon, un perro mestizo y feo que apareció atropellado en la puerta del auditorio. Lo curé como pude: tablillas de madera en las patas y buenas caricias. No quedó del todo bien, pero pudo volver a caminar, un poco chuequito, sí, como yo.

Los domingos siempre hay función. Anunciamos con una lona horriblemente diseñada el programa. Pero no importa, la gente siempre viene el auditorio. Esta vez peleaba Mascarita Sagrada, el luchador mexicano más chiquito y, quizás, el más simpático. Ver pelear a un hombre grande da la sensación de agradecimiento por no ser quien recibe los madrazos, ver pelear a un hombre minúsculo da la sensación de ser fuerte, de poder cargarlo y tirarlo cuando quiera.

Siempre me entristece cerrar el auditorio, ver partir los carros cargados de risas y música, poner candados en las puertas. Lo que me anima es ver el *ring* solo, lleno del sudor que aquellos hombres dejaron. Las sillas vacías me dan la ilusión de que alguien sigue mirando. Paso por el pasillo principal, como si fuera un luchador más, imaginando el sonido de fondo, mi canción personal y luego un chingo de fuegos artificiales. Me llega el olor de la cerveza seca, las palomitas llenas de salsa aplastadas y los cueritos pisoteados. No importa. El show debe continuar. Subo al ring. Juego con las cuerdas. Simulo una llave. Trepó a la esquina. Arriba, abro los brazos. Las porras me llegan. ¡El vampirito, el vampirito! Salto, mala idea. La rodilla me duele un chingo. Puta madre. Bajo avergonzado, y en mi caída suena el metal blando de una silla. Está bajo el ring, trato de sacarla pero no puedo. Jalo con fuerza. Me rindo, subo la lona. Mascarita Sagrada, o un hombre de su tamaño y su vestuario descansa. Tiene un desatornillador clavado en el ojo y alguien le quitó la máscara.

Llamo a la policía. Es noche de domingo, vienen mañana por la mañana, sin falta.

Blue Demon ladra. No es buena señal. Voy a mi cuarto. Saco la Colt que pongo bajo el colchón. Camino por oscuros corredores. Los

mismos que veo a diario. Ahora son tan diferentes. Reviso en el sótano, en el cuarto de limpieza, en el de los cachivaches. Nada. Sólo quedan los vestidos. Prendo la luz. El lugar era un desastre: un condón usado se esparce en el suelo, una jeringa con metocarbamol o algún calmante muscular yacen abandonados sobre un banco y una botella de “oso negro” le hace guardia a los restos de una línea de coca. El olor era el mismo que me acompañó la noche en que supe que mi rodilla no daría para más. Fue una patada frontal, bien dada, en plena rótula. Era una pelea pactada, yo iba a ganar, o eso se suponía. Nadie pudo explicarme, mientras lloraba del dolor, que los planes pueden cambiar.

En la regadera, colgada como calzón mojado, estaba la máscara de Mascarita Sagrada. Olía a jabón y tenía manchas rosas, como si alguien hubiera querido borrar la sangre y sólo hubiera logrado atenuar su color.

Fuera quien fuera el culpable, seguía allí. Con un gesto, callé a Blue Demon. Abrí la caja maestra. Bajé las pastillas. Con tantos años, me sabía el lugar de memoria. Porrazos en la puerta sur. Alguien intentaba salir. ¡Putá madre! ¡Pinche cojo! Ya lo tengo. Porrazos a la puerta. Patadas frontales. La rótula debe dolerle. Su risa me envuelve. Es la de un miedoso. Sus carcajadas iluminan. Se acerca. Un paso, luego otro. Un verde oscuro. Un moreno quemado. Un manotazo. Apenas lo esquivo. Disparo. A las piernas. El foganazo lo ilumina. Es el halcón maltés.

—¡Te chingaste a Mascarita, culero!

—Ese no es Mascarita, es un culerito que se quería pasar de listo.

Aprieto con el pie el lugar donde creo que llegó la bala. Un gemido lo confirma.

—¡No me mientas, perro!

—Está bien, está bien, si era él, pero no fue mi idea, no fue mi idea.

El halcón maltés se orinó del miedo. El olor a orina me regresó a ese vestidor, lo habían limpiado con amoníaco. Me quedé allí toda la noche con la rodilla inmovilizada con una tablilla y un paliacate. Mi entrenador dijo que alguien iría por mí. Pasé toda la noche pensando en el culero que me había chingado. El pinche Vampiro 3, heredero de una vieja tradición. No sabía pelear, pero tenía buenos padres, buenos abuelos. El promotor me dejó algunos pesos y una palmada en el hombro. A la mañana siguiente llegó un enfermero que me hizo arrastrarme hasta el auto.

El halcón no tenía la culpa de nada. Quizás alguien lo había mandado a hacer la chamba. Pero no sería la última vez que Mascarita

iba a luchar, en una semana, otro hombre pequeño se pondría aquella máscara blanca y volaría. Sería mágico. La gente nunca lo sabría. Quizás sospecharían, pensarían que ya no son los mismos brincos, las mismas llaves, pero no dirían nada. A lo mejor está cansado, a lo mejor se lesionó. Con el tiempo lo olvidarían. Al fin y al cabo, con una máscara, todos los hombres son iguales.

El halcón no tenía la culpa de nada, pero sí un balazo en la pierna que con el tiempo sanaría. Yo callaría. Pero a cambio de algo. Disparé, a pesar de sus miserables ruegos. La bala, esta vez, se alojó en su rótula.

# Puerta del cielo

Tu puta madre

La lujuria merece tratarse con piedad y disculpa  
cuando se ejerce para aprender a amar.

– Dante

–Muy buenos días, Aguascalientes, ésta es la información de hoy viernes 23 de febrero de 2018. En 2030 se podría erradicar la pobreza, bajar el suicidio y tener mejores sueldos en Aguascalientes. Alargan el plazo. A más tardar en junio quedarán concluidos los pasos a desnivel y el distribuidor vial. Dan a conocer la lista de artistas del palenque de la feria. Discutirán ley para prohibir pantalones debajo de los glúteos, y en la policiaca Juan Luis:

“Sorprendete hallazgo en el arroyo de El Cedazo, entre la secundaria #8 y el fraccionamiento Vistas del Sol. Fíjese usted, se encontró a un joven atado de pies y manos, ambas extremidades juntas, totalmente desnudo, parece ser un caso de violación, sí, como usted lo oye, le digo que violación porque en su parte trasera se encontró una verdura, un pepino; y como si eso fuera poco, al parecer, también tenía otro en la boca. Cuentan los testigos, en este caso unos chicos estudiantes de la secundaria del turno matutino que tienen que cruzar por una pequeña vereda, que escucharon gritos que pedían auxilio, encontrándose con la víctima que responde al nombre de Rodrigo, un joven psicólogo, dejando una nota para mirar el video en YouTube, los detalles se los cuento más adelante”.

Martes 6 de febrero –Consultorio–

–Todo me resulta confuso, doloroso, cada vez recuerdo más o entiendo más, he vivido con este episodio desde hace 8 años y a pesar de relatarlo en la procuraduría y recibir apoyo psicológico, no consigo superarlo. Mi vida ha sido un maldito caos, no puedo mantener ninguna relación sentimental, mi refugio fue la religión, acercarme más a la

Virgen consoladora de los afligidos y a la lucha libre. Creo que alguna manera ese momento en mi vida me llevó a buscar alguna actividad para defenderme, para ser fuerte, pero creo que para ser sincera, no quiero olvidarlo, quiero venganza. Tres chicos están en la cárcel, pero al cuarto, el que grababa, no le pude ver la cara, la cámara le cubría su puta cara. Él fue el peor, pudo ayudar y no lo hizo; fue el único que no abusó de mí, pero fue cómplice de todo. Quiero venganza, quisiera sentir que cuando la consiga, si es que un día la encuentro, sentiré que se va a abrir la puerta del cielo.

Era un día normal a la hora de la salida de la secundaria, de por sí estaba ubicada en una mala colonia, en un lugar medio abandonado, a un lado de un arroyo abandonado, nunca pensé que sería un escenario perfecto para ser violada. ¿Conoces la secundaria #8? En el fraccionamiento Gómez Portugal, la que está en el cerrito de La Cruz.

—No, no sé.

Bueno, está a un lado de un arroyo seco, el arroyo de El Cedazo. Había árboles, arbustos, flores silvestres, pajarillos, mariposas blancas. Yo esperaba que mis compañeros se fueran a sus casas para que no me vieran que me perdía en ese lugar fuera del tiempo y del miedo. Imaginaba que era exploradora, juntaba ramitos de flores, agarraba uno que otro chapulín, espantaba una mariposa o busca algo en que entretenerme. Me daba miedo llegar a casa porque sabía que no estaban mis padres, sólo mi tío. Ese hombre asqueroso que aprovechaba cualquier momento para espiarme o manosearme. No podía ni dormir tranquila, pues siempre estaba al asecho. Estaba entretenida, sintiendo el aire, escuchando a los gorriones, según yo, estaba en un lugar seguro.

No los vi.

Me sentía segura en ese lugar y no los vi. Recuerdo que crujió una rama, pero ya estaban muy cerca de mí. Voltee, abrí los ojos, tiré las flores, agarré mi mochila y corrí. Ellos corrieron trás de mí, me tumbaron, me empezaron a insultar y a quitarme la ropa. No podía defenderme, quería sostenerme la ropa y también cubrirme de los golpes, pero todo fue inútil, traté de defenderme, pero no lo logré; patadas, golpes en la cara. No sé ni en qué momento se quitaron los pantalones, entre más les suplicaba que no lo hicieran, más se encendía en ellos una fuerza que no entendía, parecían poseídos.

¡Dios, pensé que me iba a morir, pero lo peor todavía no pasaba!

—Tranquila, estás segura, respira. Te recuerdo que todo lo que digas está bien, para eso es la terapia.

—Me ponen en cuatro patas, me siguen grabando, uno me puso su pene en la boca, no quiero hacerlo, pero me golpean para no resistirme, otro me penetra por la vagina eyaculando sin preservativo, el otro grita y reclama su turno mientras se manosea el pene para mantener la erección y penetrarme analmente. El tiempo no pasa, me siguen penetrando por delante, por atrás, por todos lados, se ríen, se burlan y siguen grabando. Lo que para ellos fue un momento glorioso de lujuria, para mí fue mi sentencia de muerte. Dejé la secundaria, me alejé de mis compañeros, casi no le hablaba a nadie. Fueron años de sentirme fea, asquerosa, culpable, de desconfiar, de no querer a mi lado a ningún hombre, los despreciaba y pensaba que todos eran iguales.

La única que se mantenía a mi lado, y que yo permitía que estuviera a mi lado, era mi amiga Luz, su papá don Olegario era luchador amateur y daba clases en el ex ejido Ojocaliente de lucha libre y box, empecé a entrenar por mera distracción, después porque era una buena herramienta para defenderme (si no, pregúntele a mi tío, después de aquella patada no volvió a querer manosearme) y ya después porque encontré mi pasión: “dar y recibir golpes y me pagan por eso”, creo que me acostumbré a recibir de la vida puros golpes duros. Fue Luz la que se fijó que nunca faltabas a las funciones de lucha, y que eras fan de la lucha libre, pero no sabía que eras psicólogo. Pensé que estabas enamorada de ella, yo no me había fijado que asistías, hasta que ella me habló de ti.

—Cof, cof, cof. Bueno, sí me agrada la lucha libre, pero me agrada más ser psicólogo, me alegra que confíe la gente en mí, ¡qué bueno que decidiste tomar terapia!, y si no hay más qué decir, nos vemos el próximo martes.

Martes 13 de febrero —consultorio—

—Hola, ¿cómo te sentiste esta semana?

—No sé, muy mal, volver a recordar lo único que me hace sentir es querer tenerlos de frente y hacerlos que sufran.

—Vamos a trabajar en el perdón.

—¿Quién te dijo que quiero perdonar? Lo que quiero, y ya te lo dije, es venganza. ¿Por qué tendría que perdonar a esas personas? Yo no le hice daño a nadie.

Miércoles 14 de febrero –gimnasio–

–Hola, ¿cómo te ha ido con Rodrigo?

–Pues bien, ya sabes, desahogándome. Pero hay veces que me siento incómoda contándole esas cosas.

–Y más a él, si se ve que está enamorado de ti.

–¡No mames! Yo creo que le gusta La Demoledora, no yo.

–¡Te haces loca! Primero decías que estaba enamorado de Candy Kharma, luego que de la luchadora no, que de mí. Y ahí voy y nada. Nomás me sacaba plática de ti. Ni te pongas colorada. Se ve que te la sientes con él y él contigo.

–Pues sí me gusta, se me hace conocido, como que ya lo había visto y no en la lucha. Pero no sé, es muy inteligente, me gusta su sentido del humor, a veces siento que me conociera muy bien, siento su mirada muy profunda, a veces siento que ve más de lo que yo quiero. Pero bueno ya te dije que yo de hombres no quiero saber nada. Mejor ya hay que entrenar, porque el jueves nos toca una buena friega en las canchas.

Martes 20 de febrero –consultorio–

–Pasa, déjame entrar al baño y ahorita te atiendo.

–Ok. ¿Oye, a poco andas buscando trabajo? Digo, porque está tu curriculum y una solicitud de empleo, Rodrigo Santos Márquez, 23 años, calle Acuario #327, Gómez Portugal, Secundaria Ramón López Velarde #8, Preparatoria: CBTIS 155, Universidad: UAA. Lo sabía, ahora lo sabía todo, todo encajaba a la perfección, la última pieza del rompecabezas había caído. Una puerta del cielo se había abierto.

–Listo. Ahora sí, Gabriela. ¿Gabriela?, ¿Gabriela? Sintió cómo la primera puerta hacia el infierno se abría.

Jueves 23 de febrero –canchas Hermanos Carreón–

Lucha Libre AAA, en cartelera como primera luchadora (local femenina): Las Perras Infernales contra Candy Kharma (Luz) y la Demoledora (Gabriela); en la segunda lucha otros talentos locales masculinos: Dark Side, Espejo de Justicia contra Hidrorayo y Gallo Boy Z; aunque

la verdad la gente esperaba con ansias la lucha estelar: Psycho Clown, Pagano contra Chessman y Averno.

Las cuatro chicas ya eran viejas conocidas, entrenaban juntas en el mismo gimnasio. Pero en el momento de subir al cuadrilátero, sabían que tenían que ser superiores unas a las otras, sobre todo porque esperaban que llegara un representante, casi como un príncipe azul y, en vez de matrimonio, les ofreciera un contrato con la empresa. Las rudas empezaron con la acción en el ring tratando de captar la atención de los espectadores, sobre todo de los que apenas se iban acomodando en sus lugares. En esa función, Candy Kharma y la Demoledora estaban más unidas que nunca, sus movimientos estaban sincronizados, con sólo mirarse a los ojos aclaraban sus dudas, se daban respuesta, indicaciones. Primera y segunda caída ganadas por las técnicas.

—¡Maldito!, ¡maldito! ¿Cómo no lo pude ver? Pero llegó su hora.

Bajó del ring dejando a su compañera Candy Kharma en plena contienda, no sabía qué carajo estaba pasando. Así que el equipo de Las Perras Infernales rápidamente acabaron con su compañera. La gente reprobaba su conducta, le empezó a chiflar, hasta le aventaba vasos con refresco, las mentadas de madre no se hicieron esperar. La Demoledora no iba a perdonar al tipo que fue testigo, al que estuvo grabando, ese tipo que pudo ayudarla, al tipo que todavía se ofreció a ayudarla en terapia, el que además era su fan y que al terminar cada lucha le mandaba una rosa con Chuy, el vendedor de refrescos, el tipo del que hasta llegó a enamorarse.

Rodrigo, al ver lo que pasaba en el cuadrilátero y ver cómo la Demoledora lo estaba buscando, lo ubicaba y lo miraba, sintió una urgente necesidad de huir, sentía que el infierno reclamaba su presencia. La puerta del cielo que quiso abrir alguna vez, ya no estaba. Se levantó de su silla, de la que siempre ocupaba cada que luchaba Gabriela y no le quedó otra opción más que correr, empezó a aventar gente sin importar si eran mujeres, niños, ancianos, las personas se molestaban, algunos alcanzaban a reaccionar con aventones, insultos, uno que otro golpe en la espalda. Llegó al pasillo, era más fácil huir. Total en eso era un experto, en escapar.

Ella era sobrehumana, ya no era luchadora, ya no era mujer, era la venganza encarnada. No tenía miedo, ya había muerto una vez y sobrevivido, no había nada que perder.

—¡Hijo de puta! ¡Se me perdió! ¿Dónde está? ¿Dónde está? Miró para ambos lados, don Chuy el vendedor le dijo por dónde había escapado, ella siguió corriendo. Lo vio. Ahora sí no se iba a escapar.

Rodrigo volteaba para atrás para ver si ya la había perdido, salió del auditorio, seguía corriendo y tropezó con un puesto de venta de máscaras y productos chinos, de éstos que tienen luces y que al final terminan siempre en la basura. Pero esta vez el vendedor alcanzó a darle una patada que lo hizo de caer de manera accidentada. Perdió tiempo y un poco de control para volver a correr. Siguió corriendo, alejándose del auditorio, de los puestos, hacia el poniente, dirigiéndose a la calle Jaime Nunó por donde se encuentran una canchas de basquetbol muy oscuras, sin iluminación, para tratar de desaparecer. Atrás de La Demoledora, venía su amiga Candy Kharma. Lo alcanzaron, Candy dejó que Gabriela sacara todo su coraje, lo pateara hasta que se cansara, entre las dos lo subieron a la vieja camioneta de don Olegario, él ya sabía por todo lo que había pasado Gabriela. Dio vuelta en “u” y tomaron López Mateos, después primer anillo rumbo a la secundaria 8, metieron la camioneta hasta donde fue posible, bajaron a Rodrigo, quien temblaba de miedo y pidió perdón, confesé que él fue el de la idea, que cuando era adolescente quería ser director de pornografía, que fue un error, que la buscó para pedirle perdón, pero no pudo. Don Olegario le arrancó la ropa, Rodrigo se orinó, Candy Kharma le pidió que se echara en el piso para poder amarrarlo, La Demoledora dejó de grabar, se quitó la máscara, puso aceite vegetal en el pepino y con fuerza se lo metió en el ano a Rodrigo, quien gritó, pero de un puñetazo, don Olegario lo calló y lo desmayó; don era conocido en el mundo de la lucha como El Bronco Medina, ya desmayado le puso otro pepino en la boca. Gabriela dejó una nota para quien lo encontrara, anotando el nombre del video que ahora se encontraba en Youtube. Los tres se fueron del lugar, lentamente y sin hablar.

Miércoles 22 de febrero –gimnasio–

–¿Qué te pasa? ¿Por qué estas así? ¿Qué te pasó?

–Encontré al chico que grabó mientras me violaban, no vas a creer quién es, ni yo lo puedo creer. Es Rodrigo.

–¡No mames! Hay que ir a partirle su madre.

–Esperen, dijo don Olegario, tengo un mejor plan.

# Caridad

Alejandra Pérez

*Porque el que quiera salvar su vida, la perderá;  
pero el que pierda su vida por mi causa, la encontrará.*

Mateo 16:25

Ángela se detuvo frente a la Farmacia del Ahorro con una moneda de cinco pesos jugando entre sus dedos. Hacía cuatro años repetía el mismo recorrido cada mañana desde que había ingresado a la universidad. Era su rutina diaria, salir de casa y dirigirse a la parada del camión, ahorrar minutos cruzando por el lote baldío que siempre le llenaba de tierra los Convers negros, pararse frente a la farmacia y dar una moneda a señor Paleta, un anciano que le daba los buenos días de lunes a viernes y a veces los fines de semana si ella iba a comprar algo.

Pero, era la tercera mañana que no lo veía y aunque la primera vez que le dio dinero fue por un acto de caridad, ahora ya era parte de su vida y eso la desconcertaba; aun cuando una voz interna le decía que el hombre sólo estaba enfermo y volvería a la siguiente semana, no podía quitarse la sensación de zozobra al pensar en que algo malo había ocurrido. Sin embargo, debía continuar su camino o perdería el camión que la dejaba justo a la hora que se supone debía llegar a la primera clase.

Cualquier preocupación se disipó en su mente ya que se distrajo con la música del chofer, aunque no era fan de las cumbias ya estaba acostumbrada, por lo que ya no le desagradaba oír a Los Ángeles Azules o a Los Acosta durante los 45 minutos que duraba su viaje, inclusive a veces ella tarareaba la de “17 años...” o la de “...deja una rosa en tu balcón entre sus clases...”.

Su baile mental se vio interrumpido por el brusco cambio de estación en la radio, ahora un noticiero amarillista con la voz de un locutor medio gangoso narraba que en la noche anterior se había encontrado otro cuerpo envenenado y que se trataba de una persona sin hogar, pero esta vez en el centro de la ciudad y de igual forma tenía un

pasaje de la Biblia y una moneda de cinco pesos. No le dio importancia, pues mientras no le afectara directamente como un reporte del tráfico diciendo que habían cerrado o bloqueado alguna calle lo cual prologará su viaje, no le interesaba.

*“Las personas como nosotros, señorita, tenemos vidas duras y miserables”* –le dijo en una ocasión el señor Paleta.

La mochila le golpeaba la espalda y deseaba no haberse puesto vestido ese día para que la persecución no se viera interrumpida por el temor a mostrar los calzones y es que justo cuando terminó de escuchar la noticia, se puso a mirar por la ventana, entonces sus ojos se abrieron como platos por algo o, mejor dicho, alguien que llamó su atención en la calle.

*“A veces pienso que si muriéramos todo sería mejor, pero, no me mire así señorita, imagínese”.*

–¿Señor Paleta? –susurró y como si su cuerpo tuviera voluntad se levantó y se dirigió a la parte de atrás del camión, entre empujones, señoras con barney-bolsas y recordatorios del 10 de mayo logró timbrar. Por regla, el chofer no podía detenerse de inmediato hasta llegar a una parada oficial, Ángela un poco desesperada por perder de vista al anciano timbró un par de veces más. El hombre al volante, molesto, se orilló en un brusco movimiento que hizo sacudir a los pasajeros que le gritaron: “no traes vacas”. En cuanto sus pies tocaron el suelo emprendió carrera a buscar a la persona que hacía unos momentos le hizo actuar tan impulsiva. Ahora corría sintiendo el golpeteo de su mochila en la espalda, su vestido subía a cada zancada que daba y el sudor se hizo presente.

*“Si realmente existiera un Dios tan bueno, no nos permitiría sufrir así en esta vida”.*

–Señor Paleta- –se repetía internamente sin disminuir la velocidad. Aun cuando sólo vio unos segundos el rostro del anciano en la calle, estaba casi segura de que era él o eso quería hacerse creer, pues ya no se explicaba por qué no le importó si empujaba a personas en su camino o si pisaba popó de perro, debía alcanzar al hombre de sombrero viejo y camisa desgastada.

Escuchó que le gritaban, pero la verdad no supo qué o quién, su vista seguía fija en el anciano que ahora que lo analizaba bien, no parecía tan anciano, tal vez, a lo mucho unos 50 o 60 años, pero su cuerpo había sido víctima de todo ese tiempo durmiendo a la intemperie y al sol, de mala comida y maltrato por no tener hogar; le parecía que lucía

diferente y se empezó a cuestionar si realmente era el señor Paleta, sin darse cuenta ya había disminuido su ritmo casi hasta caminar, entonces su cuerpo fue consciente de todo el esfuerzo físico que había realizado.

*“O en todo caso por el dolor que hemos tenido en la Tierra seríamos merecedores de un paraíso eterno”.*

—Es el Señor Paleta —se convenció— y exigiendo a sus piernas volver a la velocidad inicial, corría de nuevo, de nuevo le gritaba, de nuevo lo ignoraba, pues esa altura el hombre que pensaba era señor Paleta se había adelantado. —Para ser mayor camina rápido —pensó sintiendo de nuevo el golpeo en la espalda, pero esta vez no fue de su mochila, se sintió volar y sus ojos terminaron viendo el cielo azul, un sabor metálico le inundó la boca y supo que el momento en que dudó fue crucial, trajo a su mente todo los gritos que había ignorado hacía unos minutos.

*“La muerte me parece una buena solución, pero no se asuste, señorita, después de todo, ¿qué podría hacer un viejo como yo?”.* Ambos se sonrieron y cada uno hizo su rutina, dejando esa conversación de lado.

Ángela era consciente de que un hombre le había advertido “el semáforo cambió a verde”, también de que miraba la espalda de aquella camisa desgastada y lo último de lo que fue consciente fue de que el señor Paleta le daba una moneda de cinco pesos al niño que hacía malabares en el semáforo de la acera de enfrente.



# El asesinato del asesino

Maripaz Pérez Ramírez

Casual, un jueves por la mañana. Me baño como si no hubiera un mañana. Me gusta disfrutar la hora del baño como si fuera la forma en la que se te escurren los problemas, se resbalan del cuerpo junto con la mugre. Me visto. El uniforme está sucio, pero eso no me quita a mí lo limpio. Tomo una manzana antes de salir y sigo mi flecha. Como de rutina voy por la calle revisando cada contenedor para tomar botes extras antes de llegar a las casas que ya tienen mi reserva. La neta hasta me consienten, me lavan los botes y me los ponen en bolsas ¡No manches! qué más se le puede pedir a la vida, es como si mi trabajo ya estuviera a medio hacer. Keva.

Toca llegar con la señora Azul, conocida como la viejilla de la cuadra. La que nunca sale si no es más que para fumarse su cigarro. No entiendo muy bien eso de los fumadores, la neta ni sentido tiene, digo, que entre en tu cuerpo el humo, como si quisieras enviar señales a partes internas del ser para comunicarte con él, darle a entender que la vida no tiene ningún sentido. Ni ayer, ni hoy y que posiblemente no lo encuentres tampoco mañana. Una señal en auxilio para escapar de un mundo jodido, de huevonadas sin motivo, un cigarro cualquiera que te inyecta la nicotina sin sentido alguno. Al fin y al cabo te lleva a la muerte, ésa que es la única cosa segura. En fin, yo pa' lo que soy bueno es para la cheve, las caguamas son lo mío.

Llego por fin al portón. Toco el timbre. Espero. Nada. Es raro. Siempre me abre la viejilla de volada, si no es que ya están las bolsas afuera pero, nada. Vuelvo a timbrar. ¿Qué pedo? ¿Qué paso? Me preocupó. La señora Azul siempre está en su casa. Pienso en las películas de acción. Cuando el FBI, después de tocar amablemente, pateo la puerta. Lo pienso. Eso me causa un poco de gracia. Me pongo serio. Estoy en un papel de uno de esos. Lo pienso más, pero las ganas de hacerlo me dominan. Pateo la puerta. Se abre y choca bruscamente con la pared y rebota. Busco la cara de la vieja enojada por lo que acabo de hacer. No hay nadie. Es posible que estuviera mal cerrada. No soy tan fuerte. Entro.

—Señora Azul.

Nadie contesta.

—Señora, soy el de los botes ¿Dónde anda?

Me adentro en la casa. Muy pocas veces había estado ahí, pero me acuerdo de la ubicación de las habitaciones. La cocina, el comedor y un patiecito. En el piso de arriba, la sala, un baño y su cuarto. Reviso la parte de abajo. Vacío. Subo las escaleras. En el último escalón, me pasmo.

La abuela de nadie, la que parece que no existe. La que casi nadie conoce. Muerta. Pienso en ella. La pobre señora Azul ni se lo esperaba. Seguramente estaba leyendo en su sillón, con la ventana abierta, quizá reía con las historietas del periódico acerca de la política en México y sobre las próximas elecciones. Puede que rió tan fuerte que exaltó a alguien que tenía baja tolerancia a la frustración y entonces decidió matarla. Se les hizo fácil. Perros.

No sé qué pasó. En mi mente hay miles de posibilidades del cómo lo hicieron y de quién lo hizo, de quién demonios lo hizo. Reaciono. Bajo corriendo las escaleras. Salgo de la casa. Enfrente está la vecina, sentada en su silla tejiendo. Le grito.

—Llame una ambulancia, doña.

Se sorprende y abre los ojos como si le estuviera mentando la madre. Le vuelvo a gritar.

—Llame a la ambulancia, le digo, la señora Azul está herida.

Uno de sus nietos me entiende y se mete a la casa corriendo. Me quedo parado frente a la puerta de la casa de la señora Azul. No me muevo. No puedo. No sé qué hacer. Solo sé que no puedo subir otra vez.

Llegan los paramédicos. Yo sólo puedo mover mi brazo y apuntar hacia la casa. Corren y me pasan como a un fantasma para meterse. Llega la chota. Me ven. Les apuntó la casa, lo único que puedo hacer.

Ver el cuerpo de la señora Azul cubierto de sangre. A puñaladas, me percaté. Unas profundas y otras no tanto, según los médicos, todas en la espalda. Claro, la pobre no pudo ni ver la cara de su asesino. El objeto. El segundo asesino. Un cuchillo de su propia cocina. Su favorito y único. Tirada junto a la puerta del baño, es probable que en ese momento tuviese necesidades y ahí sin más ni menos la agarraron por la espalda, con las manos casi en la masa. Sus ojos. Abiertos y sin vida. Nunca me había percatado de que siempre se vieron de esa manera, fríos.

Qué poca madre. Era la señora Azul, la que me dejaba más botes de leche deslactosada *lighth* y sus cartones de jugo de naranja que le

gustaba tomar. Me da lástima pensar en lo que debió haber pasado. Los médicos dicen que no murió al instante, el asesino la dejó desangrarse en el piso, hasta que dejó de respirar.

Desangrarse. Debe ser agonizante morir así. Sentir cómo se te escapa la vida de poco a poco. Como si una parte de ti fuera saliendo de ese cuerpo y no puedes hacer nada, más que esperar hasta el último aliento. Eso da tiempo de pensar en los momentos que jamás volverán, que sólo ella sabe, que forman su historia y que se irán junto con ella. En el piso de su casa, donde había vivido los últimos 35 años de su vida, donde era feliz, me consta. A la viejilla le gustaba su soledad, leer por horas, dormir cuando se le diera la gana o andar despierta a mitad de la noche. Después de todo la conocía bien, sabía qué era lo que hacía. Los 20 años que tenía yendo a su casa por su basura no fueron en vano. Sabía que la vieja era vegetariana y siempre estaba preparando verduras cocidas y arroz con frijoles. Sabía también que se daba el gusto, ya si no, pues nadie le despeinaba la cotorra. Vivía sola desde que la conocí y jamás nadie había ido a visitarla. Era una buena señora, bastante tranquila y con la que nadie tendría un problema, digo hasta hoy, al parecer.

Verla tirada sobre su propia sangre, un poco cuajada, pegándose al piso y a su cuerpo, entre su ropa haciendo bolas junto con su trenza larga que se peinaba. El cuchillo. El objeto asesino. No quería pensar, ni mucho menos imaginar, verlo entrar y salir de su cuerpo de una manera tan violenta, siendo que antes estaba finamente cortando las verduras.

Cuándo se fueron los médicos y la policía, llevando el cuerpo de la señora Azul, pregunté:

—¿Tons qué? ¿Se abrirá una investigación del caso?

Me sentí como profesional diciendo esas cosas.

—No señor. Esta viejilla ni familia tiene. A nadie le importa.

Pinche gobierno. Mientras no les dé dinero, no les sirve la gente.

Se van. Yo me quedo sentado afuera de la casa. Ya ni ganas de trabajar me quedaron. Chale, ya está oscureciendo. Me siento devastado. Me pasé el día completo aquí. De perdido para que saber lo que pasó. Sé que no era mi familiar, ni mi amiga cercana, pero es triste. Me acuerdo de mi ama. Mi viejita. La pobre vive sola, desde que mi padre murió por la embolia. Tengo rato sin ir a visitarla. Me animo un poco. Me levanto, pienso agarrar los botes que encuentre de aquí a su casa para no llegar con las manos vacías. Me echo los costales al lomo y camino. Me meto al callejón de al lado, donde están los contenedores.

¿Quién es esa? se había subido por las escaleras traseras de la casa y ahora la veía bajar con una sudadera enorme y una cachucha negra. Le grito:

—Eh, tú. ¿Quién eres?

Me ve. Su cara refleja un asombro y un miedo rápidamente y baja con mayor velocidad. Desde arriba, unos 2 metros, da un salto y cae junto a unas bolsas de basura. Corre. ¿Quién es? ¿Por qué corre? ¿A dónde va? Corro más rápido. Ella sigue corriendo. Gira y se mete a otro callejón que cruza. Giro. La veo. Continúa corriendo. Yo igual. Tumba unas bolsas que están arriba del contenedor de basura. Voltea, noto que está agitada por correr, pero también tiene miedo. Me grita:

—A ver si puedes con eso idiota.

Pendeja, no sabe que me la vivo en la basura. Eso me la pela. Corro. Brinco las bolsas como si tuviera bajo mis pies una patineta. Al final del callejón hay una puerta. Ella se mete, pero antes de hacerlo, me hace la seña obscena más usada por todo el mundo. Hija de la chingada. Me acelero. Llego a la puerta y trato de abrirla. No puedo. Maldita sea. La pateó. La vuelvo a patear. Ya se me está haciendo costumbre. Se abre. Está oscuro, pero entró. No se escucha nada. No se ve nada. ¿Dónde está? Pinche vieja. Me caga. ¿Qué fue eso? Me sobresalto. Escucho un sonido. Un pedazo de metal choca con el suelo. Es hacia mi derecha. Corro. La veo. Está corriendo. La sigo. La veo cerca. La tengo casi en mis manos. Grita. La jalo del cabello. Trae una coleta. Grita más. La tumbo al piso. Se retuerce como un gusano queriendo escapar del pico de una gallina. Le agarro las manos, para que nos las mueva. Me pongo encima de ella.

—¿Quién eres y por qué estabas en la casa de la señora Azul?

Le digo con un tono fuerte, agitado por la correteada y mirándola directamente a los ojos. Se me queda viendo. Le tiemblan los labios y me dice como puede, entre sollozos y tartamudeos:

—No sé qué paso señor, lo lamento.

Me quedo perplejo.

—¿Que dices?

—Yo no sabía que iba a pasar eso. Le juro que no tenía idea.

Comienza a llorar. Me enojo. Me levanto y la levanto conmigo. La tomo por los hombros y le grito:

—¿Quién eres? ¿Qué le hiciste a la señor Azul?

Suelta un grito y su llanto se vuelve más profundo. ¿Qué demonios?

La tomo por el brazo y la jalo. Me dirijo a la puerta y la saco de ahí. Camino de prisa. La llevo sujetada muy fuerte por si se me quiere escapar. Ella sigue llorando y pidiendo perdón. Que la perdone su puta madre. De esta no se va a salvar esta mocosa llorona. Giramos. Ya estamos en la calle. Empujo la puerta de la casa de la difunta, que estaba sin llave y entramos. Doy un portazo para cerrar la puerta. La siento en una silla del comedor y le digo exaltado:

—¡Qué la chingada! Deja de llorar, escuincla.

Sigue, como si le hubiera dicho que llorara a cántaros. Pienso. Lo hago como si fuera un padre, que ve a su hija llorar después de un rompimiento.

—Oye, tranquilízate [le digo de una manera más serena]. No va a pasar nada. Cuéntame ¿Qué fue lo que pasó?

Me miraba. Aunque nunca antes la había visto, estaba aterrada, podía notarlo. Poco a poco dejó de llorar y se limpió los mocos con una manga de la sudadera. Aspiró lo que quedó dentro de su nariz.

—Usted, ¿la conocía?

Que le importa. Esa no fue la pregunta, pero bueno estoy en el papel de padre que escucha.

—Sí, desde hace unos 20 años.

—Entonces sabía que era muy lista, ¿cierto?

¿Qué dice? Me estoy enojando, otra vez.

—¿A dónde quieres llegar con esto niñita? No entiendo.

Me miró. Se dio cuenta que en realidad no estaba entendiendo. Se movió en la silla y se sentó más derecha. Puso las manos sobre la mesa, como si estuviéramos en una reunión de trabajo a punto de llegar a establecer las estrategias del nuevo proyecto.

—Hoy por la mañana, después de pelear con mi madre sobre su divorcio con mi padre, salí de mi casa con ganas de no regresar y con un 50 de marihuana.

Estaba muy atento a todo lo que me dijera. Había leído algunos libros sobre la detección de mentiras y era el momento de aplicarme chido. Siguió contando:

—Caminando por el barrio. Buscando dónde fumar sin que nadie me interrumpiera, me percaté del callejón. Un lugar callado y en el que nadie se metía, excepto tú, claro.

Pues sí, niña, es mi trabajo, pensé, pero no dije nada.

—Ideaba la manera de subir. Trepé en el contenedor y me colgué de las escaleras. Las manos casi se desprenden de mi cuerpo. [Me mostró

sus manos. Estaban algo moradas en los nudillos]. Ya en las escaleras, subí hasta el techo. En el transcurso, vi por la ventana, la única que había al parecer. Me percaté de que había alguien, así que traté de no hacer ningún ruido. Llegando arriba, caminé de puntillas y me senté junto al tinaco. Me preparé un churro. Me lo fumé. Estaba viajando. Ya llevaba una media hora ahí, cuando empecé a escuchar que alguien martillaba una dentro de la casa. Traté de ignorarlo. No pude. En ese estado las sensaciones son como si entraran solas a tu cuerpo. No puedes controlar eso. Empecé a desesperarme. Era un sonido rítmico. Dos golpes fuertes y uno más débil. ¡Ah!, era horrible. Con cada martillazo me adentraba cada vez más en mí. Me imaginaba como ese pobre clavillo. Siendo golpeado por un martillo gigante, forzando que encaje en una pared en la que no quiero estar. El clavo luchando. Tratando de no entrar. Deteniendo aquello tan inevitable. Me explotaba la cabeza con ese pensamiento. Te juro que no podía más. Me levanté. Me dirigí a las escaleras. Decidida a terminar con ese dolor, perdón, con ese sonido. Bajé las escaleras hasta llegar a la ventana. Me asomé. Es una casa bastante acogedora. Arriba tiene acomodado como si fuera una casa de los 60. Un sillón frente a la ventana. Una mesita junto con unos dos periódicos. Una taza medio vacía, de algo que parecía ser café. Y entonces la vi. Una señora de unos 80 y cacho años. Me agaché. No me alcanzó a ver. Traía el martillo. El maldito martillo. Seguí observando sin decir nada. Ella guardó el martillo en un cajón. El segundo del mueble verde [señaló con su mano hacia arriba]. Después la señora se metió a un cuarto, me di cuenta, luego, que era el baño. Seguí observando. El sonido había cesado, pero quería seguir mirando. Ver a alguien que no sabe que lo están viendo me hacía sentir bien. Era ojos sin ruido, sin cuerpo, sin presencia. Lo más atractivo de la situación era que no me veía a mí. Era como un fantasma drogado, tratando de recordar la sensación de que alguien te mire, pero sin mirarte.

Se quedó pensando en lo que acaba de decir. Yo seguía atento. Esta niña era buena para hablar. Continuó:

—Y de pronto se escuchó algo extraño. Como una carnicería, cuando afilan los cuchillos. Qué raro, fue lo que pensé. Entonces me dio un poco de hambre al pensar en un jugoso pedazo de carne. De un momento a otro escuché quejidos, y un sonido extraño de fondo. Me levanté. Algo estaba sucediendo. Ella estaba sollozando, pero en silencio. Como si no quisiera que nadie escuchara. Pero ahí estaba yo. Escuchando y viendo. Cayó. Me di cuenta porque logré ver la mitad de su cuerpo tendido en el piso. Seguía ahogando sus gemidos. Me asusté.

Pensé ¿Es eso sangre? Lo era. Me agarré rápidamente de la barda de la ventana y di un salto para adentrarme a la casa. Dentro, me pasmé por un instante. Me percaté de que estaba sangrando demasiado. Tenía cuchilladas en la espalda. ¿Qué? Caminé hacia ella. Me puse de cuclillas. Me miró y los ojos se le abrieron como si hubiera visto a un muerto. Casi lo era. Era su fantasma. Como pudo levantó su mano y la movió de lado a lado. Y susurrando me dijo:

—Déjame aquí.

—Me le quedé viendo. Apenas y se podía mover. Me levanté. Saqué el celular y empecé a marcar al 911. La señora golpeteo el piso con su mano haciendo un sonido muy bajo. Aun así lo escuche. Volví a agacharme para mirarla otra vez. Y me dijo:

—Mírame. Mírame y vete.

—Yo no entendía. ¿Qué trataba de darme a entender? Y puse una cara de confusión que ella, aun en su situación, se dio cuenta y me dijo:

—Me has mirado, tú. Después de todo, alguien lo ha hecho.

—La miré a los ojos. Ella me miraba también. Trague sus palabras. Las digerí y lo supe. Me levanté. Me alejé de la escena que estaba frente a mí. Ella seguía observándome con unos ojos que se perciben como aliviados. Pude ver en la pared aquel cuchillo. Embonado entre dos pedazos de madera perfectamente cortados a su medida. Supe lo que había pasado. Ideación planeada con cautela y precisión.

Se quedó callada. Yo sentí como si hubiera escuchado el secreto más grande del mundo. No dije nada. Solo seguía mirándola. Esperando que dijera algo. Que hablara para mí. Que explicara lo sucedido. Yo estaba totalmente perdido. Ella lo notó.

—No lo entiendes. La pobre no tenía a nadie. Lo había perdido todo. Más bien a todos. Se suicidó. Se suicidó de una manera en la que pareciera que había sido un crimen. Un homicidio. Su necesidad de tener a alguien era enorme. Por eso lo planeó así. Para todos, excepto ella, alguien la había acuchillado. En la espalda. Sin que ella se diera cuenta. De una manera en la que pudiera incluir otro cuerpo. Fingiendo que “alguien” le había quitado la vida. Para alguien era importante hacerlo. Ella significaba entonces un problema, un pendiente, un secreto guardado para otro. Un otro que no existía y que ella se había inventado. Un otro con el que asociarían su muerte. Una pobre vieja que fue asesinada en su propia casa. Por la espalda. Por otro.

Dejé de respirar unos segundos, pues no me cabía en la cabeza lo que acaba de apalabrar. Ella de nuevo, se soltó en llanto.

Le dije después de un rato:

—¿Y el cuchillo? Los policías lo encontraron en el suelo.

Ella respondió:

—Me quedé ahí hasta que dejó de respirar. Sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, a unos metros de ella. Acompañándola. Después de todo era lo que ella quería. Casi puedo pensar que me estaba sonriendo. Aunque estaba tirada y su cachete deformaba un poco el gesto de su boca. Luego, llegaste tú. Tocando el timbre. Me asusté y me levanté rápidamente. Me movía de lado a lado. Entré en pánico. Volviste a timbrar y la sangre se me fue a los pies. Miré la ventana. Mi salida. Mi sala de observación. Corrí. Di un salto y subiendo las piernas, salí. Diste el portazo y el cuchillo cayó. Después de las empujadas hacia la vieja y la brusquedad de tu entrada, se zafó. Cayó y se colocó en el lugar exacto en el que la vieja, sin haberlo planeado, formó la escena perfecta.

Me quedo sin habla. Me doy cuenta de que nunca conocí a la señora Azul.

Me levanto y atónito, me acerco a la puerta. La miro. Ella hace lo mismo conmigo. Se levanta y se acerca. Abro la puerta. Salimos. Cierro. Seguimos mirándonos. Sin esperarlo, me abraza. Le correspondo el gesto. Volvemos a ponernos de frente. Se da la vuelta y comienza a caminar.

—Cuidate [le digo].

Voltea y me lanza una pequeña sonrisa. Me giro. Camino. Sigo sin un rumbo fijo. Pensando. Pienso en mi madre. Otra vez. En la esquina, leo el nombre de la calle. Giro a la izquierda buscando el número 22.

# Por donde pasa Dios

René López

Me encabronó que el celular timbrara. Era mi mamá, pero ni ella se salva de mi furia. Estaba atragantándome con una chimichanga antes de la clase de las cinco cuarenta, no había desayunado nada porque hice una tarea durante toda la mañana; ya me estaba poniendo punk de pura inanición. Me encabrona que me interrumpen a media comida. Por eso me tardé en contestar. Regrésate a la casa, acaban de traer a tu hermana. Colgó. Ni chance me dio de decirle que el profesor es bien culero y que estaba a punto de reprobarme por faltas, pero su voz seca, claramente molesta, lijó todas mis dudas. Que se vaya a la chingada el profe, le tengo más miedo a mi jefa.

Teníamos como mes y medio queriendo saber dónde andaba Mar, mi carnala, mejor dicho, sabíamos que andaba con las alerías, unas viejas escuálidas que se dedicaban a rezar sin ser monjas del todo; sabíamos que andaba con ellas, pero no sabíamos el domicilio exacto porque siempre se cambiaban de casa y vivían de prestado. Las últimas veces que intentamos comunicarnos nos mandaban al buzón.

—Es que la madre superiora es la única que trae teléfono —me decía mi mamá.

—¿Y por qué chingados no las dejan traer celular? Si yo fuera Dios querría que mis agentes de ventas anduvieran al pedo, jefa.

—Cállate, Dolores, ya te dije que no me gusta que hables así. Son mujeres consagradas, sostienen el mundo con sus oraciones, no pueden distraerse.

—Ay, amá, esas son pendejadas, si Jesús regresara al mundo nos daríamos cuenta en Facebook o mi tía Rosario nos mandaría una cadena de WhatsApp.

Luego, mi jefa con su mano pesada como de albañill, ejercitada todo el día de hacer tortillas a mano, me soltaba un chingadazo.

Eran raras las cuasimonjitas. Se dedicaban a Dios, a hablar de él y te miraban como si supieran cosas místicas que nomás a ellas les habían dicho, con cara de “pobres pendejos, no saben nada de nada”, así como una monja, pero no eran monjas porque no habían hecho sus votos de castidad, obediencia y pobreza al obispo. Aunque no cogían,

obedecían a la superiora como zombies y eran pobres porque vivían de lo que las familias de las agremiadas les mandaban cada mes o lo que regalaban los parroquianos. Eran como monjas del Doctor Simi, monjas, pero más baratas. Era el barrio de las “Laicas consagradas”.

Desde pequeñas, nosotras habíamos ido cada domingo a misa, cada sábado al catecismo y cada año a la pascua, pero la verdad yo iba nomás para no ayudarlo a mi jefa a cocer el maíz para el pozole y para las tortillas que vende en el mercado del barrio. La opción era: levantarme temprano a limpiar el maíz y preparar el pozole, o despertarme dos horas más tarde para ir a misa a dormir otro rato. La suerte ya estaba echada. Ya en misa, me quedaba dormida desde la primera lectura y despertaba al finalizar la homilía. Así, ni Dios ni pozole. Dejé de ir porque un día, mientras yo roncaba en la banca de adelante, el padre se bajó del púlpito y en silencio llegó a mi lugar, me metió un coscorrón y me dijo que no era sitio para holgazanear, yo que ya andaba entrando en la adolescencia lo mandé a chingar a su madre y preferí dedicar los domingos a ayudarlo a mi jefa con el negocio, total si algo iba a saciar mi espíritu era el pozole y no la obleita que dan dizque en nombre del cuerpo de Cristo. Yo siempre he sido muy apetitosa.

Contrario a lo propuesto, mi mamá no me regañó y me adoptó como su pinche detrás de la olla, claramente le hacía más falta una ayudante que una religiosa, para eso tenía a mi carnala.

Mar no sólo siguió yendo a misa, sino que se hizo catequista y empezó a ir a retiros espirituales de la parroquia o a cualquiera que le invitaran. Un día le dijo a mi mamá que estaba convencida de dedicar su vida al altísimo y que había encontrado a unas mujeres que hacían labor comunitaria. Las monjitas chafas. Yo me alegré porque el cuarto en el que dormíamos las dos iba a ser nomás pa’ Micaelita y de Dios nomás iba a escuchar a la hora del rosario, ya nomás iba a tener una fanática en casa y no dos.

Al principio todo eran risas y diversión, pero poco a poco vi que mi amá se ponía triste porque no veía a mi hermana y cuando la veía parecía como si una cajera del banco le hubiera prestado la sonrisa o le hubieran secado el cerebro al sol. Empezó a decir que mi mamá tenía problemas con su oráculo interior y que debía liberar los ángeles que tenía aprisionados en el corazón, luchar contra los chacales del alma. Ese día antes de irse le regaló unos libros de superación personal y espiritual que las monjas vendían y se le quedó viendo un rato como con pena, como si la jefa estuviera enferma. Pinche monjita pedorra,

la enferma era ella, empezó a renegar del pozole y decía que las tortillas en exceso hacen daño; renegaba de lo que nos alimentó desde pequeñas. Incluso, en una Navidad se puso a preparar una comida que sabía a patas, quesque sudamericana. Ahí fue cuando corté relaciones exteriores. Una cosa es Juan Domínguez y otra que se meta con mi comida. Soy gorda. La comida es mi barrio. Soy la gorda, hija de la gorda del pozole del mercadito, para más señas. No me apena decirlo, ya suficientemente me he tenido que esconder toda la vida como para no disfrutarlo ahora.

Iba yo en esas cavilaciones cuando un pendejo casi me atropella. Desde morra ando en bicicleta y sé moverme bien en la ciudad. No falta el idiota que diga que estoy a punto de tragarme con las nalgas la bicicleta pero me la pelan los cánones de belleza occidentales, no soy Monica Bellucci en bici, soy una gorda en bici y soy Dolores la trailera. Cuando me recuperé del vaguido, le pedí respetuosamente al conductor tan poco avisado que se picara el orto y seguí mi camino a casa. Cuando llegué mi jefa ya no estaba y Chonita, una vecina que suele estar en todo menos en misa, me dijo que se habían llevado a mi dulce hermanita a la clínica Guadalupe. No entendí por qué la había llevado al hospital, pero lo que me desconcertó fue el por qué Chonita dedicaba mocos tan solidarios a mi carnala.

En carro se hacen 15 minutos hasta la clínica, yo llegué en seis porque las calles y mi bicicleta se aman con pasión y desenfreno. En la entrada ni me pidieron identificación, acá la familia es conocida, porque tengo varios tíos mamones que siempre quieren traernos aquí cuando hay una emergencia: mi abue enferma, un primo tarado que se cayó desde un balcón o algo similar; tienen el *timing* perfecto, saben a dónde llevarnos y desaparecen cuando tenemos que pagar.

Me arrimé en silencio a mi jefa, estaba recargada en una columna aunque había varios asientos libres afuera de urgencia. Luego de estabilizarla pasaron a mi carnala a terapia intensiva. Pudimos verla después de una hora, de pronto me dio la impresión que era la parte trasera de las bocinas que ponen en los bailes, conectada a chingo de mangueras y cables. Hacía tiempo que las monjitas la habían hecho adelgazar, pero ahora la regresaron hecha mierda. Si alguna vez fue una gorda con forma de juguito en bolsa, ahora habían dejado la bolsa toda apachurrada. Tenía la cara amarilla, sus ojos estaban ojerosos y la piel se le pegaba a las partes duras de su cuerpo; la bata que le pusieron le quedaba grandísima y se le salía un hombro, huesudo como de perro

callejero. En su piel había manchones y manchitas como de mugre de varios días. Los dientes le sobresalían como nunca. En lugar de brazos le habían puesto dos alambritos que terminaban en unos dedos flacos como de tijera. Nos estuvimos un rato calladas, escuchando la sinfonía pitadora de las maquinitas dramáticas de las películas. Mi amá se arrimó a la cama y se sentó en una silla de plástico cremita. Veía a su hija como regañándola, pero de sus ojos le colgaban tremendos lagrimones que le encharcaban la cara. Del coraje me le uní y entonces fuimos un dueto de lágrimas silenciosas, como *Las Jilguerillas del moco*.

Cuando la primera parte del drama se enfrió, la tripa me mandó un memorándum de que ya hacía un chingo de hambre, pero le regresé un escrito diciéndole que estaba ocupada descifrando la cara de pocos amigos que traía mi mamá. Espero un día poder ganarme la vida con lo que mejor sé hacer: intérprete de caras de mi jefa. Soy experta en entender qué pensamiento le va cruzando por la cabeza; creo que fue en la escuela en donde le enseñaron a que una señorita que se respete no anda diciendo todo lo que se le viene a la mente, incluso tiene su mantra personal: de un *no sé* y un *no ví*, no se escribe nada.

Freud estaría orgullosa de mí, porque por una retropulsión o alguna palabreja similar, yo nací con una propensión al chisme, por eso decidí estudiar comunicación. De ese modo, aunque mi amá no se quiera enterar de los *trending topic* del barrio, igual se entera por mí y lo que ella no me quiere decir yo lo interpreto de sus silenciosas caras, con tanta precisión que se espanta mi mirada como si se tratara de una mosca cada vez que me le quedo viendo. Por eso supe que mi jefa andaba soltando madrazos a alguien en su película interna.

Por la noche aproveché que mi tía Coco llegó a ver a mi hermana para ir por unos tacos de costilla. En la taquería me encontré al enfermero que atendió a mi hermana en urgencias, parecía traer antifaz pero era una línea natural que se le formaba con la afeitada en los pómulos y la uniceja que tenía. Le pregunté sobre Mar, me explicó que estaba tan desnutrida que había perdido electrolitos de manera prolongada y eso se había agravado dando pie a una falla renal. Algo parecido a una cruda bien cabrona con desnutrición severa. Entonces me entró una rabia que me puso a trabajar la tatemala al cien, iba a buscar a las pinches monjas para meterles una chinga por dejar a mi carnala en ese estado. Ya no me supieron a nada los tacos, pero iba a tener una noche larga maquinando qué hacer.

Por la mañana fui a buscar al Norteño, mi profesor de periodismo, a su cubículo. Me había decidido a usar las herramientas más cercanas a mi profesión para resolver el problema. Había sido un buen periodista cuando joven, incluso se corría el rumor que renqueaba porque había recibido un balazo en una cobertura en Monterrey, pero él y yo éramos mezcla que no pegaba; lo sabía desde inicios del semestre y lo confirmé al entrar. Si hubiera entrado por su puerta una popó gigante, el reportero jubilado hubiera mostrado menos desagrado.

—Profe, no soy su mejor estudiante, pero venía a...

—Ya está reprobada por faltas —me interrumpió.

—Sí profe, ya sabía, pero quería pedirle que...

—Si ya sabe entonces prepare su extraordinario.

—Es que lo que le quiero pedir...

—No voy a cambiar de opinión.

—Con una chingada, me deja hablar o ¿qué?

Puso cara de reñado, no es fácil hacerle frente a una chingonería como yo, una mujer de mis proporciones asusta hasta a Kapuscinski. Me hizo una señal afirmativa y escuchó lo que le conté de mi hermana. Le mencioné lo que sabía, lo que las monjitas piratas hacían y lo poco que había encontrado buscando información en internet y perfiles de Facebook; las pocas páginas que encontré sólo colgaban dos tipos de imágenes: oraciones montadas en fotos de paisajes boscosos y fotos de retiros espirituales, en estos saltaban, sonreían y vendían libros de autoayuda, familia y religión. No encontré ninguna dirección física. Al finalizar mi relato me dijo que tenía que meditarlo y me chistó al mión de manera muy elegante y académica.

No podía sentarme a esperar hasta que alguna idea se le ocurriera al cabrón del Norteño, así que decidí ir a buscar en la última dirección que recordaba de las monjitas. Perdí todo tratando de hacerme la simpática con las vecinas más enteradas del barrio, que a mi parecer deberían de recibir título *honoris causa* de periodistas, pues sufren la misma mala fama y corren similares peligros, pero apenas pasa algo de importancia y todo mundo las busca. Para mi cometido tuve que comprar dos empanadas a una señora que vendía lonches afuera de una escuela; comprar medio kilo de papas y dos de calabaza, para que dijera algo la abarrotera; tomarme un café, ayudar a cargar las bolsas del mandado y rezar un rosario con otra más para que soltara más información.

Al final me enteré de muchas historias que hubieran ocupado mi atención si no tuviera un foco más importante. En limpio pude sacar que:

- a. Las monjas compraban comida cada semana como para cuatro personas adultas, aunque había al menos tres veces más mujeres en la casa.
- b. Andaban todas vestidas con faldas largas y oscuras y blusas de color claro.
- c. Se habían cambiado de casa a mediados de mayo porque quien les prestaba iba a hacer un hostel por la alta demanda de hospedaje cerca del centro y
- d. Habían ido a rentar a un lugar cerca de las vías del tren. Eso era una noticia buena y mala: no tendría que buscar por toda la ciudad, pero las vías del tren pasan por 30 interminables kilómetros.

Cuando llegué con el Norteño, al día siguiente, me dijo algo que yo no esperaba: se le había olvidado por completo que yo había ido, es decir había tenido que revisar unos trabajos y justo ese día cumplía años de casado y había ido al Asador Brasil a comer. Estaba por mandarlo a la recontranorteña que lo parió cuando me dijo que se le ocurría que siguiéramos el rastro del dinero. Una de las máximas del periodismo es seguir el flujo de dinero para saber quién se beneficia con qué. No pocos reportajes se han hecho hurgando la basura y yo sabía muy bien en qué basura buscar: los libros de autoayuda.

Pasé a la casa y busqué los libros. Si hubiera nacido unos kilómetros más cerca de la zona nalga de la ciudad hubiera ido a la biblioteca de la casa, pero acá las revistas *TvNotas* se venden apenas las terminamos de leer y cuando yo quiero instruirme con los clásicos leo en pdf desde mi celular, por tanto no tengo biblioteca; tuve que abrir todos los cajones, sacar ropa vieja y buscar debajo de los colchones. En cualquier casa mexicana, que se precie de serlo, debe haber una alacena en donde se guardan chingaderas que nunca se usan como platitos, recuerditos de la boda de una prima o la oración a no sé cuál santo. Ahí encontré los libros: *Los seis chacales del alma*, *Soy feliz*, *Mi hijo es rebelde, voy a educarlo* y *Sanar con Dios*. Todos del mismo autor, Ubaldo Cuadra Mora.

Ya con la búsqueda de las monjitas había salido el nombre de este pelafustán, pero ahora me quedaba claro que había una relación más directa entre ellos. Ubaldo recorría países latinoamericanos dando conferencias y hablando sobre lo que a grandes rasgos podríamos clasificar como “Cursos para ser cristianos funcionales”. Había condenado en su momento a la teología de la liberación y por el contrario era

cercano a grupos que censuraban la homosexualidad, el comunismo o cualquier cosa que le pareciera muy moderna como el internet. Se publicitaba en redes sociales desde perfiles desechables que sólo se usaban para un evento a la vez. También hallé un par de quejas en *apestan.com* sobre unas conferencias que se habían pagado en Perú y a las cuales nunca fue. Algunas cosas que me lo pintaban de frente: era un timador, un ladrón, peor aún, era un coach de autoayuda.

Al revisar varios videos encontré a una entusiasta chica regorde-ta que agradecía a Ubaldo por la creación del grupo de Laicas Consagradas. Se me heló la sangre, el muy cabrón había llevado el concepto de *monja* hasta el extremo, haciendo un grupo exclusivo de mujeres cuya única función era vender sus libros sin retribución salarial alguna. Entonces supe quién recibiría mi puño vengador.

A falta de más carne que rascar empecé a husmear en los perfiles de quienes daban like a las publicaciones. Ya había apostado a que no iba a encontrar algo sustancial cuando llegué al perfil del grupo de la Parroquia de san Juan Bosco. Un par de adolescentes, una tarada de brackets y un idiota de lentes, daban, en una transmisión en vivo, los detalles de la Romería de la Asunción, algo así como el parade del orgullo católico en Aguascalientes. Daban, además, rutas, parroquias participantes y los invitados especiales: un cantante de trova religiosa, un hombre sin extremidades que daba pláticas motivacionales y Ubaldo Cuadra Mora, escritor destacado.

Monté mi bicicleta y me dirigí al centro. Cerca de la Alameda encontré al contingente que se preparaba para desfilarse. Habían empezado hacía unos 45 minutos, pero aún faltaba casi la mitad de los participantes. Intenté buscar al cabrón entre tanta gente vestida de santos, vírgenes e idiotas con guitarra cantando y echando porras. No había ni pista. Todos tenían cara de timados, ninguno cara de timador. Vi a un gordo que parecía entrenador y vociferaba órdenes, supuse que él era organizador y pregunté con mi voz más idiota y falsamente piadosa dónde estaba el carro alegórico en el que iba Ubaldo. No puso mucha atención pero me indicó que era de los primeros que habían salido y su carro era azul con blanco: los colores de la virgen. Intenté moverme en mi bicicleta pero entonces otro de los organizadores me dijo que tendría que caminar, por el evento estaba prohibida otra forma de movimiento.

Y ahí tienen a esta gorda corriendo. No hay cosa peor que una gorda corriendo. A mí me vale madre si no les gusta lo que ven, lo

que me molestaba es que no soy la misma sin mi bicicleta. Permiso. Permiso. Señora no intento meterme. No, señora, me vale madre el carro alegórico. Métase su romería en el culo. Yo ando buscando un cabrón que va hasta adelante. Permiso. Permiso. Perdón. Permiso. Entre cada rebote pude entender que no soy nada mala corriendo pero que con tanto estúpido esperando ver un desfile religioso es casi imposible. Tremendo pendejos. Hay gente que aparta lugares con sillas. Hay gente que renta esos lugares. Y hay gente que paga por esos lugares. No cabe duda que siempre hay dinero por donde pasa Dios. Aunque intentaba saltar de vez en cuando no lograba ver nada. Y las señas que me dieron no podían ser más pinches, todo era azul con blanco. Seguí corriendo diez minutos más. Casi al llegar a la plaza principal vi un carro completamente blanco con una biblia enorme con un hombrecito vestido de azul saludando, era él. Cuando estaba por acercarme se bajó del auto y llegó hasta el estrado en donde estaba el obispo y el gobernador saludando. Los tres entraron a Catedral guarecidos por cientos de feligreses y varios guardaespaldas. No hubo forma alguna de acercarme a Cuadra Mora, estuvo a un lado del gobernador durante toda la misa. Hora y tres cuartos. Al terminar entraron a la sacristía. Yo estaba dispuesta a armar un numerito en el que le diría hasta de lo que se iba a morir pero un sacristán me cortó el paso. Le pedí me dejara entrar porque quería la bendición para mis libros. No hubo respuesta positiva. A un lado de nosotros había un pequeño altar y pensé lo más rápido posible, tomé un florero dorado y le dí lo más fuerte posible, él se agachó de dolor pero estuvo lejos de perder el conocimiento. Putas películas mexicanas setenteras, me enseñaron que era más fácil mandar a dormir a un vato.

Logré entrar a la sala. Obispo, gobernador y Cuadra estaban sentados en un escritorio. Platicaban. No recuerdo muy bien los detalles pero apuesto a que estaban haciéndose unas líneas de coca, eso o estaban viendo unas fotos. Yo a punto de soltar mi discurso acusador sentí un repentino dolor, como si me hubieran jalado por dentro y me sacudieran, algo parecido a los toques, toques de la feria. Mientras caía pude ver al guarro que me atacó con una chicharra.

Desperté en la clínica Guadalupe. Mi jefa fue a verme hasta el día siguiente. Ahora tenía a dos hijas en el hospital por culpa del mismo cabrón. Cuando me recuperé visité a mi hermana, se encontraba poco mejor y despertaba a ratos; me dijo que Dios nunca abandona. Se refería a que la cuenta estaba pagada. Un impersonal licenciado había

hablado con mi mamá y le habían dado a elegir, si guardábamos silencio pagarían la cuenta de mi hospitalización y la de mi hermana hasta recuperarse; si por el contrario decíamos algo sobre Cuadra Mora, el obispo o el gobernador podrían demandarnos en el mejor de los casos o desaparecernos si se nos hacía más cómodo.

Las monjas se fueron de la ciudad. Ubaldo vive ahora en Paraguay. Mi hermana se recuperó aunque sigue usando medicamentos diuréticos. Mi jefa va cada vez menos a la iglesia. El Norteño me pasó en el extraordinario con siete cuando le conté mis peripecias, aunque había reprobado. Yo he estado vendiendo pozole como endiablada y ahorro todo lo que gano, estoy buscando comprar un boleto a Paraguay.



# La versión del Charly

Arlette Luévano

El Bambi era el que estaba armado en asomarnos a la casa abandonada. Yo nomás fui por las chelas. Íbamos en su carro, Juan era el copiloto, atrás estábamos el Güicho y yo. Hablaba mucho, como que quería asustarnos con cosas de miedo que según él le habían pasado, pero yo iba vaciando las latas y viendo las luces por la ventanilla.

La casa estaba cerca de la Alameda, siempre había coches pasando a cualquier hora por la avenida. Nosotros nos estacionamos atrás, para no llamar la atención, y nos colamos a la propiedad por una malla. Todavía en la maraña que era el jardín se oía mucho ruido del tráfico, pero una vez que entramos a la casa dejamos de escuchar todo. Allí no pasaba nada de luz, ningún sonido. Eso me dio más miedo que todo lo que venía contando el Bambi.

—¿Quién trajo la pinche linterna?

—¿Cuál linterna?, no mames.

—Pues así no vamos a ver ni madres.

—Ya, güey, así con los celulares —dijo Juan y su celular estaba tan chafa que apenas si alcanzábamos a vernos las narices.

—Güey, mejor hay que intentar hacer una fogata.

Ahí, el Bambi le quiso hacer al maguiver y se agarró frotando unas piedrillas. El Güicho encendió un cigarro.

—No seas mamón, Luis, aquí batallando y tú con tu fuego.

El Juan jaló unas cortinas y las hizo bolita. Prendieron bien chido, y nos dimos cuenta de dónde estábamos. Parecía un salón de baile, así como las pelis viejas en blanco y negro, yo no sabía que esas cosas existían. El lugar estaba peor de lo que habríamos imaginado. Algunos muros se habían caído, había vigas y piedras por todos lados.

—Pues no le veo lo chido al lugar, les dije, pero nadie me peló. El Bambi estaba en la lela mirando para todos lados.

—¿A poco no está cabrón el lugar? Me echo unas chelas y nos asomamos más, ¿no?

—Tú apenas te la vas a echar y yo ya la voy a devolver, les voy a dejar mi firma aquí en una piedra.

—Pero hazte para allá, pendejo, no vayas a salpicar ni apagar el fuego.

—Chillones

—Puto

Juan se fue para un rincón y nos quedamos callados. Nomás se oía el chorruto. Pinche silencio tan culero. Creo que ahí es donde sentimos también el frío. Como una lengüita helada que nos lamía la piel.

Juan no volvía. Nosotros mirábamos el fuego, como hipnotizados, como queriéndonos meter en las llamas para protegernos.

—¿Qué, güey, ya te congelastes?, ¡Juan!, ¡sordo!

—Vengan a ver esto —dijo, y sentimos un brinquito en el pecho, como que no queríamos ir, pero fuimos.

Juan estaba de espaldas cuando nos acercamos. El muy cabrón se volteó hacia nosotros, sin avisarnos, en los segundos más largos de mi vida. Dos gotas de sangre le chorreaban por la cara y tenía los ojos bien abiertos, como pinche espanto de película. El Bambi se fue atrás, el Güicho se quedó en la mensa y yo me le fui sobres a pendejearlo. No soy yo, no soy yo, empezó a gritar, miren allá arriba. Yo no veía ni madres, pero el Güicho apuntó con su celular. En el techo, justo donde estábamos parados había una manchota negra. Vimos cómo una gota se desprendió y le cayó al Bambi en el hocico. Gritó como si le hubiera quemado y empezó a llorar. Juan lo agarró de los hombros, cálmate, güey, cálmate. El Güicho agarró un palo para acercar fuego a esa esquina. La mancha era una gotera de sangre, sangre fresca que no paraba de manar.

—Cállense, chingao. Vamos arriba a ver qué pasa.

El Bambi se calló, pero no dejaba de temblar. Se le doblaban las patitas. Juan le quitó el palo a Güicho y buscó las escaleras. Yo había dejado mi lata cerca de la fogata. No ven pelis estos cabrones o qué, pensé, pero de todos modos seguí a Juan, el Güicho a mí y el Bambi le corrió poquito, no mamen, no me dejen solo, chilloteaba.

Ya nomás se escuchaban nuestros pasos retumbar. Llegamos al segundo piso cuando un aircito nos apagó la llama que llevábamos. El Bambi se bajó hecho la mocha y se regresó al fuego. Güey, güey, gritaba, ya vámonos. Pinche mitotero, para eso me gustaba. El Güicho se nos quedó viendo y nomás alzó los hombros y se bajó el pendejo. Ni modo que yo dejara a Juan, que siguió avanzando como hipnotizado.

—Cómo ves a estos coyones, primero chingue y chingue que la casa embrujada y luego...

Una puerta se azotó delante de nosotros y luego se volvió a abrir. Otra vez el pinche frío, pero más culero. Haz de cuenta que a Juan le dijeron: ven, porque avanzó más decidido. A mí se me doblaban las patitas como al Bambi, pero me agarré de la chamarra del Juan y lo seguí. El güey entró a la habitación y yo me quedé unos pasitos atrás. Y la pinche puerta se me azotó en las narices.

De ahí todo pasó bien rápido, no sé qué fue primero y qué fue después. Pinche olor a quemado y humo, y gritos de los dos maricones desde abajo y yo golpeando la puerta y pateando y llamando al pinche Juan y unos vidrios que se rompieron y un pinche desmadre. Sí corrí, tuve que correr, se me figuró que él podría por la ventana. Pero ya no lo vi. Lo hallaron colgado de un árbol al día siguiente, en el jardín de la casa chamuscada.

Cuando comencé a ver al fantasma de Juan en mi casa me dio un chingo de tristeza. Ni me decía nada el pobre, nomás estaba ahí sentado en la silla junto al ropero. Le dije a mi abuelita que si le mandaba hacer su misa o algo, porque a mí nomás no me salía la rezada. Pero no era eso lo que quería el Juan. Se me tuvo que aparecer también en sueños para que entendiera. Soñé con aquella noche, pero veía al Güicho parado en medio de la hoguera que luego se hizo incendio, con una mirada de pinche loco, luego estaba yo pateando otra vez la puerta, nomás que ahora sí la podía tirar, y la habitación ésa no era la habitación ésa sino mi cuarto y entonces se abrió el ropero y salía una mano negra y me jalaba para adentro. Todo el desmadre para que Juan me dijera que quería que le hiciera al detective.

Hasta eso que luego luego que dijeron los polis que era suicidio no les creí. Están bien pendejos. Yo no sabía qué pensar, o a lo mejor sí me creí lo de la casa embrujada. Bueno, es que sí estaba embrujada, yo digo, pero eso era otra cosa.

Le dije al Bambi que deberíamos asomarnos de nuevo a la casa, para ver con nuestros propios ojos cómo había quedado todo. Pero el Bambi, pos por eso era el Bambi, bien miedosillo me dijo que él nunca volvería allá, que así estaba bien, que lo dejáramos. Claro que no le dije del fantasma del Juan ni nada, ni diciéndole que yo pagaba el six lo convencí.

De la casa del Bambi ya iba yo a la del Güicho, pero justo en eso me llamó mi abuelita que fuera con ella. Hasta eso mi abuelita no es

latosa ni nada, hasta me extrañó que me llamara, y me fui para allá, no fuera a ser. Y llegando que me la encuentro en la sala, con el rosario en la mano y la carilla toda apachurrada.

—¿Qué pasó, abuelita?

—Se me hace que tu amigo va a necesitar más misas, m'ijo. Eso o un chamuco se metió a tu cuarto.

Pero sí, era el Juan el que me había hecho un tiradero, pero él nomás seguía sentado en la silla, a lo mejor mi abuelita no lo pudo ver. Un cagadero de papeles y fotos en el piso y en la cama como todas pisadas, así ya para tirarse. Pero sí le entendí, al Juan, que algo quería que viera. Entré con cuidado y me fijé.

Ahí, junto al ropero, casi a los pies transparentes de Juan, había una foto de los cuatro, pero el Güicho tenía un tizne en el pecho. Le iba a decir: chingao, Juan, háblame clarito, pero ya no estaba. Me senté en el suelo para ver y ver la foto. El Bambi, todo dientón, me abrazaba a mí y al Juan. A la izquierda, Güicho con su cara de hueleacaca. Bien mecenos nos veíamos todos. Entonces me di cuenta de algo que no había mirado antes. O bueno, sí la había mirado, pues, pero no me había caído el veinte. El Juan siempre llevaba la crucecita de oro que le dio su jefe, que seguro sí era de oro del de adevis. ¿Se la habrá quedado la poli?, pensé.

Le hablé al Güicho, pero me mandaba a buzón. Marqué a su casa, nomás para no salir y dejar a sola a mi abuelita que seguía a rece y rece. Me contestó la Mary.

—Pa qué le hablas aquí, ya sabes que nunca está.

—Pos es que no entra la llamada.

—Qué es urgente o qué.

—No, nomás se me hizo raro, ¿no sabes dónde está?

—Ya sabes que nunca avisa. Hasta que hacen su desmadre nos enteramos dónde andan. ¿Ya quieren ir a armar otro incendio o qué?

—Qué va, Mary, si yo no me llevo así contigo. Eso fue un accidente.

—¿Y no le estarás marcando al número viejito?

—Achis.

—Güey, ¿no te dijo que trae nuevo celular? Bien vergas.

—Pásamelo, ¿no?

—Tas pendejo

—No, en serio, pásame su número pa echarle carrilla.

Hasta eso que la Mary sí me lo pasó, si nomás le gusta hacerse del rogar. Pero antes de llamarle al Güicho pensé en darme una vuelta

a la casa del Juan, sirve que me llevaba a mi abuelita para que le diera el aire y no se agüitara.

Fuimos en la mañana y parecía que no había nadie. Mi abuelita le gritaba, Chelito, Chelito, soy yo. Y se oyó que doña Chelito arrastraba las chancas, pero no nos abrió la puerta. Nomás sabe qué le dijo a mi abuelita que pegó la oreja a la puerta. Voy a rezar por usted, Chelito, otro día vengo. Y pos nos regresamos así nomás.

—¿Qué le dijo, abuelita?

—Que no necesita nada, mijito. Que está cansada de las visitas.

—¿Cuáles visitas, abuelita?

—Se me hace que Chelito ya anda mal de su cabeza.

A veces mi abuelita es así de intrigosa, no dice las cosas completas, ha de pensar que vive en una telenovela. Lo suyo es la rezada. Y el mole de espinazo.

—Había de hacer mole, abuelita.

—¿Andas de antojo? ¿Con tantos sustos? Ándale pues, vamos al mercado.

Fuimos hasta la Puri, porque allá es marchanta mi abuelita desde antes de que yo naciera y todavía hay quien se acuerda de ella. Mientras mi abuelita me compraba lo del mole, me puse a babosear por ahí. Y que voy viendo al Juan, al otro lado de la calle, junto al mono del Ezequiel A. Chávez. Pegué la carrera, pa ver qué quería, antes de que se esfumara como la otra vez. Pero choqué de panza con don Javier.

—¡Epa! Pos qué prisa traes, chamaco. Ni que hubieras visto un fantasma. —Es que, yo, no, este, yo, venía...

Y que le voy viendo la crucecita del Juan brillando en su peludo pecho. Como me apendéjé y no dije nada, me tiró de a loco y se fue, chacoloteando las botas, como siempre. Me regresé con mi abuelita.

—Oiga, abuelita, ¿don Javier seguirá prestando dinero?

—Ay, mijito, por qué sabes tú esas cosas, ni te juntes con esa gente, nomás saluda como te enseñé, pa que no se sientan, pero puras cosas malas pasan con ese señor. ¿Sí me oíste, mijito?, no se te ocurra deberle nada a esa gente, que son de armas tomar.

Hasta el hambre se me había quitado, pero ni modo de hacerle el feo al mole de mi abuelita. Ya buscaría luego al Güicho.

Y yo creo que el Güicho ya se las olía, porque en cuanto vio que yo era el que estaba tocando la puerta, se salió por la ventana de la cocina y casi se rompe su madre. Nomás porque ando bofo, si no lo hubiera pepenado ahí mismo de las greñas, pero alcanzó a meterse por

la privada, mientras yo sentí que me brincaban los restos del mole de espinazo y me crujían las rodillas por querer correr así de la nada. Pero ni modo que me fuera a ganar, así que le aventé puras mentadas para que no se fuera limpiecito. Y sí me oyó el güey, pero también todos los vecinos, tons cuando vi que asomaban las cabecillas empecé a gritar: agárrenlo que es ratero, y un don que estaba adelante se le dejó ir.

Pinche Güicho, se trepó como gato a una azotea para que no lo hiciéramos sängüich. Y ahora sí, desde la azotea se sintió muy seguro y me gritó: Me la pelas, pinche Charly, y pintó güevos. Ah, pero las rezadas de mi abuelita me salvaban aunque fuera bien pinche ateo, y la doña de la casa donde se metió me dejó pasar para treparme chido por la escalera.

Yo pensé que ya ni lo iba a alcanzar, nomás me quería asomar a ver por dónde se había pelado. Y ándale que ahí estaba el Güicho, con la bocota abierta, parado a la orilla de la azotea. Ni me veía a mí, el cabrón, sus ojos se hinchaban como queriendo traspasar las nubes. Volteé para saber qué lo tenía todo pendejo: ahí estaba el Juan, sentadito sobre el tinaco, callado como siempre, pero apuntando con el dedo podrido hacia el Güicho.

—¡Fuiste tú, pendejo!, le grité, pero el Güicho sólo se puso todo gris, como desdibujado, y se cayó de a tabla, hacia el vacío.

Cuando uno se salva no se salva del todo. Se te pega una amargura negra, como cochambre, y en la mente se te reborujan las cosas. Todavía no me acuerdo cómo fue que salimos del incendio de la casa abandonada, nomás Juan ya nunca salió. Luego, a la mañana que lo encontraron colgado, en las ruinas y dijeron que había sido suicidio, no sé cómo el pinche Güicho, aprovechó la confusión para robarle la crucesita. O no sé si se la robó antes o después. O si él lo mató o no. Pero sí supe que se la dio a don Javier a cambio del celular. Tan pendejo. Cuando se cayó de la azotea el celular quedó hecho mierda como él. Yo dejé la azotea toda vomitada y desde entonces que no se me ha vuelto a antojar ningún mole.

Sí vi al Juan de nuevo, en la silla, calladote. Pero le dije: ya, cabrón, yo qué culpa tengo. Y me fui con mi abuelita a rezar, ora sí para aprender, ya para que descanse y descansen todos. Sí era mi amigo y todo, pero ya no lo quiero ver.

A lo mejor me estoy volviendo como el Bambi.

# El último caso: La nariz escarlata

Daniel Mosqueda

Terminé de acomodar los papeles sobre el escritorio. El librero parecía estar en orden. Limpié el arma, la cargué, la sostuve con mi mano derecha y comencé a levantarla mientras pensaba si colocarla en la boca o la sien. La nuca me pareció mejor idea, un orificio de salida que me dejara sin rostro. En ese momento sonó el teléfono, ¿en qué momento me dejé vencer y decidí comprar un celular? Respondí, tomé mi gabardina gris, para más velocidad me puse la máscara de El Rayo de Jalisco, me calcé el sombrero y salí a la calle. Un Payaso había perdido su felicidad.

Lo encontré sentado, sin hablar, vestido a rayas blancas y negras. Parecía estar atrapado en una caja de cristal, ver su figura asfixiaba. Su rostro era totalmente pálido. Le faltaba su nariz, su felicidad, y se negaba a salir a función sin ella. El Teatro Morelos lo esperaba esa noche con las entradas agotadas. Era el productor quien me había llamado preocupado por perder el ingreso que generaban las entradas y dañar su imagen. Me pidió que guardara silencio, no sólo por ellos, por su prestigio, sino porque quién sabe lo que podría pasar si esa nariz caía en el rostro equivocado. Teníamos que comenzar con la reconstrucción de los hechos pero se negaba a hablar, así que le pedí me lo dijera con señas. *No soy un mimo*, respondió por fin, *payaso, soy un simple payaso*. Había ido la noche anterior a un brindis en su honor llevando la nariz en el estuche que siempre llevaba con él. De ahí se dirigió al hotel y al día siguiente, cuando abrió el estuche, la nariz había desaparecido. *No tiene caso que la busque, debe estar muy lejos ya, jamás la encontraremos. No tiene caso ya*.

Era el momento para El Gran Sabio. En el elevador, dando la espalda a la cámara me cambié la máscara por la de Tinieblas. Pedí las grabaciones de los pasillos en el hotel. Nadie, además de él, parecía haber entrado en esa habitación. La ventana de su habitación daba a la avenida Madero, a diez metros de altura sobre la recepción. Era imposible entrar por ahí sin ser visto, en caso de que se lograra llegar a ella. Debía buscar en otro lugar.

Llegué al vestíbulo del teatro, el lugar donde se había llevado a cabo el brindis. Quizá parezca obvio, pero en ocasiones buscar el objeto en el lugar donde se perdió puede ser la respuesta. El lugar estaba cerrado así que tuve que entrar por la parte trasera del teatro. Los tramoyas dijeron que nadie había ido a limpiar aún y ellos no se habían acercado porque les cobraban las copas rotas. Crucé el escenario, el pasillo entre las butacas y llegué al vestíbulo. Había aún algunos canapés sobre charolas con mantelitos de papel, copas con vino a medio terminar, y un letrero de bienvenida que colgaba sobre el lugar. Busqué debajo de la mesa de bocadillos, entre las cajas de vino, las botellas vacías, pero no había nada. El caso se estaba volviendo más complicado de lo que creí en un inicio y ¿por qué si esa noche había función no habían limpiado? Algo no olía bien, había un cabo suelto que no lograba encontrar para poder atarlo. Tomé un canapé de queso con pepperoni. Aún sabían bien. Busqué una copa limpia para servirme vino pero no había, así que tomé una botella medio llena y bebí directo. Tomé otros cinco canapés, los envolví en una servilleta y me los metí en el abrigo. Cuando daba otro trago al vino, ya algo avinagrado, vi una silueta que me miraba desde fuera, a través de cristal. Corrí hacia ella pero las puertas estaban cerradas. Crucé el pasillo de las butacas, el escenario, salí por la puerta trasera y rodeé el teatro. Al llegar ella ya no estaba. Ni siquiera había podido verla bien, sólo recordaba el par de ojos gris oscuro mirándome, el delineador al estilo *cat-eye*, las cejas oscuras sobre ellos, la piel blanca. Si la volviera a ver ¿podría reconocerla?

En la carrera había olvidado la botella de vino y cerrado la puerta tras de mí. Creí que volver a tocar por solo unos tragos no valía la pena, así que me dirigí al bar a unas calles donde podías comprar una Tecate familiar por cuarenta pesos. Entré al bar de mesas rojas, iluminado con series navideñas en los techos y me senté en una mesa de lo que antes debió ser el patio central de una casa. Pedí una Tecate, lo más barato del menú. Saqué los canapés y los puse sobre la mesa. La mesera regresó con la botella y un tarro, puso cada uno sobre un portavasos y me dijo que no podía comer eso ahí. Tenía ojos claros, cejas castañas, piel sonrojada. No era ella. Envolví los canapés nuevamente y los guardé en el abrigo. Ella se fue, regresó con un molcajete de plástico lleno de totopos y los puso junto a mí. Pensé que sería un buen lugar para dejar los canapés, una vez vacío, y hacerlos pasar por un platillo del lugar.

Eran ya las cinco de la tarde y no tenía una sola pista sobre la nariz, lo único que había conseguido era la imagen de esos ojos que no sabía si estaban relacionados o no, pero que quería encontrar a toda costa.

A las seis de la tarde la gente comenzó a llegar en grupos de cinco. Las mesas se ocuparon, gente bebía sentada en la jardinera, recargada sobre los pilares. Entonces la vi, delante de una cortina de terciopelo rojo tras la cual se encontraba el acceso a la bodega. Me miraba fijamente y bebía una Indio. Bebiendo esa marca me pareció más joven de lo que recordaba haber visto tras el cristal. La zona tenía poca luz, lo único que se podía ver era la mano que sostenía la botella y el par de ojos que tenía ya grabados en mi mente. Debía medir uno sesenta, quizá un poco menos. Me eché el último canapé en la boca, vacié lo que quedaba de la caguama en el tarro y me dirigí hacia ella. *He estado viendo que me estás viendo*, le dije. Ella sonrió, sus labios eran rojos, perfectamente delineados. *Payaso con careta de alegría, pero tengo por dentro el alma rota*, dijo, para después salir tras la cortina. Tardé unos segundos en reaccionar, otros más en terminar la cerveza, y salí tras de ella. Caminaba por la calle Nieto rumbo al teatro. Daba algunos pasos par después voltear y asegurarse de que la seguía. Caminó todo Madero y dió vuelta para llegar a Mi Cantón bar. Deberían ser las seis treinta, no quedaba mucho para la función, un par de horas. La seguí al segundo piso y se detuvo sobre la mesa de billar. Me miraba aún sonriente, con una mano sobre la mesa, esperando mi llegada. Me detuve a un par de pasos de ella. Tomó la bola de billar roja, lisa, extendió su brazo para dejarla lo más alto posible y la azotó contra el suelo. La bola se partió en dos, un trozo más pequeño cayó sobre los burros de chicharrón de alguien que bebía en la barra. Vi las dos mitades de la bola junto a sus pies. Vestido de terciopelo negro, medias rojas, zapatos de punta negra con tacón del cinco y junto a ellos la bola partida en dos. La bola estaba hueca, dentro de ella brillaba la nariz. Rojo sobre rojo. *Mierda*, dije. *El problema no es dónde está, sino quién la puso aquí*, dijo ella. Miré a mi alrededor, las mesas nos miraban interrogantes. En una de ellas se encontraba el productor, sobrio y gris. En otra mesa se encontraba el teatro con sus tramoyas, en una más el dueño del hotel y, finalmente, los meseros del brindis. Todos parecían sospechosos en aquel momento. Tampoco ella estaba descartada, podría tratarse de un engaño, ser una réplica de la nariz. *Cierren este piso*, le dije al mesero y le pedí un tarro de cerveza oscura. Ella pidió una Negra Modelo. Me senté de modo que

podiera ver a todos los involucrados, eran ya las siete, tres horas para el evento. ¿Quién de ellos tendría los motivos para robarse la nariz? ¿Quién sería tan mezquino como para quitarle a alguien su felicidad a un payaso? ¿Para privar de ella a un estado con años en los primeros lugares de suicidio y tristeza? Bebí un trago. La cerveza estaba tibia, el caso se estaba enfriando. *Vamos a aborrrar tiempo y haremos el interrogatorio al mismo tiempo. Digan sus nombres, qué hacen aquí, su coartada, qué estuvieron haciendo anoche, por qué deberían ser considerados inocentes, ¿vieron algo que no hayan dicho?*

*Productor, estamos planeando cómo sacar a flote el evento. Nosotros lo trajimos, somos quienes queremos esto para la gente, incluso más que él. Nos urge disminuir la tristeza y aumentar la felicidad en el estado. -¿Y acaso eso no sería un buen motivo para robar la nariz? -Sí, eso sería un buen motivo, pero para eso lo trajimos a él. Nosotros no podríamos usarla públicamente, ni sabríamos cómo usarla.*

*Teatro, tramoya uno, tramoya dos, asistente de tramoya, estamos terminando de ajustar los detalles de iluminación y tiempos del espectáculo, el guion de luces. Anoche terminamos durmiendo juntos en el teatro. Esperábamos que el payaso llegara después del brindis para la prueba de luces y sonido, pero jamás llegó. -¿Alguien fuera de ustedes lo puede confirmar? -No.*

*Dueño del hotel, vengo a deslindar responsabilidades de mi hotel respecto al extravío de la nariz que tiene frente a usted. Anoche estuve en la recepción. Lo puede usted comprobar en los videos que le entregamos. Puedo asegurarle que esa nariz jamás llegó al hotel.*

*Mesero uno, mesero dos, mesero tres, venimos a que nos paguen y nosotros tampoco fuimos. ¿Cómo saben que esa nariz llegó al brindis? Quizá ni llegó al estado. -El equipo del señor Payaso confirmó que la nariz se empacó, debió llegar. -Pues no sabemos qué pasó. Además esa noche fuimos a un evento posterior, unos XV años en el Andrea Alameda. Seguro debe haber algún video de la fiesta.*

*Esmeralda, me estabas siguiendo, vengo a mostrarte la verdad. -Demonios. ¡Mesero, otro tarro! ¿Y cuál es la verdad? -Puede parecer obvio, pero a veces buscar el objeto en el lugar donde se perdió puede ser la respuesta.*

Dentro de las mitades de la bola la nariz resultó ser una réplica de azúcar que se comenzaba a disolver como las pistas, el tiempo, la vida.

Las ocho de la noche, dos horas para la función. Regresé con Esmeralda al teatro con las llaves entregadas por los encargados. Le había prestado la máscara de Fuerza Guerrera, le iba bien. Cruzamos el vestíbulo, abrí las puertas para entrar al área de butacas dejando entrar la luz. Miré el telón de terciopelo, rojo, inmóvil, como la tela que

se encontraba detrás de Esmeralda en el bar. La miré y sentí la sonrisa bajo la tela roja y azul de su máscara. Sus ojos grises se habrían mostrándome la verdad. El telón, sus pequeñas velosidades, los cordones dorados, todo brillaba ante la luz artificial del vestíbulo pero justo en el centro algo brillaba con mayor intensidad. La nariz escarlata, la felicidad del Payaso. Caminé sonriendo por el pasillo cuando comenzó a sonar la música un órgano. Giré la cabeza sin localizar a nadie hasta que una carcajada me indicó la dirección. Esperaba ver a alguien de traje con media máscara blanca y capa pero en lugar de eso me encontré con un civil que usaba una de mis máscaras, Dos Caras. El sujeto se encontraba en uno de los palcos y haciendo uso de una gran habilidad circense, apoyándose en uno de los cordones gruesos del telón, se deslizó hasta el foro, tomó la nariz y huyó. Sentí que la escena se repetía, pero esta vez sin vino ni canapés. Había olvidado buscar más al entrar en mi euforia por encontrar la nariz. Corrí hacia el escenario y Esmeralda lo hizo hacia el vestíbulo. Alguno de los dos debía alcanzarlo. Abrí con ambas manos el telón, de un salto intenté llegar al foro pero caí sobre mi abdomen. Deseé haber tenido puesta la máscara de Blue Demon. Me repuse, subí, y mientras bajaba las escaleras lo vi perderse por la puerta trasera hacia la calle. Pero no me di por vencido, corrí tras él. Pensé que quizá la gente que circulaba por el Patio de las Jacarandas lo detendría, pero él los esquivaba hábilmente y los usaba en mi contra. Una mujer con abrigo rojo intentó evitar ser golpeada por él en su carrera y tiró las salsas de un puesto de burritos. Me hubiera gustado llevar un *teaser* o una pistola en aquel momento para detenerlo, para abrirme paso entre la gente, un estruendo que los agachara a todos, pero jamás la sacaba de mi cajón. Cuando estaba a punto de llegar a un círculo de gente que se arremolinaba en torno a artistas callejeros, vi que Esmeralda estaba a punto de alcanzarlo. Él también la vió y decidió arrojar la nariz contra ella. Esmeralda, para evitar que cayera y se estropeará, paró la persecución y se convirtió en receptora. Qué bien lo hacía, y sobre esos tacones. ¿Cómo resistían sus tobillos? Mientras reflexionaba al respecto Dos Caras ya se había metido entre la gente y lo siguiente que vi fue la máscara volar sobre ellos. Ahora era solo un civil más con ropa totalmente olvidable.

Regresé al hotel, todo estaba claro en mi mente. Aún quedaba una hora para que el teatro abriera su telón. Habíamos enviado fotografías de la nariz al productor y él llegaría al lobby para entregarle el dinero a Esmeralda. Ella se había quitado ya la máscara. Me dijo que

me esperaría en el *lobby* mientras yo subía, no había tiempo que perder ya. Yo tenía que afrontar la verdad. Entré al baño y cambié mi máscara por la de Super Muñeco. La puerta de la habitación me esperaba abierta, invitándome a entrar. *Dicen que soy un payaso, que estoy muriendo.* Ni siquiera mi miraba, se encontraba sentado en el borde de la cama, con la mirada a la ventana en la que las cortinas flotaban por el viento de la noche. *Voy de fracaso en fracaso, buscando valor en el fondo de los vasos.* —

—*Señor Payaso, es hora de que vaya a función.* —*¿A función? En la pista fatal de mi destino, soy comparsa que juego con mi vida pero siento que mi alma está perdida.* *Payaso, soy un triste payaso, que oculto mi fracaso con risas y alegría que me llenan de espanto, ¡un triste payaso, en medio de la noche me pierdo en la penumbra con mi risa y mi llanto!* —*Vamos, Ridi Pagliaccio.* —*¿De qué sirve dar alegría a la gente cuando tu vida esta muerta? Lo he dado todo, ellos se han quedado con la alegría que tenía. Se agotó, no hay más. Mientras estoy preso del delirio no sé lo que digo o lo que hago y sin embargo tengo que hacerlo.* —*Esfuérzate, ¿Acaso no eres un hombre?* —*Lo era, queda poco de eso. Ya no soy un hombre, ni soy un payaso.* —*Tú eres payaso, ponte el traje y empólvate la cara, la gente paga y quiere reír aquí, y si el arlequín te quita el sombrero rie payaso y todos aplaudirán.* —*¿Pero y a mí? ¿A mí quién me hará reír? ¿Quién me traerá alegría? ¿Dónde está mi payaso? No quiero ser esto más.* —*Uno no es lo que quiere sino lo que puede ser.* —*Dices que soy un payaso, ja, un payaso. No tengo ni valor para pegarme un balazo.* *Payaso, no puedo soportar mi careta, ante el mundo estoy riendo y, dentro de mi pecho, mi corazón sufriendo.* —*Te entrego la nariz, mi trabajo está hecho, la función debe continuar.*

Eran las diez de la noche. Esmeralda y yo habíamos comprado unos burros y una botella de *whiskey* con el dinero del caso. Ella lucía su cabellera y yo la máscara de plata. El telón debía estarse abriendo mientras yo miraba sus medias rojas, sus labios de rubí, los ojos que me habían dado la primer pista. En su habitación el Payaso se preparaba mirando aún la ventana. La gente que había hecho fila por más de media hora se encontraba ya en sus butacas y aplaudía con fuerza al ver moverse los flecos dorados del telón. Esmeralda nos servía la tercer copa en las rocas. De los burros quedaba solo la salsa de habanero y algo de cebolla morada. Cuando el telón terminara de abrirse entre aplausos y vítores el escenario se encontraría en total penumbra a excepción de una luz cenital que iluminaría en el centro a una nariz escarlata abandonada y un letrero con la leyenda *Se solicita payaso*. Unos minutos más tarde el Payaso se arrojaría por la ventana, esta vez sin hacer uso de ningún cordón dorado u habilidad circense. Una caída libre, en seco, que terminaría no sólo con la vida del payaso sino también con

la de un mimo que pasaba en ese momento. Nadie escucharía sonido alguno. A la mañana siguiente Esmeralda se marcharía sin decir nada, yo limpiaría el polvo del librero, acomodaría los papeles en el escritorio y volvería a dudar sobre qué sitio colocar la pistola hasta que nuevamente concluiría que la mejor opción sería la nuca. En ese momento llegaría un mensaje de Esmeralda a mi celular. *Tengo tu paquete.*



# Hay que unir a ese par de inconsistentes

Ana Ekatherina

## Circunstancia I

El jefe, sudando frío, a grandes zancadas se dirigió a su oficina, desencajado y con evidentes signos de alteración.

—¡¡¡Joder!!! ¡¿Cómo pudo pasar esto?!— Su grito se dispersó en todo el piso mientras su personal lo veía y escuchaba, todos impávidos, entre atónitos y perplejos.

Errizábal muerto en su lugar. Sentadote. Con su inmensa mole frente a su computadora. ¡Y nadie se dio cuenta! Muerto desde el día anterior sin saber con certeza desde qué hora.

Frente a su escritorio, el jefe daba pasos nerviosos de un lado a otro mientras se desbordaba en voz alta:

—¡Ya me imagino las noticias en todos los medios! “Burócrata muerto en su lugar de trabajo sin que nadie se diera cuenta. Como era el primero y el último en irse, nadie se percató del hecho”. ¡¡Me lleva!! Y, ¡claro!, lo bueno es que trabajamos en una pinche institución humanista, donde nadie, ¡nadie, chingado!, desde el puto jefe que soy yo, hasta la señora del aseo que, mire usted, qué coincidencia, ayer no se presentó a trabajar, ¡nadie se dio cuenta!

Dejándose caer en su sillón, apesadumbrado, se preguntaba: —¿Y si hubiéramos podido salvarlo?— para luego volver a explotar con un puñetazo en el escritorio: —¡Me lleva y me recontra lleva la chingada! ¡¿Cómo pudo pasar esto?!

## Circunstancia II

—¿Me permite esta pieza, doctor? Digo, digo... Perdón... Aquí tiene una silla, doctor. Siéntese por favor—.

Pinche Errizábal, ya le jugó otra vez la bromita al doctor Zambrano. Y lo peor es que éste, aunque con dos dedos de frente, no puede ser tan imbécil y un día va a pillar el chiste.

El doctor Zambrano queda sentado frente al escritorio del jefe.

Buenos días, doctor, ¿en qué le podemos ayudar?— Saludó el jefe con su mejor cara de cartón haciendo un esfuerzo por ver a los ojos al doctor Zambrano mientras a espaldas de éste va el gordísimo de Errizábal simulando bailar un vals, inusitadamente ligero, de puntitas y con sus brazos en alto... como una grotesca bailarina de ballet... Un dos, un dos... y en automático llegan a su mente las notas del Segundo Vals de Shostakovich.

Con voz queda y cara de seriedad, siempre muy propio, el doctor, expresó.

Verá usted, licenciado, traigo un nuevo libro. Es producto de un largo año de investigación. Está muy interesante y yo, humildemente, ya sabe usted, lo propongo con mucho gusto para contribuir a lograr los indicadores que necesitamos para asegurar los recursos federales que la institución necesita.

El jefe se recarga sobre el portabrazos izquierdo de su sillón, mientras con los dedos de la mano derecha sobre el escritorio inconscientemente reproduce el ritmo del vals. “Sí, claro; humildemente”, dice para sus adentros. Y se dispone a escuchar con paciencia a quien, por traer dedo de arriba, no le puede negar nada.

Luego del consabido protocolo, el doctor Zambrano se levanta, retira su silla, se despide y se va, balanceando su cuerpo al caminar, con su pierna derecha más corta que la izquierda debido a la polio en su infancia. Al caminar, efectivamente parece que baila un vals... Un dos. Un dos.

—Ramiro, ven un momento.

—Dígame, jefe.— Llega Ramiro, solícito como siempre, con su mirada inteligente y su actitud presta.

—Pasa el escáner a este texto. Ya sabes, con lupa y con mucho cuidadito. Viniendo del doctor Zambrano ya sabemos que no es original.

Después de dar esas indicaciones, el jefe se dirige al rincón del vago, el lugar de Errizábal, ubicado al fondo del piso, escondido tras una fila de escritorios llenos de computadoras y papeles, y tras montañas de cajas con originales y pruebas. No viene a mal el mote: Errizábal es astuto, inteligente, perspicaz y, como todos los correctores, eternamente paciente y tenaz, aunque también, como todos ellos, apasionado y visceral. Este trabajo no le ayuda en nada en su afán de controlar sus 180 kilos de peso y sus impredecibles ataques de asma. Sentado ante su computadora, la cara y la papada le descansan directamente sobre el pecho y está siempre tan concentrado que de lejos no se sabe si está

dormido o enfrascado en su trabajo. Lo de vago le viene porque no hay ropa que le ajuste tan fácilmente, así que siempre anda de mezclilla y una enorme sudadera gris, con un cierto aire de desaliño.

—¡Pinche Errizábal! Un día de éstos me va a dar un infarto por contener la risa a causa de tus bromitas.

Errizábal hablaba entrecortadamente, pues su mole le exigía esfuerzo para oxigenarse y sostener una conversación. Al detenerse entre frases para jalar aire, emitía un silbidito casi imperceptible y su voz sonaba como susurro.

—El infarto nos va a dar... cuando en una de éstas fallemos en arreglar los textos de nuestros insignes investigadores... como el doctor Zambrano... y alguien nos haga un reclamo. Y entonces sí que estaremos en problemas... Nosotros no somos la Panamericana, jefe... que puede aguantar el plagio de un presidente... Nosotros sí nos vamos al carajo con todo y todo... Por favor, *boss*, ya ponga un alto... No puede usted seguir aceptando estos textos. No somos infalibles... no podemos detectar y arreglar tantas fallas a gente tan inepta y tan mediocre... ¡Ah!, pero eso sí, con su título de doctorcito. Y cuidadito con que no les diga uno “doctor”... porque arde Troya. Tanto que hemos cuidado el prestigio... tanto esfuerzo que nos ha costado lograr la seriedad de nuestro sello... como para ponerlo en riesgo.— Y paró aquí, pues la falta de aire lo dejó con la argumentación a medias.

Tenía razón. Pero también era cierto que, viniendo las órdenes de arriba, tenían que apechugar y arreglar los textos para no correr riesgos innecesarios.

Errizábal no sólo era el vago del rincón, sino un auténtico ratón de biblioteca. Siempre llegaba antes que todos y se iba al último. Había mañanas en que no respondía el saludo, no porque fuera grosero, sino porque cuando el resto del personal iba llegando a empezar el trabajo del día, él ya estaba bien metido en los textos; en la mayoría de ellos, arreglando sintaxis, componiendo ideas, eliminando y poniendo tildes y metiéndose en la mente de los autores para saber qué carajos habrán querido decir con su melcocha de frases inconexas, sin verbos conjugados y sin la gramática y sintaxis necesarias para transmitir una idea coherente.

Al terminar la jornada, seguía sentado en su lugar. A veces ya nadie se tomaba la molestia de despedirse de él, pues generalmente no respondía para no distraerse.

Eventualmente, había días enteros en que literalmente no interactuaba con nadie, de tan enfrascado que estaba arreglando lo inarreglable, construyendo textos nuevos a partir de aquellos aglutinamientos de palabras sin sentido. Y cuando terminaba, después de días hasta las narices en un libro en particular, entonces se le veía de aquí para allá en la oficina, yendo por una taza de café, deteniéndose en el escritorio de los compañeros, preguntando cómo estaban, haciendo alguna broma... dándose un tiempo de descanso antes de emprenderla contra otro texto. En esos descansos gustaba especialmente de hacer alarde de su gusto por la literatura y el cine.

—¿Ya me tienes la prueba final que te pedí?

—Jefe, como dijo la Juana La Loca de Miguel Sabido: “Aquí, aquí está, aquí está... todo lo que ordenaste, todo lo que pediste”.

O en otra ocasión en que Errizábal estaba especialmente alterado al comprobar que un texto no era del investigador que lo presentó, sino de un autor australiano a quien no se le dio crédito y por esa causa echaba chingados entre respiración y respiración a su inhalador:

—Errizábal, no deberías tomarte esto tan en serio. No pongas tu corazón en ello—, le decía una de las diseñadoras.

—Ya lo dijo Ondaatje: “Todas las noches arranco el corazón de su sitio... Pero a la mañana siguiente... aparece donde estaba”.

—¡Ah, ése es un muy buen libro y excelente película!

—Me vuelvo a mi lugar... a descubrir el material del que están hechos estos pinches libros.

Y así, todos los días.

En ocasiones, pocas, se levantaba a platicar con algún compañero. Hacía alguna broma.

Todos se preguntaban si tenía vida personal. Conocían que tenía mujer, una rubia de tinte, ni fea ni bonita, sino todo lo contrario; de ésas que se depilaban la ceja para luego pintársela con lápiz. Aunque a ella era difícil ubicarla en algún estatus, pues vestía bien y con pretensión, su estilo de tinte y su maquillaje delataban su origen social, a un tris de traspasar la invisible línea de lo vulgar. Todo mundo se preguntaba cómo un hombre como Errizábal, tan culto, tan leído, tan inteligente, tenía una mujer como ella. Aunque luego la explicación la daba su enorme humanidad. Debe ser difícil encontrar pareja así.

### Circunstancia III

Errizábal llega a casa. Su mujer lo espera en cama. Ansiosa, deseosa y frustrada, como siempre. Ya sabe que su marido no puede complacerla. No por falta de voluntad, es obvio que su circunstancia personal se lo impide. Pero ella sueña con un galán rudo y fuerte que la tome a la fuerza, que le provoque hacer patitos en ese lago de aguas multiorgánicas que es su vagina.

Después de tomar un café con algún bocado, Errizábal pretende irse a descansar. El día estuvo pesado. Son las dos de la madrugada. Quiere dormir cuatro horas antes de regresar al trabajo. Lo tiene entretenido un libro que, después de su intervención, irá a concurso nacional por mejor contenido histórico.

Pero lo sorprende su mujer que llega a sentarse a la mesa de la cocina, con cara de estarlo esperando para decirle una cosa seria.

Sin más. Sin rodeos. Se la suelta. Lo deja. Se va. Y va a pelear la casa. Va a pelear por manutención. *¿Es que hay otro?* Silencio. *¿Es que ya no me quieres?* Ella se levanta de la silla y en silencio sale de la habitación. Él se queda solo. Como siempre ha estado en esa falsa relación. Solo.

### Circunstancia IV

La señora del aseo no se presentó el día anterior. Así que tiene ante sí una oficina llena de suciedad de dos días. La emprende con ahínco, pero va retrasada. A las 12 del día llega al lugar de Errizábal. Ya sabe que él está metido en lo suyo y ni el saludo responde. Pero debe vaciar el cesto de basura. Le pide permiso para tomarlo. Él debe moverse para dejarle espacio para maniobrar. Nada. Le vuelve a solicitar espacio para pasar. Nada. Desairada, se va a dar la vuelta para retirarse. Allá él si quiere trabajar en la mugre. Pero se detiene en seco. Algo no anda bien. No ha habido ningún movimiento y la pantalla del monitor está en negro. Nada. Errizábal tiene su carota recargada sobre el pecho, con las manos sobre el escritorio, junto al teclado de la computadora; su enorme mole, detenida por los antebrazos del pobre sillón que a duras penas lo sostiene y lo retiene preso en ese pequeño espacio. La mujer, entonces, busca sus ojos detrás de las gafas y los ve cerrados. Se atreve a tocarlo. La piel está helada. Le habla por su nombre. No hay respuesta. No hay movimiento. Entonces, un escalofrío le corre

por la espalda y un lamento lastimero, nervioso y entrecortado inunda la oficina:

—¡Ayyy, mamacita! ¡Virgencita santa! ¡Ay, ay, ay... ¡Ayyudddaaa!

En su momento, muy tardado momento, la policía llegó. Comenzó la indagación. Cuestionaron a todos. ¿Qué iban a decir? Era buen tipo. Algo retraído, pero buen tipo. A veces sarcástico. Pero buen tipo.

Encontraron a Errizábal con un vaso del Starbucks a medio tomar a un costado de su manaza derecha. En el cesto de basura, los investigadores encontraron entre papeles y otros desechos, una dona a medio morder, una botella de coca cola, un frasquito de gotas para los ojos y un inhalador para el asma... ¿Qué hacía en la basura su inhalador si debía tenerlo al alcance de la mano?

Todo se lo llevaron para analizarlo. Tomaron fotos. Hicieron sus preguntas y se fueron.

Los peritos forenses se llevaron el cuerpo de Errizábal para la conocida autopsia. Y ya sólo faltaba esperar, esperar sin esperanza de que el aparato burocrático arroje luces sobre el caso. Al menos, no pronto.

### Circunstancia V

El doctor Zambrano termina por fin la última cuartilla de su trabajo. Debe entregarlo a la brevedad, pues es el último requisito para renovar sus beneficios pecuniarios derivados de sus publicaciones. Ha pagado a un estudiante con pretensiones de investigador el arreglo de los textos, práctica que le viene desde que era pequeño. Le retumban en la memoria las frases de su padre, un médico militar de prestigio y renombre en su ciudad natal: “No saldrás de maceta de pasillo. No te pareces a mí. En una de éstas, ni mío eres”. Ciertamente, la inteligencia no era lo suyo. Pero descubrió que con una torta y unos lápices a uno de los mataditos del salón, conseguía las respuestas de los exámenes. Y luego en secundaria y en prepa, hasta los trabajos le hacían con una corta lana. De manera que mantuvo a su padre medio contento con los diplomas y las menciones que consiguió en la escuela, tratando de obtener su aprobación, la cual nunca llegó de pleno.

Ya en la licenciatura, no fue tan fácil la cosa. No es que no hubiera manera, pero no era tan sencillo conseguir que le hicieran los trabajos, que le compartieran las notas.

—Nunca expuesto, nunca exhibido. Nunca más.— Se repetía el mantra de su existencia mientras se ponía la corbata. Le gustaba vestir de traje, cuidar su aspecto, llevar a extremo la pulcritud para tener la agradable sensación de que controlaba algo.

Comprobó ante el espejo que el traje le disimulara la cortedad de su pierna derecha. Hizo una mueca, ya sabía que al caminar era inevitable el exhibir al mundo entero el absurdo de haber sufrido la polio siendo hijo de un médico.

—Nunca expuesto, nunca exhibido. Nunca más.— Se repetía mientras luchaba contra la única herencia tangible que le dejó su padre: un terrible miedo a hacer el ridículo y una insaciable necesidad de ser aceptado.

Mientras se encaminaba a la puerta, recordó a Errizábal, ese gordo engreído que le gastaba bromas disimuladas... como si él pudiera bailar. —¿Y ahora, por qué está detenido mi libro?—. —Doctor, tráigame un texto original y lo procesamos de inmediato.— Qué estúpido e indeseable tipo. Por su culpa el año anterior perdió el incentivo a la creación académica, porque alegó falta de originalidad en su trabajo. ¡Qué insensato! ¿No era ésa su tarea? ¿No ostentaba en la página legal su nombre con la leyenda “Cuidado de la edición”? ¡Pues que la cuide, faltaba más! Nomás de pensar que tendría que verlo y saludarlo se le revolvió el estómago. Y tener que disimular. Claro. No va uno a caer en esos juegos vulgares e irrespetuosos. Hay de educación a educación.

## Circunstancia VI

¿Qué carajos hago en este mundo? ¿Qué sentido tiene seguir viviendo? Estoy aquí, jugando al policía en un sello editorial que no tiene nada de libertad, publicando textos que en ningún otro sitio tienen cabida. ¿Para qué? Para que otros se beneficien y ni las gracias den. Está el sueldo, ¡claro!, y un muy buen sueldo. Pero, si tan siquiera tuviera con quién compartirlo. Con quién platicar. Ahora que Sonia me ha abandonado... bueno, tenía razón. Si supiera que me moría de las ganas de poder cumplirle como ella se merecía. De llevarla hasta el paroxismo como ella deseaba... Hasta la justifico por haberse ido con el boxeador rudo ése que se consiguió. ¡Pobre! Se nota a leguas que no la quiere, que sólo la va a usar por un rato. Pero... total. Eso quiso ella, ¿no? Ahora, a esperar la resolución del juez... No tengo ganas de pelear... ¿Para qué? Que se quede con todo.

Si pudiera terminar de una vez con todo... Si en un momento dado... En uno de mis ataques de asma... el inhalador estuviera inalcanzable.

Cómo quisiera terminar con todo esto.

## Circunstancia VII

Han pasado cinco meses desde aquel día. La presentación del libro del doctor Zambrano está programada para dentro de unos minutos. Moviendo sus influencias, consiguió uno de los salones de la planta alta del Palacio de Gobierno para este evento.

El jefe está ensimismado, esperando a los invitados, mientras repasa en su cerebro las últimas noticias. Sí, Errizábal murió de un acceso de tos asmática. Pero en el cuerpo le encontraron tetrahidrozolina en cantidades poco usuales. ¿Quién pudo haber sido? ¿Quién pudo haber ingresado a la oficina después del horario de trabajo, sabiendo que él se encontraba ahí, sabiendo de su problema de asma? ¿Su ex mujer? Sí. Ella tenía serios motivos, no hay duda de ello. Pero ahora, ¿cómo atraparla?

En esos pensamientos estaba cuando le llevaron un ejemplar del libro a punto de presentar. Los comentaristas ya estaban en la mesa del podium, ocupando sus lugares junto al doctor Zambrano. Faltaban pocos minutos. Empieza a hojear el libro. Encuentra la hoja de agradecimientos con un texto que, evidentemente, él no leyó en las pruebas finales y sus colaboradores debieron incluir en último momento: *Con un reconocimiento especial para el Licenciado Errizábal, colaborador predilecto en el trabajo de edición. Mi eterno agradecimiento. In Memoriam.* ¡Ah, chingao! Eso sí que estuvo fuerte, ¿Zambrano dedicando su libro a Errizábal?, levanta la mirada para buscar encontrarse con Zambrano, y lo descubre preparándose para la presentación, lubricando sus ojos con las gotas de un frasco igual al encontrado en el cesto de basura de la escena del crimen. El jefe está perplejo, pálido y casi con la boca abierta producto del *insight*. Cuando Zambrano termina de acicalarse los ojos y los enfoca en el público, se encuentra en las primeras filas con la figura del jefe, de pie, blanco como un fantasma, con *su* libro entre las manos abierto en las primeras páginas, y quien, de una manera extraña e inquisidora ya posa sus ojos en los suyos, ya los posa en el frasquito que acaba de dejar al descuido sobre la mesa de presentación. Y comprende.

## Circunstancia VIII

Hecho. Él se sabe descubierto. Lo bueno para mí es que es el último libro que le he hecho. Termina el evento. Alega sentirse indispuerto y evita la firma de autógrafos. Se quita el saco, lo dobla sobre su brazo izquierdo, recoge su portadocumentos y torpemente, casi a tropiezos, emprende la huida. Sé a dónde va. Se va. Huye. Antes que quedar al descubierto, se va. Tengo que seguirlo. Cierro el libro recién presentado, me levanto de mi asiento y voy tras él. No tengo que correr. Sus tropiezos le ocasionan una huida errática. La cojera se le acentúa con las prisas y su cuerpo se balancea como barco sobre su pierna derecha. Cruza los pasillos. Voy tras él. Baja las escaleras por donde están los murales de Cunningham. Voy tras él. Voltea de reojo. Sus ojos se encuentran con los míos. Sigue bajando escalones. Voy tras él. Una mancha húmeda aparece en su camisa al centro de su espalda y en sus axilas. Voy tras él. Cruza el vestíbulo de entrada. Voy tras él. La recepcionista de la entrada se quedó con su “Buenas tardes, doctor”, desairada y desconcertada. Voy tras él. En la calle, aprieta al paso. Shostakovich. Un dos. Un dos.. dos.. dos.. dos.. Voy tras él. En la acera, casi en la esquina toca rojo y un taxi queda justo frente a él. Lo aborda. No tengo prisa. Sé a dónde va. Me tomo mi tiempo. Voy tras él. Y él... no tiene escapatória. Es cuestión de tiempo. Un dos. Un dos.



# Presuntos, por orden de aparición

**Aldo Barucq M. S.** Cuentan en los bajos fondos que es licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Docente de Literatura y Filosofía. Ha alternado su producción creativa en poesía, ensayo y principalmente cuento en diversas revistas académicas e independientes del estado como *La Catrina*, *Horizonte Histórico*, *Luxiérnaga*, *Tierra Baldía* y *Pirocromo*. Sus allegados confesaron que es ganador del Premio Interuniversitario de Creación Literaria “Felipe San José González” (2017), además de dos veces acreedor al segundo lugar en Concurso de Talentos Universitarios de la UAA en categoría Cuento (2014) y (2017). También es culpable de ganar el Concurso Estatal de ensayo José Guadalupe Posada por INJUVA (2013). Ha participado en el Primer y Segundo Encuentro de Narradores de Aguascalientes organizado por IMAC.

**Jaime Ruiz.** Su delito es ser licenciado en Psicología por la UAA, además de ser escritor de cuentos eróticos y criminales; recientemente también ha incursionado en el guion para cortometrajes y está en espera del estreno de su opera prima.

**Antonio Vera.** Autor intelectual de varios crímenes literarios y coautor en las antologías *Cuentos del Sótano II* y *III* (2010 y 2011) del Grupo Editorial Endora. Lo atraparon en la Colección “Letras Versales”, publicadas por la Universidad de Guanajuato, en 2002, 2003, 2004, 2007, 2010, 2011, 2012 y 2013, se encuentran publicados, en coautoría, trabajos de poesía y cuento. Y, Librécula Editores, publica en la plaqueta *Cuatro Conjuros* una selección de poesía erótica en Cancún Quintana Roo en 2015.

Es culpable de ser el autor de los poemarios: *Horario Flexible* (2012), en la Colección “Nuevos Autores” de la Dirección Municipal de Cultura y Educación de Guanajuato; *Carta para decirle a mamá que ya no resucite* (2016), por el Instituto Cultural de Aguascalientes a través del PECDA; *Temporada de putas* (en 20 disparos y un bonus track) (2016) por

la Editorial Montea. Y acreedor al Premio Regional centro-occidente de Literatura Infantil 2016 con el poemario *Piernitas de rueda*. Su delito es escribir.

**Carlos Reyes Velasco.** Su ficha roja de la Interpol recoge que es licenciado en Comunicación y Medios Masivos por la UAA. Actualmente despacha como detective de horrores ortotipográficos de las publicaciones del INEGI. Ganó un premio estatal de cuento en León, Gto. Ha programado los ciclos cinematográficos *Post Mortem–Festival Internacional de Cine de Horror y Bizarro* y *Modus Operandi*, éste último dentro de los *Encuentros de Novela Negra* realizados en la UAA desde 2016. Fue seleccionado para participar dos veces en *La última cena*, dentro del *Festival Internacional de Novela Negra Huellas del Crimen*, organizado en San Luis Potosí desde 2016 por la Secretaría de Cultura.

**Julio Rascón.** Culpable del delito de ser maestro de literatura. Le gusta mucho el asdfghjklñ y por supuesto comer muchote, además canta cada vez que puede y escribe cuando menos se lo imagina.

**Eduardo Gálvez Villalobos.** En entrevista con el procurador, dijo: “No soy un hombre demasiado académico, ni pretendo serlo, pero siempre estoy dispuesto a aprender, me encanta conocer y saber cosas nuevas. Soy estudiante en la Universidad Autónoma de Aguascalientes de la Licenciatura en Letras Hispánicas, actualmente curso el sexto semestre. He impartido talleres de Creación Literaria particularmente de poesía y actualmente tengo con unos compañeros un proyecto llamado Corrección de Tinta, con el cual buscamos a través de Facebook prestar servicios de corrección de estilo. Siempre he estado interesado en la novela negra y en poder escribir en ese aspecto. Soy algo crítico, socialmente hablando, y me doy cuenta de cómo el mundo cambia agigantadamente”.

**Salvador Roberto Alemán Colón.** Culpable de los siguientes cargos: ser médico veterinario de profesión, además de investigador, instructor de artes marciales y docente universitario. En el bajo mundo lo conocen como “Chayo el Loco”. Al momento de su captura confesó: “La vida se goza librando retos, y cada quien escoge cual será el siguiente”.

**Andrés Cornejo.** Visto la última vez en este taller de creación literaria. Se agradecerá a quien dé sus señas y ubicación.

**Tu puta madre.** Un extracto de su confesión: “Como ya les había advertido la vez pasada, hijos de la lujuria, no me voy a callar; seguiré contando sus acciones, sacando a la luz historias que molesten a los hijos de la tierra de la gente buena. Todos preferirían que mejor me calle, que me ponga un nombre decente para no ofenderles. Pero no lo haré, les presento esta historia con todo el libido que cualquier animal humano puede tener. Me siguen gustando los tacos de tripas y el menudo, sobre todo los domingos”.

**Alejandra Pérez.** Vista la última vez en este taller de creación literaria. Se agradecerá a quien dé sus señas y ubicación.

**Maripaz Pérez Ramírez.** De ella solo se sabe que su apodo artístico es MPZ. Testigos afirman que es estudiante de Psicología en la UAA.

**René López.** Es culpable de parecer oriundo de Chihuahua, Monterrey o la CDMX, incluso de cualquier otro lugar. Ama a su ciudad con un amor raro. Trata de divertirse mientras escribe.

**Arlette Luévano.** Su delito es ser poeta. Por eso ha publicado los poemarios *Casi verde*, *Tercera persona*, *Informe sobre trenes que llegan y desaparecen*, *Apostillas negras*, *Casa en ruinas*, *No basta con nombrar al llanto llanto* y *La maldición y la sangre*. Sus fechorías también las puede leer en las antologías *Cuerpos rotos*, *Latinoamérica en breve*, *Aquí comienza la sangre* y *El fulgor de la estrella negra*. Publica microficciones en Twitter como @Luda76

**Daniel Mosqueda.** Se desconoce su paradero.

**Ana Ekatherina.** Se desconoce su paradero. Autora fantasma no identificada. Se recompensará a quien dé sus señas y ubicación.

TALLER DE CREACIÓN LITERARIA DE GÉNERO NEGRO  
***(Aquí continúa la sangre)***

Primera edición 2018

El cuidado y diseño de la edición estuvieron a cargo del Departamento Editorial de la Dirección General de Difusión y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.